Escuela de Agentes de Pastoral
Diócesis de Plasencia

FORMACIÓN BÁSICA

ECLESIOLOGÍA

La Escuela de Agentes de Pastoral es un servicio de la Diócesis que pretende ofrecer a los agentes de pastoral una formación cristiana básica e integral para responder a los desafíos de nuestro tiempo; la capacitación necesaria para desarrollar una tarea educativa y evangelizadora en la Iglesia y en la sociedad; y el acompañamiento a todos aquellos que están comprometidos en los diversos ámbitos de la vida eclesial y pública (Sínodo Diocesano I, 12, 48).

DESTINATARIOS

Todas aquellas personas que, por iniciativa propia o enviadas por su parroquia, arciprestazgo u otras asociaciones e instituciones diocesanas, quieran profundizar en el conocimiento de la fe; descubrir y alimentar el compromiso socio-político; y/o asumir la responsabilidad de animar y coordinar las acciones pastorales en sus diversos niveles.

PROYECTO DE FORMACIÓN FORMACIÓN BÁSICA

Las materias a desarrollar son:

- Sagrada Escritura
- Cristología
- El Dios de Jesucristo
- Eclesiología
- Antropología teológica
- Moral cristiana
- Doctrina social de la Iglesia
- Teología de los sacramentos
- Teología del laicado y de la acción pastoral
- Síntesis teológica

FORMACIÓN ESPECÍFICA

Las materias a desarrollar serán las ofrecidas por las delegaciones y secretariados diocesanos para la capacitación teórico-práctica de responsables de las diversas acciones pastorales.

INFORMACIÓN

Dirigirse al sacerdote de tu parroquia, o a la Secretaría de la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral. Obispado de Plasencia. C/. Plaza de la Catedral, s/n. 10600 Plasencia (Cáceres). Teléfonos: 927 41 16 12; 659 83 32 22; email: escuelaagentes@diocesisplasencia.org.

FORMACIÓN BÁSICA

ECLESIOLOGÍA

Escuela de Agentes de Pastoral
Diócesis de Plasencia

Nihil obstat
Francisco Rico Bayo
Vicario General

ÍNDICE

Introducción	7
Bibliografía	9
Siglas	10
Método de trabajo	11
Sesión 1. La eclesiología del concilio Vaticano II.	13
Sesión 2. El origen de la “Iglesia” a partir del anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús.	19
Sesión 3. Descripción y “nombres” de la Iglesia	26
Sesión 4. La Iglesia apostólica primitiva: norma y fundamento de la Iglesia	32
Sesión 5. Las “condiciones de vida” en la Iglesia	39
Sesión 6. Las notas y características de la Iglesia como comunidad cristiana (1ª parte)	46
Sesión 7. Las notas y características de la Iglesia como comunidad cristiana (2ª parte)	55
Sesión 8. Portadores de una misión (1ª parte)	62
Sesión 9. Portadores de una misión (2ª parte)	71
Sesión 10. María, la Iglesia realizada	81
Sesión 11. ¿Es creíble la Iglesia? La paradoja que envuelve su realidad misteriosa ...	90
Epílogo	97
Algunas referencias magisteriales	99
Vocabulario	100
Calendario de sesiones	103
Calendario diocesano	104

INTRODUCCIÓN

El misterio de Jesús, el Verbo encarnado, se continúa y prolonga históricamente en el misterio de la Iglesia, que reproduce, por semejanza, el misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre en una profunda unidad personal.

La eclesiología, ciencia teológica que estudia la Iglesia, ha vivido su mayor desarrollo en el siglo XX, gracias sobre todo al concilio Vaticano II, que ofreció una síntesis eclesiológica, en la que destacan estos elementos: comunión (*koinonia*), servicio (*diakonia*) y testimonio (*martyria*).

¿Por qué es importante, para un cristiano, conocer la realidad, cercana y misteriosa, de la Iglesia?

- Porque es imposible amar aquello que no se conoce o se conoce superficialmente.
- Porque en la Iglesia hemos hecho el gran “encuentro” de nuestra vida: el encuentro que ha marcado nuestra existencia. Nuestra vida está orientada y dirigida por Jesús que dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, y a quien hemos encontrado en la comunidad eclesial.
- Porque la Iglesia está destinada a ser portadora entre las personas de un mensaje de salvación universal, es decir, de estar dirigido a todas las personas.
- Porque de la calidad testimonial de la Iglesia depende el que las personas acojan o rechacen el mensaje ofrecido, que predica a un “hombre”, muerto y crucificado para salvar a la persona.
- Porque, si tenemos que estar dispuestos a dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida (1Pe 3,15), es preciso conocer en profundidad la comunidad a la que pertenecemos, de la que somos miembros, en la que se desarrolla nuestra vocación cristiana.
- Porque la Iglesia es una realidad bastante desacreditada en amplios sectores de la sociedad actual, en los que se admite como normal y lógico el principio “Cristo sí, la Iglesia no”.

Pero, ¿qué es la Iglesia?

Las sesiones que siguen quieren ser una respuesta sencilla a esta pregunta, y para ello se ofrecen algunos aspectos básicos de lo que es la Iglesia.

Con esa esperanza, en cada sesión

**oramos,
leemos, profundizamos
y llevamos a la práctica
en nuestra parroquia, arciprestazgo y diócesis
lo que vamos descubriendo.**

BIBLIOGRAFÍA

• Fuentes

Concilio Vaticano II. Constituciones, decretos, declaraciones.

• Manuales y comentarios

Catecismo de la Iglesia Católica, 1992.

Instituto Internacional de Teología distancia, Teología de la Iglesia, Madrid, 1983

I.I.T.D. Mensaje cristiano III. Plan de formación para laicos.

Eclesiología fundamental y sistemática, BAC.

BUENO DE LA FUENTE, E., Eclesiología, BAC, Madrid 1998.

CALERO, A.M., La Iglesia, misterio, comunión y misión, CCS, Madrid 2001.

CALVO, A. - RUIZ, A., Para leer una eclesiología elemental, Verbo Divino.

Comentarios al Concilio, especialmente a la Lumen Gentium y a la Gaudium et Spes.

CONGAR, Propiedades esenciales de la Iglesia, en *Mysterium Salutis* IV/1, Madrid 1973, 371-605.

KEHL, M., La Iglesia, Sígueme, Salamanca 1996.

PHILIPS, G., La Iglesia y su misterio en el concilio Vaticano II, Herder, Barcelona 1969.

PIÉ-NINOT, S., Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana, Sígueme, Salamanca 2009 (2ª ed.); Introducción a la eclesiología, Verbo Divino, Estella 1999 (3ª ed.).

SEMERARO, M., Misterio, comunión y misión, Sígueme, Salamanca 2004.

• Monografías y ensayos

BROWN, R. E., Las Iglesias que los apóstoles nos dejaron, Desclee de Brouwer, Bilbao 1986 (2ª ed.)

ELLACURÍA, I., La Iglesia que Jesús quería de la Iglesia al Reino de Dios, Sal Terrae, Santander 1984.

KEHL, M., ¿A dónde va la Iglesia?, Sal Terrae, Santander 1997.

LOHFINK, G., La Iglesia que Jesús quería, Desclee de Brouwer, Bilbao 1986.

ESTRADA, J.A., Del misterio de la Iglesia al pueblo de Dios, Sígueme, Salamanca 1988.

WOSTYN, L., Iglesia y misión hoy, Verbo Divino, Estella 1992.

• Didácticos

ESTRADA DÍAZ, J.A., Para comprender cómo surgió la Iglesia, Verbo Divino, Estella.

SANZ, A., "Pueblo de Dios y catequesis", Madrid 1986.

CALERO, A.M., Somos Iglesia, CCS, Madrid 2002 (2ª ed.).

• Concilio Vaticano II

MADRIGAL, S., Vaticano II: Remembranza y actualización, Sal Terrae, Santander 2002.

ROVIRA BELLOSO, J.M., Vaticano II: un Concilio para el tercer milenio, Madrid 1997.

UNZUETA, A. M., Eclesiología conciliar breve, Bilbao 2008.

• Otros

AA.VV., Para leer una eclesiología elemental, Verbo Divino, Estella...

CASTILLO, J.M., Para comprender los ministerios de la Iglesia, Verbo Divino, Estella...

CODINA, V., Para comprender la eclesiología desde América Latina, Verbo Divino, Estella...

PIÉ-NINOT, S., Introducción a la eclesiología, Verbo Divino, Estella 1999.

ESTRADA, J.A., 10 palabras clave sobre la Iglesia, Verbo Divino, Estella,...

MAYA MAYA, F., La Iglesia en un mundo globalizado, en *Pax et Emerita*, revista de teología y humanidades de la archidiócesis de Mérida-Badajoz, volumen 5, 2009, 143-183.

PEREA, J., Otra Iglesia es posible, Ediciones HOAC, Madrid 2010.

PIÉ-NINOT, S., Qué es la Iglesia, Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2008.

SIGLAS

- AA** *Apostolicam Actuositatem*, Decreto sobre el apostolado de los seglares, del Concilio Vaticano II, 1965.
- AG** *Ad Gentes divinitus*, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, del Concilio Vaticano II, 1965.
- CEC** Catecismo de la Iglesia Católica, 1992.
- CLIM** Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo. Conferencia Episcopal Española, 1991.
- ChL** *Christifideles Laici*, Exhortación apostólica de Juan Pablo II, 1989.
- CD** *Christus Dominus*, Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos, del Concilio Vaticano II, 1965.
- DH** *Dignitatis humanae*, Declaración sobre la libertad religiosa, del Concilio Vaticano II, 1965.
- DV** *Dei Verbum*, Constitución dogmática sobre la Revelación divina, del Concilio Vaticano II, 1965.
- EN** *Evangelii Nuntiandi*, Exhortación apostólica de Pablo VI, 1975.
- ES** *Ecclesiam suam*, Encíclica de Pablo VI, 1964.
- GE** *Gravissimum educationis momentum*, Declaración sobre la educación cristiana de la juventud, del Concilio Vaticano II, 1965.
- GS** *Gaudium et spes*, Constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo moderno, del Concilio Vaticano II, 1965.
- IM** *Inter mirifica*, Decreto sobre los medios de comunicación social, del Concilio Vaticano II, 1963.
- LG** *Lumen Gentium*, Constitución dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, 1964.
- NAE** *Nostra aetate*, Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, del Concilio Vaticano II, 1965.
- OE** *Orientalium ecclesiarum*, Decreto sobre las Iglesias orientales católicas, del Concilio Vaticano II, 1964.
- OT** *Optatam totius*, Decreto sobre la formación de los futuros presbíteros, del Concilio Vaticano II, 1965.
- PC** *Perfectae caritatis*, Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, del Concilio Vaticano II, 1965.
- PO** *Presbyterorum ordinis*, Decreto sobre la vida y ministerio sacerdotal, del Concilio Vaticano II, 1965.
- SC** *Sacrosanctum Concilium*, Constitución sobre la sagrada liturgia, del Concilio Vaticano II, 1963.
- UR** *Unitatis redintegratio*, Decreto sobre el ecumenismo, del Concilio Vaticano II, 1964.

MÉTODO DE TRABAJO DE CADA SESIÓN

1. El material de las sesiones, que cada persona ha recibido con antelación, puede ser leído y trabajado antes de la reunión de forma individual o en grupo, dependiendo de las posibilidades de cada persona.

En la preparación previa se trata de:

- a.** Leer el **punto 1 “Nuestra realidad”**. En este punto se hacen algunas afirmaciones y/o preguntas que intentan sugerir, provocar, animar el diálogo en grupo. Se trata de reflexionar sobre estas afirmaciones y/o preguntas para compartir nuestro parecer en la reunión de grupo.
- b.** Leer el **punto 2 “Iluminación de nuestra realidad”** y señalar las cuestiones que no quedan claras, y las cuestiones que más te llaman la atención.
- c.** Responder, si se puede, a las preguntas del **punto 3 “Contraste pastoral”**.
- d.** Preparar alguna petición o acción de gracias, si el **punto 4 “Oración”** así lo indica.

2. La sesión de trabajo en grupo tiene las siguientes partes y sigue el orden que a continuación se indica:

a) Nuestra realidad

Comunicamos nuestro parecer o valoración sobre las afirmaciones y/o preguntas ofrecidas con el fin de partir en cada sesión de nuestra realidad.

b) Iluminación de nuestra realidad

Después de leer el contenido de la “Iluminación” expresamos en el grupo las cuestiones que no nos han quedado claras y aquellas que más nos llaman la atención. El/la profesor/a aclarará los aspectos que sean necesarios y resaltaré aquello que considere oportuno y conveniente.

c) Contraste Pastoral

Compartimos las respuestas a las preguntas que se plantean con el objetivo de hacer realidad los aspectos, actitudes, acciones que vamos descubriendo.

d) Oración

Este espacio pretende que a través de la oración, en sus diferentes formas, vayamos uniendo la fe con la vida. Acoger lo que vamos descubriendo como un regalo de Dios que es posible y realizable con la experiencia de la fe.

ECLESIOLOGÍA

1ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

1. La eclesiología del concilio Vaticano II
 - 1.1. La eclesiología del Vaticano II
 - 1.2. Una nueva conciencia eclesial

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. El Cardenal Hume, en el concilio Vaticano II, compartió estos dos sueños:

Primer sueño: La Iglesia-fortaleza

“Hablo exclusivamente en nombre propio. Escuché muchos discursos con atención y concentración, aunque esto no es enteramente cierto. Reconozco haberme dormido de vez en cuando. En una de estas ocasiones tuve un sueño del que os voy a hablar. Sentí una voz que hablaba: y hablaba de la Iglesia; en mi sueño tuve una visión. Era una visión de la Iglesia. He visto una fortaleza muy alta. Cualquier extranjero que se acercaba, les parecía un enemigo a los defensores, al que tenían que rechazar; desde aquella fortaleza no era posible oír las voces de los que estaban fuera. Los soldados que estaban en el interior demostraban una obediencia incondicional y ello era cosa digna de admirar: su papel no era razonar el por qué: su papel era actuar o morir. Así resultó mi sueño y, al recordar, me acordé de que los sueños falsean la realidad. Exageran”.

Segundo sueño: La Iglesia-peregrina

“En aquel momento tuve otra visión. Se trataba de un peregrino de la historia y de la vida. El peregrino era la Iglesia. El peregrino andaba deprisa camino de la verdad. Pero aún no la había conseguido. Iba a trompicones por el camino. A veces había indicadores para indicar el camino, o mejor, para indicar que éste o aquel camino no era el bueno. El peregrino, pensaba para mí, está siempre buscando y esto le resulta doloroso. Los mismos directores del peregrinar no tienen con frecuencia las ideas muy claras. A veces tienen que realizar grandes esfuerzos junto con los otros peregrinos. La corresponsabilidad implica siempre esfuerzos conjuntos. La fortaleza era un templo, mientras que los peregrinos vivían en una tienda. A veces es mejor conocer la inseguridad de la tienda de Abraham que estar cómodamente sentados en el templo de Salomón”.

DIALOGAR: ¿Qué quería decir o expresar, el Cardenal Hume, en cada uno de estos sueños?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

1. La eclesiología del concilio Vaticano II

1.1. La eclesiología del Vaticano II

La constitución dogmática *Lumen Gentium* (LG) es la reflexión sobre la Iglesia realizada en el Vaticano II. Este documento es considerado como “*la columna vertebral*” de todo el concilio.

La *LG* es el *fruto más serio del concilio* y representa, en el ámbito de la eclesiología, una auténtica *revolución copernicana*. La luz en que se sitúa el Misterio de la Iglesia, ha favorecido el redescubrimiento de la naturaleza y esencia íntima de la Iglesia. La *LG* tiene ocho capítulos. Estos capítulos van situando cada elemento en su lugar adecuado, a partir de lo que constituye el núcleo y la esencia de la Iglesia.

Capítulo I: presenta a la Iglesia, sobre todo, como un *Misterio*: misterio que es reflejo en la tierra del doble misterio de la Trinidad y del Verbo encarnado.

Capítulo II: se es *Pueblo de Dios* por el hecho de ser bautizado. El bautismo es lo importante y decisivo para determinar la condición de miembro de la Iglesia.

Todos los bautizados y, por tanto, también los que pertenecen a la jerarquía, son *Pueblo de Dios*.

Antes de cualquier diferenciación en la Iglesia a causa de las vocaciones particulares, de los ministerios, funciones o responsabilidades, *se es bautizado*, es decir, *miembro del pueblo de Dios*. Esta es la *máxima dignidad* de que gozan los miembros de la Iglesia, sea cual fuere el ministerio que ejerzan dentro de la comunidad eclesial.

Capítulos III y IV: estos capítulos, una vez aclarada y asentada la condición de Pueblo de Dios propia de la Iglesia, *presentan relacionadas la vocación ministerial y la vocación laical*: la constitución jerárquica de la Iglesia (capítulo III) y los fieles laicos (capítulo IV)

Capítulo V: presenta la universal vocación a la santidad en la Iglesia; el compromiso de santidad que afecta a todos los bautizados por el hecho de serlo.

Capítulo VI: trata sobre la vida religiosa y ofrece una teología renovada de la misma.

Capítulo VII: recupera la dimensión escatológica de la Iglesia, es decir, su condición peregrina e itinerante; el Vaticano II pone en el primer plano de la memoria y de la vida eclesial, la clave escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial.

Capítulo VIII: dedicado al misterio de María, Madre de Dios, en la doble luz del misterio de Cristo y de la Iglesia.

La constitución *LG* es importante, además de ser “*la columna vertebral*” de todo el Vaticano II, en relación con los quince documentos promulgados por el Vaticano II.

El *capítulo I*, sobre el Misterio de la Iglesia, es desarrollado en su doble vertiente de Palabra y de Celebración del Misterio, en las Constituciones dogmáticas *Dei Verbum* (DV) sobre la divina revelación, y *Sacrosanctum Concilium* (SC) sobre la Sagrada Liturgia.

El Pueblo de Dios, tratado en el *capítulo II*, es un Pueblo que tiene faz “latina” y faz “oriental”, ésta última es tratada en el Decreto *Orientalium Ecclesiarum* (OE) sobre las iglesias orientales.

Un Pueblo dividido hasta hoy, pero con una irrenunciable vocación a la unidad (Decreto *Unitatis Redintegratio*: UR)

Un Pueblo que tiene que establecer relaciones con las religiones no cristianas (Declaración *Nostra Aetate*: NE).

Un Pueblo defensor de la libertad religiosa (Declaración *Dignitatis Humanae*: DH)

Un Pueblo comprometido en ofrecer el Evangelio a todas las personas (Decreto *Ad Gentes*: AG).

Un Pueblo situado en el mundo, frente al cual manifiesta una simpatía crítica (Constitución *Gaudium et Spes*: GS).

Un pueblo que valora los medios de comunicación social (Decreto *Inter Mirifica*: IM) y la educación (Declaración *Gravissimum Educationis*: GE).

El **capítulo III**, sobre la constitución jerárquica de la Iglesia se desarrolla en tres documentos complementarios: el Decreto *Christus Dominus* (CD) sobre el deber pastoral de los obispos, el Decreto *Presbyterorum Ordinis* (PO) sobre la vida y ministerio sacerdotal, y el Decreto *Optatam Totius* (OT) sobre la formación de los futuros presbíteros.

El **capítulo IV**, sobre los laicos, es desarrollado en el Decreto *Apostolicam Actuositatem* (AA).

El **capítulo VI**, sobre los religiosos, se desarrolla en el Decreto *Perfectae Caritatis* (PC) sobre la adecuada renovación de la Vida Religiosa.

La doctrina del Vaticano II es unitaria en su concepción, aunque los diversos documentos recogen las diversas mentalidades existentes entre los padres conciliares. Todas ellas guiadas por un mismo amor al Evangelio y a la fidelidad que la Iglesia debe a Cristo.

1.2. Una nueva conciencia eclesial

En el Vaticano II la Iglesia se entiende así misma de una manera nueva. Se formó una nueva conciencia eclesial.

No cambiaron los elementos esenciales que forman la Iglesia en su ser profundo; pero, cambiaron los acentos que se ponen en dichos elementos. A partir del Vaticano II se tiene conciencia de que, respecto al Misterio de la Iglesia, estamos frente a una nueva forma de **ser**, una nueva forma de **estar presente**, y una nueva forma de **actuar**.

En el orden del **ser**:

- Se acentúa más la naturaleza sacramental de la Iglesia, que sus aspectos institucionales.
- Se ve más como comunión de comunidades, que como sociedad perfecta.
- Se valora más su naturaleza misionera, que la condición propia de depositaria de la fe.
- Se entiende más como Iglesia corresponsabilizada en todos sus miembros sin distinción, que como Iglesia en la que existe cierta discriminación a causa de los ministerios, funciones o vocaciones.
- Se acentúa su condición de Pueblo de Dios, a cuyo servicio está la jerarquía.

En el orden del **estar presente**:

- se acentúa la condición peregrinante propia de la comunidad eclesial;
- se adopta un talante acogedor y humanista frente a los valores del mundo.

En el orden del **actuar**, la Iglesia del Vaticano II aparece como:

- una Iglesia más atenta a su vocación profética que a la condición de simple guardiana de unas verdades;
- una Iglesia más preocupada por celebrar en plenitud el Misterio Pascual, que por los aspectos estrictamente rituales de la celebración;
- una Iglesia de talante pastoral, por encima de todo carácter impositivo en sus decisiones.

En la eclesiología del Vaticano II, considerando lo relativo de las expresiones, se constata el paso:

- de una visión eminentemente societaria de Iglesia, a una visión misteriosa y sacramental;
- de una visión fundamentalmente institucional y verticalista, a una visión de comunión y de participación;
- de una visión estática de Iglesia, a una visión dinámica de la misma;
- de una Iglesia construida prevalentemente a partir del protagonismo de la jerarquía, a una Iglesia construida a partir de la centralidad del Pueblo de Dios;
- de una exclusiva conciencia de Iglesia universal, a la conciencia viva y operante de la Iglesia diocesana, como lugar concreto donde cada bautizado vive el Misterio de la Iglesia;
- de una Iglesia encerrada en sí misma, a una Iglesia que hace suyos los gozos y esperanzas, tristezas y las angustias de las personas, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren.

La **nueva conciencia eclesial** está llamada a producir un decisivo **cambio de “clave interpretativa”**, en relación a una **nueva forma de entender y vivir el Misterio de la Iglesia en todos sus elementos, miembros y dimensiones**.

Algunas **líneas de fuerza** que atraviesan y sostienen la comprensión de la Iglesia (eclesiología) que brota del Vaticano II:

- la consideración de la **Iglesia** como **misterio**;
- la valoración de la **Iglesia** como **pueblo de Dios**;
- el entender y vivir la **Iglesia** como **comunión**;
- la condición de la **Iglesia** como **signo y sacramento de salvación**;
- la naturaleza esencialmente **misionera** de la **Iglesia**.

Todo esto, visto y reflejado en María, la creyente que personificó el Misterio de la Iglesia siendo “primera Iglesia” y ocupando como tal en la Iglesia el lugar más alto y más próximo a nosotros después de Cristo (cf. LG 54).

El Concilio Vaticano II en su Constitución Lumen Gentium, sobre la Iglesia, nos dejó las claves para conocer a la Iglesia de modo actualizado y dar unidad y armonía a toda la vida del cristiano.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

La eclesiología del Vaticano II

1. *Lumen gentium* es la reflexión sobre la Iglesia del Vaticano II y su “*columna vertebral*”. Tiene ocho capítulos.
2. **Cap. I:** presenta a la Iglesia como *Misterio*, que refleja dos misterios: Trinidad y Encarnación.
3. **Cap. II:** se es miembro del *Pueblo de Dios* y de la Iglesia por *ser bautizado. Todos los bautizados son Pueblo de Dios*. Esta es la máxima dignidad que tienen todos los miembros de la Iglesia, sea cual fuere el ministerio que ejerzan dentro de la comunidad eclesial.
4. **Cap. III y IV:** presentan relacionadas la vocación ministerial y la vocación laical.
5. **Cap. V:** presenta la universal vocación a la santidad en la Iglesia; el compromiso de santidad que afecta a todos los bautizados por el hecho de serlo.
6. **Cap. VI:** trata sobre la vida religiosa y ofrece una teología renovada de la misma.
7. **Cap. VII:** recupera la condición peregrina e itinerante de la Iglesia (dimensión escatológica); el Vaticano II resalta la clave escatológica de la Iglesia peregrina y su unión con la Iglesia celestial.
8. **Cap. VIII:** dedicado al misterio de María en la doble luz del misterio de Cristo y de la Iglesia.
9. **LG** es importante además en relación con los 15 documentos promulgados por el Vaticano II.
10. La doctrina del Vaticano II es unitaria en su concepción, aunque los documentos recogen las diversas mentalidades y tonos existente entre los padres conciliares.

Una nueva conciencia eclesial

11. En el Vaticano II la Iglesia se entiende así misma de una manera nueva. Se formó una nueva conciencia eclesial. Cambiaron los acentos que se ponen en los elementos esenciales que forman la Iglesia. A partir del Vaticano II se tiene conciencia de que, respecto al Misterio de la Iglesia, estamos frente a una nueva forma de: *ser, estar presente, y actuar*.
12. En la eclesiología del Vaticano II, según las expresiones, se constata el paso hacia:
 - a. una visión misteriosa y sacramental;
 - b. una visión de comunión y de participación;
 - c. una visión dinámica de la Iglesia;
 - d. una Iglesia construida a partir de la centralidad del Pueblo de Dios;
 - e. una conciencia viva y operante de la Iglesia diocesana, como lugar concreto donde cada bautizado vive el Misterio de la Iglesia.
13. La *nueva conciencia eclesial* está llamada a producir un decisivo *cambio de “clave interpretativa”*, en relación a una *nueva forma de entender y vivir el Misterio de la Iglesia en todos sus elementos, miembros y dimensiones*.
14. Algunas *líneas de fuerza* que atraviesan la comprensión de la Iglesia que brota del Vaticano II:
 - a. la consideración de la *Iglesia* como *misterio*;
 - b. la valoración de la *Iglesia* como *pueblo de Dios*;
 - c. el entender y vivir la *Iglesia* como *comunión*;
 - d. la condición de la *Iglesia* como *signo y sacramento de salvación*;
 - e. la naturaleza esencialmente *misionera* de la *Iglesia*.
15. Todo esto, visto y reflejado en María, la creyente que personificó el Misterio de la Iglesia siendo “primera Iglesia” y ocupando en la Iglesia el lugar más alto y más próximo a nosotros después de Cristo (cf. LG 54).

3. CONTRASTE PASTORAL

1. De estas 5 consideraciones de la Iglesia:
 - a. la consideración de la *Iglesia* como *misterio*;
 - b. la valoración de la *Iglesia* como *pueblo de Dios*;
 - c. el entender y vivir la *Iglesia* como *comunión*;
 - d. la condición de la *Iglesia* como *signo y sacramento de salvación*;
 - e. la naturaleza esencialmente *misionera* de la *Iglesia*.
- ¿Cuál de ellas vives tú más?; ¿Cuál vive más tu parroquia?
 - ¿Cuál crees tú que es la más necesaria, dada las situaciones que vivimos hoy?

4. ORACIÓN

“Sin el Espíritu Santo...”

“Sin el Espíritu santo, Dios está lejano.
Jesucristo queda en el pasado,
el evangelio es como letra muerta,
la Iglesia es una simple organización,
la misión una propaganda,
la autoridad una dominación,
el culto una evocación,
el actuar cristiano una moral de esclavos.

Pero en el Espíritu,
el cosmos es exaltado
y gime hasta que dé a luz el reino,
el Cristo resucitado está presente,
el evangelio es una potencia de vida,
la Iglesia significa la comunión trinitaria,
la autoridad un servicio liberador,
la misión un nuevo Pentecostés,
la liturgia un memorial y una anticipación,
el actuar humano es deificado.”

Ven Espíritu Santo, y llénanos de tu luz
para comprender el misterio de la Iglesia,
amor para vivir la comunión, valor para la misión,
pasión por tu Reino para ser sacramento
de tu amor de Padre a las personas,
y de estas entre sí, como hermanas.

Amén.

ECLESIOLOGÍA

2ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

2. El origen de la “Iglesia” a partir del anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús

2.1. El anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús

2.2. El “movimiento” de seguidores suscitado por Jesús

2.3. La Iglesia: el nombre preferido por la comunidad de los seguidores de Jesucristo

2.4. El proceso “fundacional” de la Iglesia primitiva

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. Los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) hablan 120 veces del reino de Dios y sólo dos veces de la Iglesia en los capítulos 16 y 18 del evangelio de S. Mateo.

¿Qué quiere decir?

- Que ¿Jesús no tiene nada que ver con la Iglesia, sino con el Reino?;
- que ¿la tarea de la Iglesia no tiene nada que ver con el reino?;
- que ¿una cosa es el Reino y otra la Iglesia?;
- ¿qué relación tienen?

Dialogamos y buscamos la ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

2. El origen de la “Iglesia” a partir del anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús

2.1. El anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús

El *centro de la predicación de Jesús*, lo que explica su acción y su itinerario vital, es el *anuncio y la venida del Reino de Dios* por parte de él mismo (cf. Mc 1,15; Mt 4,17). Jesús anuncia la cercanía del Reino de Dios, es decir, la *presencia amorosa y decisiva de Dios para con toda la humanidad, e invita a la aceptación de esta presencia en la vida personal y comunitaria*, como atestiguan las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,5-12; Lc 6,20-26).

Un signo de esta visión es la *invocación de Dios como Padre* en el Padre Nuestro (cf. Mt 6,9-15; Lc 11,2-4), donde la novedad respecto al Antiguo Testamento es la de invocar a Dios como un Padre cercano (Abbá) que suscita una experiencia de filiación.

Esta novedad va unida a otra: el *calificar a todas las personas como hermanas*, sin distinción de raza, sexo o nación, que conduce a la verdadera *fraternidad humana*, que Jesús radicaliza de tres maneras: como *amor a los enemigos* (cf. Mt 5,43-48), a los *extranjeros* (cf. Lc 10,30-37) y a los *pecadores* (cf. Lc 7,34-50).

La unión entre ambas experiencias se expresa en *Dios como Padre*, y se visualiza en considerar a este *Dios como Nuestro*, y se convertirá en la síntesis de lo que es el *Reino de Dios*, como *realidad de filiación divina y fraternidad humana en Cristo* (cf. Ga 4,6; Rm 8,15). También conlleva la tarea de construir el mundo como mesa grande donde la justicia, el compartir y la paz sean el pan de cada día.

Correlativo a este Reino de Dios es el concepto de *“Pueblo de Dios”*, ya que de la misma forma que el Reino tiene su tiempo y lugar, necesita también un pueblo en el que pueda hacerse presente, que lo acepte, lo visibilice y lo anuncie a los demás. Y esto es lo que Jesús pretendió: convocar al pueblo de Israel para que acepte el Reino de Dios (“venga tu Reino”: Lc 11,2) y por esto intentó promover la reunión definitiva de Israel en vista al Reino de Dios como recuerda su exclamación: “Jerusalén, Jerusalén! cuántas veces he querido reunir a tus hijos y no habéis querido” (Mt 23,37), siguiendo la esperanza anunciada por los profetas (cf. Is 2,2-5; Jer 3,17; Zac 8,20-23).

En este contexto se debe situar la elección de Jesús de un grupo de Doce entre sus discípulos (cf. Mc 3,13-19; Mt 10,1-4; Lc 6,12-16). De hecho, debe tenerse presente que la esperanza en el restablecimiento de las doce tribus era una de las formas más comunes de la esperanza judía y por esto la expectación del reagrupamiento de Israel era tan extendida, y el recuerdo de las doce tribus permanecía tan agudo que “doce” significaba “restablecimiento” de Israel (cf. Ez 37; 39; 40-48; Mt 19,28). En este sentido es significativo que el Apocalipsis presente la Jerusalén celeste con su muralla edificada sobre doce piedras que llevan los nombres de los doce Apóstoles (cf. Ap 21,9-14).

2.2. El “movimiento” de seguidores suscitado por Jesús

Jesús generó con su predicación del Reino de Dios un *amplio “movimiento” de seguidores a diversos niveles* (discípulos, mujeres, amigos, curiosos, enfermos marginados...) como oferta y posibilidad para que Israel superase la crisis que vivía y reconstruyese su identidad en clave de Reino de Dios, y en este sentido se puede describir este *movimiento creado por Jesús* como un *“movimiento intrajudío de renovación”*, dado que Jesús no renunció a su *identidad judía*, sino que promovió su sentido más profundo e interior (cf. Mt 5,17-20; 23,1-39). *Este “movimiento” de los seguidores de Jesús después de la “huida” y “dispersión” de sus miembros que supuso la muerte de Jesús* (cf. Mc 14,50; Lc 24,19-21), *se “rehízo” reagrupándose y expandiéndose a partir del anuncio de su Resurrección en torno a los doce* (cf. Hch 2,1-47).

Al mismo tiempo, gran parte del pueblo de Israel prefirió seguir la línea defendida por el fariseísmo, es decir, centrándose “formalmente” en la Ley y cerrándose a la visión más “interior” y “espiritual” de la perspectiva del Reino de Dios anunciada por Jesús.

En cambio, los seguidores del “*movimiento*” originado por Jesús se esforzaron en mantener una *comprensión abierta de la identidad judía*, que progresivamente se hizo universalmente accesible. Así, Pablo afirma que la Ley no es un privilegio de Israel, sino que está inscrita en el corazón de todos los gentiles (cf. Rm 2,15); que la circuncisión no es sólo judía, sino que cada uno puede estar circuncidado en su corazón (cf. Rm 2,29); que la condición de hijo de Dios es patrimonio de todos los hombres, ya que “no hay judío y griego, esclavo y libre, varón y mujer, dado que todos sois uno en Cristo” (Ga 3,28). De esta manera, se “universalizan” los valores de Israel para todos los creyentes, se desvinculan de un determinado pueblo y se “desnacionalizan” sus tradiciones, de tal forma que se convoca para este Reino a las personas por encima de las barreras culturales y nacionales reforzando la convicción de hacer realidad algo que podía convertirse en propuesta para toda la humanidad (cf. La justificación de Pablo: Rm 9-11).

2.3. La Iglesia: el nombre preferido por la comunidad de los seguidores de Jesucristo

Dentro de este planteamiento la Iglesia inicial aparece en continuidad con el movimiento originado por Jesús como recuerda el Vaticano II:

“el Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, la llegada del Reino de Dios prometido en las Escrituras” (LG 5).

De esta forma, la Iglesia aparece como la consecuencia legítima de un proceso histórico que tiene su momento decisivo en Jesús, como realización del designio de salvación que Dios tiene desde el inicio de la humanidad (cf. LG 2).

Entre finales del *siglo I* y principios del *siglo II* este “*movimiento intrajudío de renovación*”, que el Nuevo Testamento califica como “camino”, “los santos”, “los nazarenos”, “la secta nazarena”, “los cristianos”..., *pasa a ser reconocida progresivamente de forma diferenciada del pueblo judío con el calificativo específico de “Iglesia”*.

Esto supuso una progresiva separación del mundo judío por parte de los cristianos especialmente cuando gran parte del pueblo judío rechazó la predicación apostólica centrada en Jesús como Mesías definitivo. En este contexto los seguidores de Jesús adoptaron el nombre de “*Iglesia*”, palabra que el Antiguo Testamento había usado para calificar la asamblea fundacional del pueblo hebreo en el monte Sinaí, con el sentido de “*comunidad convocada*” por Dios para comunicarles la Alianza del pueblo escogido con Él (cf. Dt 4,10; 9,10; 18,16; 23,1 s.; 31,30, y Hch 7,38).

De esta forma los primeros seguidores de Jesús reafirmaban su raíz y su convicción de continuar y ser la *asamblea* (iglesia, en griego) *del “verdadero Israel”* fundado en el acto fundacional de la alianza del monte Sinaí. La *palabra iglesia*, tiene un *sentido activo* y significa la *llamada o convocatoria*, y también tiene un *sentido pasivo* indicando la *congregación o asamblea convocada*.

2.4. El proceso “fundacional” de la Iglesia primitiva

En este contexto, el Vaticano II se sitúa en la línea de la reflexión actual sobre los datos del Nuevo Testamento; según esta reflexión, lo que mejor concuerda es la idea de una *fundación progresiva de la Iglesia a lo largo de toda la acción de Jesús, tanto del histórico como del resucitado*. En efecto, en el movimiento de convocación del Jesús histórico, en su círculo de discípulos, en sus comidas, en especial en su última cena antes de su muerte, aparecen *vestigios eclesiales prepascuales probablemente más implícitos que formalmente explícitos*. Todos estos elementos y perspectivas sirvieron para la formación de la Iglesia y pueden enumerarse como sigue:

1. las promesas del Antiguo Testamento sobre el pueblo de Dios que se presuponen en la predicación de Jesús y que conservan toda su fuerza salvífica;

2. la llamada de Jesús a todos los hombres a la conversión y a la fe;
3. la vocación e institución de los Doce como signo del futuro restablecimiento de todo Israel;
4. la imposición del nombre a Simón Pedro y su lugar preeminente en el círculo de los discípulos y su misión;
5. el rechazo de Jesús por parte de Israel y la ruptura entre el pueblo judío y los discípulos de Jesús;
6. el hecho de que Jesús, al instituir la Cena y afrontar su pasión y muerte, persiste en predicar el Reino de Dios que consiste en el don de la vida a todos los hombres;
7. la restauración, gracias a la resurrección del Señor, de la comunidad resquebrajada entre Jesús y sus discípulos y la introducción después de la Pascua de la vida eclesial;
8. el envío del Espíritu Santo que hace de la Iglesia una “creatura de Dios”;
9. la misión hacia los paganos y la constitución de la Iglesia de los paganos;
10. la ruptura definitiva entre el “verdadero Israel” y el judaísmo.

Todas estas etapas unidas muestran que la fundación de la Iglesia debe entenderse como un proceso histórico, como el acontecer de la Iglesia en el interior de la historia de la Revelación. Para comprender esta afirmación hay que considerar las siguientes precisiones: Jesús, para realizar su misión salvífica, quiso reunir a los hombres en orden al Reino y reunirlos en torno a sí. Para realizar este proyecto, Jesús realizó actos concretos cuya interpretación, si se toman conjuntamente, es la preparación de la Iglesia que se constituyó definitivamente con los acontecimientos de la Pascua y de Pentecostés. Es pues necesario afirmar que Jesús quiso fundar la Iglesia.

Esta propuesta se basa en comprender que en la vida y ministerio de Jesús se percibe como una “eclesiología implícita”, expresión que significa que Jesús tenía la intención clave de constituir la Iglesia aunque debe considerarse que no se trata de afirmar que esta intención de Jesús implique una voluntad expresa de fundar y establecer todos los aspectos institucionales de la Iglesia tal y como se han desarrollado en la historia. De esta forma, aparece clara la voluntad de Jesús que, al predicar el Reino de Dios, concibe un pueblo que sea su signo y portavoz para la historia de la humanidad aunque su formulación más manifiesta no aparezca hasta la etapa posterior a Pentecostés con una “eclesiología explícita” en continuidad con la “eclesiología implícita” presente en la intención de Jesús de constituir la Iglesia.

La Iglesia no tiene origen humano, sino que es **iniciativa de Dios**. Es un regalo suyo a la humanidad para que pueda alcanzar el Reino en plenitud.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

El origen de la “Iglesia” a partir del anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús

El anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús

- 1.** El centro de la predicación de Jesús es el anuncio y la venida del Reino de Dios por su parte. Jesús anuncia la cercanía del Reino de Dios, es decir, la presencia amorosa y decisiva de Dios para la humanidad, e invita a la aceptación de esta presencia en la vida personal y comunitaria.
- 2.** Un signo de esta visión es la invocación de Dios como Padre en el Padre Nuestro, la novedad es invocar a Dios como un Padre cercano (Abbá) que suscita una experiencia de filiación.
- 3.** Esta novedad va unida a otra: el calificar a todas las personas como hermanas, sin distinción alguna, que conduce a la verdadera fraternidad humana, que Jesús radicaliza de tres maneras: como amor a los enemigos, a los extranjeros y a los pecadores.

Dios creó el mundo como una gran casa, “casa de la familia”, donde los bienes de la tierra y los dones de cada uno se pusieran sobre la única mesa, donde Dios sienta a su lado, en los primeros puestos a los pobres, enfermos y pecadores

- 4.** La unión entre estas tres experiencias se expresa en Dios como Padre, y se visualiza en considerar a Dios como Nuestro, y se convertirá en la síntesis de lo que es el Reino de Dios, como realidad de filiación divina y fraternidad humana en Cristo.

- 5.** Correlativo a este Reino de Dios es el concepto de “Pueblo de Dios”, el Reino tiene su tiempo y lugar, necesita un pueblo en el que pueda hacerse presente, que lo acepte, lo visibilice y lo anuncie a los demás. Y esto es lo que Jesús pretendió: convocar al pueblo de Israel para que acepte el Reino de Dios y por esto intentó promover la reunión definitiva de Israel en vista al Reino de Dios.

- 6.** En este contexto se sitúa la elección de Jesús de un grupo de Doce entre sus discípulos. El Apocalipsis presenta la Jerusalén celeste con su muralla edificada sobre doce piedras que llevan los nombres de los doce Apóstoles.

El “movimiento” de seguidores suscitado por Jesús

- 7.** Jesús generó con su predicación del Reino de Dios un amplio “movimiento” de seguidores a diversos niveles como posibilidad para que Israel reconstruyese su identidad en clave de Reino de Dios. Este “movimiento” de seguidores después de la “huida” y “dispersión” de sus miembros que supuso la muerte de Jesús, se “rehizo” reagrupándose y expandiéndose a partir del anuncio de su Resurrección en torno a los doce.

- 8.** Gran parte del pueblo de Israel prefirió seguir la línea farisaica, es decir, centrarse en la Ley y cerrarse a la visión más “interior” y “espiritual” de la clave del Reino de Dios anunciada por Jesús.

- 9.** Los seguidores del “movimiento” originado por Jesús se esforzaron en mantener una comprensión abierta de la identidad judía, que progresivamente se hizo universalmente accesible. Pablo afirma que la Ley está inscrita en el corazón de todos los gentiles; que la condición de hijo de Dios es patrimonio de todos los hombres. Así, se “universalizan” los valores de Israel para todos los creyentes, se desvinculan de un determinado pueblo y se “desnacionalizan” sus tradiciones, de tal forma que se convoca para este Reino a las personas por encima de las barreras culturales y nacionales reforzando la convicción de hacer realidad algo que podía convertirse en propuesta para toda la humanidad.

La Iglesia: el nombre preferido por la comunidad de los seguidores de Jesucristo

10. La Iglesia inicial aparece en continuidad con el movimiento originado por Jesús: “el Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, la llegada del Reino de Dios prometido en las Escrituras” (LG 5).

11. De esta forma la Iglesia aparece como la consecuencia legítima de un proceso histórico que tiene su momento decisivo en Jesús, como realización del designio de salvación que Dios tiene desde el inicio de la humanidad (cf. LG 2).

12. A principios del *siglo II* este “*movimiento intrajudío de renovación*”, *pasa a ser reconocido con el calificativo de “Iglesia”*.

13. Esto supuso una separación del judaísmo por parte de los cristianos, sobre todo cuando gran parte del pueblo judío rechazó la predicación apostólica centrada en Jesús como Mesías definitivo. En este contexto los seguidores de Jesús adoptaron el nombre de “*Iglesia*”, palabra que el AT había usado para calificar la asamblea fundacional del pueblo hebreo en el Sinaí, con el sentido de “*comunidad convocada*” por Dios para comunicarles la Alianza del pueblo escogido con Él.

14. Los seguidores de Jesús reafirmaban su convicción de continuar y ser la *asamblea* (iglesia) del “*verdadero Israel*” fundado en la alianza del Sinaí. La *palabra iglesia*, tiene un *sentido activo* (llamada o convocatoria), y un *sentido pasivo* (congregación o asamblea convocada).

El proceso “fundacional” de la Iglesia primitiva

15. El Vaticano II se sitúa en la línea de la reflexión actual sobre los datos del NT; según esta reflexión, lo que mejor concuerda es la idea de *una fundación progresiva de la Iglesia a lo largo de toda la acción de Jesús, tanto del histórico como del resucitado*. En el movimiento de convocación de Jesús, en su círculo de discípulos, en sus comidas, en especial en su última cena, aparecen *vestigios eclesiales prepascuales quizás más implícitos que explícitos*. Todos estos elementos y claves sirvieron para la formación de la Iglesia.

16. La fundación de la Iglesia debe entenderse como un proceso histórico, como el acontecer de la Iglesia en el interior de la historia de la Revelación. Para comprender esta afirmación hay que considerar las siguientes precisiones: Jesús, para realizar su misión salvífica, quiso reunir a las personas en orden al Reino y reunir las en torno a sí. Para realizar este proyecto, Jesús realizó actos concretos cuya interpretación, si se toman conjuntamente, es la preparación de la Iglesia que se constituyó definitivamente con los acontecimientos de la Pascua y de Pentecostés. Es pues necesario afirmar que Jesús quiso fundar la Iglesia.

17. Esta propuesta se basa en comprender que en la vida y ministerio de Jesús se percibe una “*eclesiología implícita*”, expresión que significa que Jesús tenía la intención de constituir la Iglesia; aunque debe considerarse que no se trata de afirmar que esta intención de Jesús implique una voluntad expresa de fundar y establecer todos los aspectos institucionales de la Iglesia tal y como se han desarrollado en la historia. De esta forma aparece clara la voluntad de Jesús que, al predicar el Reino de Dios, concibe un pueblo que sea su signo y portavoz para la historia de la humanidad aunque su formulación más manifiesta no aparezca hasta la etapa posterior a Pentecostés con una “*eclesiología explícita*” en continuidad con la “*eclesiología implícita*” presente en la intención de Jesús de constituir la Iglesia.

3. CONTRASTE PASTORAL

Las claves del Reino de Dios, que hemos estudiado son:

- que se acoge a Dios como Padre;
- que los hombres nos acogemos como hermanos, por consiguiente;
- acogemos el mundo como casa de la familia, que pone todos los bienes... sobre la única mesa donde nos sentamos como hermanos, dejando los primeros asientos a los más débiles.

Es decir, un reino de justicia, de amor y de paz. Porque el reino de Dios tiene espacio y tiempo.

La Iglesia tiene la tarea de convertirse en Reino y de convertir el mundo en Reino:

En la tarea parroquial, ¿tú y tu parroquia cómo vivís y trabajáis estas claves?

4. ORACIÓN

Oración por la Iglesia

Que no olvide yo ni un instante que tú has establecido en la tierra un reino que te pertenece;
que la Iglesia es tu obra, tu institución, tu instrumento;
que nosotros estamos bajo tu dirección, tus leyes y tu mirada;
que cuando la Iglesia habla, tú eres el que hablas.
Que la familiaridad que tengo con esta verdad maravillosa no me haga insensible a esto;
que la debilidad de tus representantes humanos no me lleve a olvidar, que eres tú quien hablas y obras por medio de ellos.
Amén.

ECLESIOLOGÍA

3ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

3. Descripción y “nombres” de la Iglesia

3.1. Nombres de la Iglesia

3.2. Pueblo de Dios

3.3. Sacramento de salvación

3.4. Eclesiología de comunión

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. En cada época, dadas la cultura, la realidad social, económica, política, la Iglesia se ha entendido, para bien y/o para mal, con unos nombres acordes con su tiempo, también el Vaticano II pone nombres a la Iglesia.
3. ¿Cuál es, en este momento, nuestra cultura? Nuestra cultura pone al hombre en el centro, y como sujeto del devenir histórico: y de ahí la democracia, la autonomía, la secularización, etc... y “es bueno” como dice el autor del Génesis en el relato de la creación. Dios también lo quiere.

Pero, esta cultura, nos puede dar luz y, también, alguna dificultad en la comprensión y en la vida de la Iglesia, si queremos aplicarlo tal y como se vive en la sociedad.

Por ejemplo: ¿La Iglesia debe regirse como una democracia?

¿por qué sí y por qué no?

Busca en la iluminación luz a esta pregunta.

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

3. Descripción y nombres de la Iglesia

3.1. Nombres de la Iglesia

¿Cuáles son los nombres, las imágenes o los conceptos fundamentales de la Iglesia? No existe una única indicación y en la tradición teológica se han utilizado diversos conceptos.

La Iglesia ha sido descrita de diversas maneras con metáforas, imágenes y símbolos. En el *Nuevo Testamento* aparece como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Esposa de Cristo, templo del Espíritu, redil, rebaño de Dios (cf. LG 7).

Entre los *siglos II y V*, se acuñarán los nombres de madre, arca, misterio, sacramento, columna, fraternidad...

A partir del *Medioevo* (siglos V-XV) se usarán las calificaciones de congregación, iglesia militante y triunfante, reino, cuerpo místico...

Lutero y sus seguidores, preferirán la denominación de comunión de los santos, entendida de modo espiritual e invisible, situación que comportará como compensación por parte católica una fuerte acentuación de la visibilidad usando nombres como corporación o cuerpo de Cristo, sociedad visible y perfecta jurídicamente...

“Sociedad jurídica perfecta” fue el nombre dominante hasta 1950, debido al influjo del *Código de Derecho Canónico de 1917*, que partió de esta comprensión de *sociedad jurídica perfecta* para articular todas sus normas, de una forma paralela a la organización civil propia de los Estados.

El Vaticano II, en su interés de actualización y reforma de la Iglesia, sitúa otros nombres e imágenes de la Iglesia: “*Reino de Dios*” (LG 5), “*redil, labranza, construcción, familia, templo, esposa, nueva Jerusalén*” (LG 6), “*sociedad*” (LG 8; PO 2), “*Cuerpo místico de Cristo*” (LG 7). Además, a través de los textos conciliares aparecen otras expresiones complementarias en clave de “*comunión*” de las cuales pueden destacarse: “*la Iglesia, comunidad de fe, esperanza y amor*” (LG 8; 26; 28...), “*comunión jerárquica*” (LG 21.22), “*cuerpo de iglesias*” (LG 23), “*comunión de los santos*” (LG 69)... En este sentido, aunque el nombre de la Iglesia como “*comunión*” no aparezca explícitamente, su contenido marca la comprensión posterior de la eclesiología conciliar.

El *Vaticano II*, además, recupera la categoría teológica de *sacramento* o *comunidad sacramental*, usada en los primeros siglos de la Iglesia, ya que ayuda a articular mejor la doble dimensión espiritual y visible de la Iglesia, la cual es “una única realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y el humano” (LG 8).

De esta forma la palabra *sacramento*, aplicada a la Iglesia, y entendida como “*signo e instrumento*” (LG 1), supone, a imagen de los siete sacramentos, un descentramiento de la Iglesia ya que manifiesta que su centro es Jesucristo, de la cual ella es signo como su memoria y su presencia actual. Por eso la *Iglesia* puede describirse como un “*sacramento*”, es decir, como un “*signo*” e “*instrumento*” actualizador de la memoria y de la presencia de Jesucristo en el mundo, mediante la Palabra de Dios y los Sacramentos, vividos en el testimonio de los cristianos.

3.2. Pueblo de Dios

La ubicación de esta expresión “Pueblo de Dios” como título del capítulo II de LG, que precedió al dedicado a la jerarquía, lo convirtió en el más significativo de la nueva comprensión de la Iglesia en el Vaticano II: se trata de superar una visión puramente jerarcológica de la Iglesia para centrarse en su

sujeto primario: todos los bautizados que forman el Pueblo de Dios. Éste es, gracias a su origen trascendente, “icono de la Trinidad”.

El anclaje de la eclesiología del Pueblo de Dios en la tradición del Antiguo Testamento y su relación con la categoría *alianza*, que es su nexo de unión con el Nuevo Testamento, han facilitado su uso. Posiblemente es el concepto más decisivo que enraíza la Iglesia con el Antiguo Testamento e Israel. La Iglesia es el Pueblo de Dios porque realiza la vocación universal a la cual estaba llamado Israel por Dios, el cual, siendo único, quería ser también el Dios de todas las personas. En esta clave se sitúa la Iglesia de Jesucristo como realización definitiva de la agrupación de Israel, pueblo de Dios, cuyo ser inicial de “signo entre las naciones” (cf. Is 11,12) se convierte en “un pueblo mesiánico, instrumento para la salvación de todos... y, por tanto, sacramento universal de salvación” (LG 9).

Al tratarse de una expresión más asequible que la de Cuerpo Místico y más comprensible que el concepto de sacramento, se ha convertido en señal de la recepción popular de la eclesiología del Vaticano II. La expresión “Pueblo de Dios” designa la eclesiología del Vaticano II.

3.3. Sacramento de salvación

El nombre explícito más decisivo en la globalidad de la eclesiología es el de la Iglesia como “*sacramento de la salvación*”. Este nombre aparece como *categoría básica de la Iglesia* en el Vaticano II. Se trata de una calificación que se *aplica a la comunidad cristiana entendida como presencia y signo sagrado de Cristo en medio del mundo*, que es lo que significa sacramento. Esta era la comprensión de su primer uso en la Iglesia por parte de Cipriano de Cartago (siglos II/III), uso que la teología del siglo XX propuso como alternativa a una comprensión excesivamente jurídica y visibilista de la Iglesia (“sociedad perfecta”; “cuerpo/corporación de Cristo” identificado con la Iglesia católica...).

El uso de la palabra sacramento, o de comunidad sacramental, referida a la Iglesia puede servir para no caer en una mirada sobre ella ni puramente *sociológica*, como si fuera una mera sociedad civil, ni puramente *espiritualista*, como si fuera una realidad fuera de la historia, y ayudar así a vertebrar sus dos dimensiones básicas, la espiritual-trascendente y la histórica-visible, como “*una realidad compleja*” (LG 8) que la categoría sacramento, como signo-sagrado, expresa cual signo, es decir, histórico concreto, de carácter sagrado, es decir, espiritual trascendente. Para comprenderlo mejor puede ser útil describirlo a partir de sus tres dimensiones que la teología clásica aplicó a los sacramentos, para formular la Iglesia como sacramento en su triple forma de la manera siguiente:

- 1.** La *Iglesia como “signo externo”* (sacramentum tantum), *aparece como “una sociedad”* (LG 8), cual expresión jurídica y social de su ser una institución visible e histórica; de hecho, el concepto sociológico y jurídico de “sociedad” resalta que sus relaciones son instrumentales y formales, y acentúa la dimensión más “jurídica” y “visibilista” de la Iglesia.
- 2.** La *Iglesia como “signo interno”* (res et sacramentum) *aparece como “comunidad”* (LG 8), expresión concreta de su ser Pueblo de Dios por la Fe y los Sacramentos; esta dimensión se basa en el concepto sociológico de “comunidad” que genera relaciones interpersonales, afectivas y familiares, y pone más de relieve la comunión de ‘amor’ que es la Iglesia.
- 3.** La *Iglesia como “realidad última”* (res tantum), *de “la filiación y la fraternidad en Cristo”* dado que es signo e instrumento de “la íntima unión con Dios” (filiación) “y la unidad de todo el género humano” (fraternidad) (LG 1). Todo para posibilitar invocar a Dios como “Padre -por la filiación- y Nuestro -por la fraternidad-”. He aquí la última razón de la Iglesia como sacramento, es decir, como signo sagrado externo e interno, simbolizándolo con su vida y haciéndolo presente con obras en todo ámbito y ambiente donde esté un cristiano.

Se trata pues, de sus tres formas articuladas que recogen las diversas dimensiones de la Iglesia, a partir de su visibilización jurídica como “sociedad”, de su realidad viviente decisiva como “comunidad” de creyentes, y de su finalidad y realidad última, que comporta “la filiación y la fraternidad” en Cristo.

3.4. *Eclesiología de comunión*

A partir del Sínodo de los obispos de 1985, se impuso progresivamente esta denominación, que, aunque no aparece explícitamente formulada así en los textos conciliares, interpreta su estructura eclesiológica que apunta a la comunión con Dios por la Palabra y los Sacramentos, que comporta la comunión de los cristianos entre sí y la relación *fraternal* entre las iglesias diocesanas y la Iglesia de Roma. Esta comprensión se enraíza en la “eclesiología eucarística”, es decir, que tiene a la Eucaristía como centro de la Iglesia diocesana (tan presente en la Iglesia antigua y aún hoy en las iglesias de Oriente no católicas, llamadas *ortodoxas*).

“La Iglesia es en Cristo **como un sacramento** o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). Esta afirmación del Vaticano II no modifica lo que dice el Catecismo (1113): Hay en la Iglesia siete sacramentos.

1. **Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.**

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. **Sesión de trabajo en grupo.**

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

Descripción y nombres de la Iglesia

Nombres de la Iglesia

1. La Iglesia ha sido descrita en la tradición teológica con diversas metáforas, imágenes y símbolos.
2. *Nuevo Testamento*: Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Esposa de Cristo, templo del Espíritu, redil, rebaño de Dios (cf. LG 7).
3. *Siglos II y V*: madre, arca, misterio, sacramento, columna, fraternidad...
4. *Medioevo* (siglos V-XV): congregación, iglesia militante y triunfante, reino, cuerpo místico...
5. *Reforma luterana*: comunión de los santos (en clave espiritual e invisible); *contrarreforma católica*: cuerpo de Cristo, sociedad visible y jurídica perfecta (acentuación de la visibilidad).
6. *Hasta 1959*: sociedad jurídica perfecta, por influjo del *Código de Derecho Canónico de 1917*.
7. Vaticano II (1965): “*Reino de Dios*”, “*redil, labranza, construcción, familia, templo, esposa, nueva Jerusalén*”, “*sociedad*”, “*Cuerpo místico*” de Cristo; expresiones en clave de “*comunión*” (clave que marca la comprensión de la eclesiología conciliar): “*la Iglesia, comunidad de fe, esperanza y amor*”, “*comunión jerárquica*”, “*cuerpo de iglesias*”, “*comunión de los santos*”...
8. El *Vaticano II* recupera la categoría teológica de *sacramento* o *comunidad sacramental*, que ayuda a articular mejor la doble dimensión espiritual y visible de la Iglesia, la cual es “una única realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y el humano” (LG 8).
9. La palabra *sacramento*, aplicada a la Iglesia, y entendida como “*signo e instrumento*” (LG 1), supone, a imagen de los siete sacramentos, un descentramiento de la Iglesia: manifiesta que su centro es Jesucristo, de la cual ella es signo como su memoria y su presencia actual. La *Iglesia* puede describirse como un “*sacramento*”, es decir, como “*signo*” e “*instrumento*” actualizador de

la memoria y presencia de Jesucristo en el mundo, mediante la Palabra de Dios y los Sacramentos, vividos en el testimonio de los cristianos.

Pueblo de Dios

10. La ubicación de esta expresión “Pueblo de Dios” como título del capítulo II de LG lo convirtió en el más significativo de la comprensión de la Iglesia en el Vaticano II: se trata de superar una visión sólo jerarcológica de la Iglesia para centrarse en su sujeto primario: todos los bautizados que forman el Pueblo de Dios. Éste es, gracias a su origen trascendente, “icono de la Trinidad”.

11. La Iglesia es el Pueblo de Dios porque realiza la vocación universal a la cual estaba llamado Israel por Dios, el cual, siendo único, quería ser también el Dios de todas las personas. En esta clave se sitúa la Iglesia de Jesucristo como realización definitiva de la agrupación de Israel, pueblo de Dios, cuyo ser inicial de “signo entre las naciones” se convierte en “un pueblo mesiánico, instrumento para la salvación de todos... y, por tanto, sacramento universal de salvación” (LG 9).

12. La expresión “Pueblo de Dios” se ha convertido en señal de la recepción popular de la eclesiología del Vaticano II. Ésta expresión designa la eclesiología del Vaticano II.

Sacramento de salvación

13. Sacramento de salvación. Nombre clave en la globalidad de la eclesiología y *categoría básica de la Iglesia*. Calificación que *se aplica a la comunidad cristiana entendida como presencia y signo sagrado de Cristo en el mundo*, que es lo que significa sacramento.

14. El uso de la palabra sacramento, o comunidad sacramental, referida a la Iglesia sirve para vertebrar sus dos dimensiones básicas, *espiritual-trascendente e histórica-visible*, como *“una realidad compleja”* (LG 8) que la categoría sacramento, como signo-sagrado, expresa cual signo, es decir, histórico concreto, de carácter sagrado, es decir, espiritual trascendente.

a. La *Iglesia como “signo externo”, aparece como “una sociedad”*, como expresión jurídica y social de su ser una institución visible e histórica; de hecho, el concepto sociológico y jurídico de “sociedad” resalta que sus relaciones son instrumentales y formales, y acentúa la dimensión más “jurídica” y “visibilista” de la Iglesia.

b. La *Iglesia como “signo interno” aparece como “comunidad”*, expresión concreta de su ser Pueblo de Dios por la Fe y los Sacramentos; esta dimensión se basa en el concepto sociológico de “comunidad” que genera relaciones interpersonales, afectivas y familiares, y pone más de relieve la comunión de amor que es la Iglesia.

c. La *Iglesia como “realidad última”, de “la filiación y la fraternidad en Cristo”*, dado que es signo e instrumento de “la íntima unión con Dios” (filiación) “y la unidad de todo el género humano” (fraternidad), que transforma el mundo en casa de la familia, con una mesa en común donde se sientan los peregrinos y pobres del camino. Todo para posibilitar invocar a Dios como “Padre -por la filiación- y Nuestro -por la fraternidad-”. Esta es la última razón de la Iglesia como sacramento, es decir, como signo sagrado externo e interno.

Se trata de sus tres formas articuladas que recogen las diversas dimensiones de la Iglesia, a partir de su visibilización jurídica como “sociedad”, de su realidad viviente como “comunidad” de creyentes, y de su finalidad y realidad última, que comporta “la filiación y la fraternidad” en Cristo.

Eclesiología de comunión

15. Esta denominación interpreta bien la estructura eclesiológica del concilio que apunta a la comunión con Dios por la Palabra y los Sacramentos, comporta la comunión de los cristianos entre sí y la relación *fraternal* entre las iglesias diocesanas y la Iglesia de Roma. Esta comprensión se enraíza en la “eclesiología eucarística”, que tiene a la Eucaristía como centro de la Iglesia diocesana.

3. CONTRASTE PASTORAL

Para vivir la realidad que los nombres de la Iglesia nos descubren tiene que haber cauces y medios humanos que lo faciliten, porque la Iglesia además de divina es humana.

DIALOGAMOS:

- ¿Qué nombre de la Iglesia te da mayor comprensión de ella? y
- ¿Qué cauces y qué medios, etc. son necesarios en nuestro tiempo con su cultura?

4. ORACIÓN

Oh Cristo, estrella radiante de la mañana.
Encarnación del infinito amor,
Salvación siempre invocada y esperada.
Toda tu iglesia, como Pueblo de Dios, camina en la esperanza;
como Madre nos manda a sus hijos: “haced lo que Jesús os mande”
como esposa grita en la noche de boda:
“ven, señor Jesús”;
como Sacramento de tu amor: está cerca del pobre y explotado;
como labranza de Dios, es llamada a configurarse con Cristo
y a dar frutos de justicia y fraternidad.
Que tu Espíritu, Señor, nos ayude a hacerte presente
con los distintos nombres y rostros,
en el mundo que habita en tinieblas
y espera al que es la Luz de las naciones.
Amén.

ECLESIOLOGÍA

4ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

4. La Iglesia apostólica primitiva: norma y fundamento de la Iglesia de todos los tiempos

4.1. El período apostólico inicial: años 30-65

4.2. El período post-apostólico (último tercio del siglo I hasta la mitad del siglo II)

a. La gran transición: la desaparición de los grandes Apóstoles

b. La eclesiología tardía del Nuevo Testamento: el testimonio de la literatura paulina

c. Conclusión

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. Muchas personas, cristianas o no, constantemente dicen: “La Iglesia debe modernizarse”.

Podemos preguntar al tema que vamos a estudiar: si la Iglesia debe adecuarse a los tiempos o no debe, es decir, si puede o no puede adecuarse a los tiempos por fidelidad a los principios fundantes.

3. Si debe “modernizarse”, porque puede, ¿a dónde debe mirar: al pasado, es decir a los orígenes de la Iglesia o los tiempos actuales: tipo de sociedad, necesidades de los cristianos, etc.?

Dialogad primero sobre vuestra opinión, pero sobre todo buscad la respuesta, con espíritu abierto, en la ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD.

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

4. La Iglesia apostólica primitiva: norma y fundamento de la Iglesia de todos los tiempos

La importancia de la época apostólica de la Iglesia primitiva es decisiva por razón del carácter definitivo de la revelación plena que es Jesucristo, puesto que después de Él “no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (DV 4), ya que con Él tenemos “la plenitud de Revelación” (DV 2), y por tanto, todo lo necesario para creer como cristianos.

De ahí que *esta época* atestiguada por “los apóstoles” y por sus sucesores conocidos como los “varones apostólicos” (DV 7.18), *es norma y fundamento para la Iglesia de todos los tiempos*. Esta etapa configura la Iglesia primitiva y apostólica cuyo testimonio inspirado es el Nuevo Testamento redactado en su mayor parte en el siglo I y concluido en torno al primer tercio o mitad del siglo II. Con san Ireneo de Lyon, año 177, empieza el periodo de los Padres de la Iglesia, importante por la proximidad con los Apóstoles y que se alargará hasta los siglos VII/VIII.

La amplitud de la Iglesia “apostólica” facilita poder articularla en torno a dos periodos que engloba aproximadamente sus dos generaciones:

- el primer período “apostólico” inicial abarca la generación personificada en los Apóstoles que comienza con la Pascua de Jesús el año 30, viene señalada por sus miembros: Santiago, Pedro y Pablo, y finaliza con la muerte de ellos en torno al año 65 después de Cristo;
- el segundo período, calificado como “post-apostólico” tiene como protagonistas a los llamados “varones apostólicos” como sucesores de los apóstoles que redactaron buena parte del Nuevo Testamento y que se alarga hasta el final del Nuevo Testamento, con la segunda Carta de Pedro, redactada hacia la mitad del siglo II.

4.1. El período apostólico inicial: años 30-65

A partir del testimonio de la Resurrección los cristianos se convirtieron en una comunidad reconocida en la que el bautismo designaba a los seguidores de Jesús. El uso de la expresión “comunidad” y “comunión” en el Nuevo Testamento, manifiesta la forma de vida de estos bautizados. Otros nombres antiguos de este grupo en los Hechos de los Apóstoles eran: los “discípulos”; el “camino”; los “santos”; los “cristianos” y, sobre todo, la “Iglesia”, que se convertirá en la expresión prevalente con su referencia a la “asamblea” del Sinaí con las “doce” tribus (Dt 4,10; 9,10; 18,16) y se usará para significar las primeras “asambleas” cristianas ligadas a los “doce”, ya sea a nivel local (Hch 15,45; 16,5), o para un ámbito más amplio (Hch 5,11; 9,31).

El modelo de vida de esta inicial “comunidad / comunión cristiana” está descrita en Hch 2,42, y refleja un trasfondo judeo-cristiano en sus cuatro aspectos: la *oración*, la *fracción del pan*, la *enseñanza de los Apóstoles* y la *comunidad de bienes*. En 1 Pe esta experiencia comunitaria comporta la calificación de la Iglesia como “*la fraternidad*” (2,17; 5,9).

Progresivamente la comunidad primitiva se encontró con un nuevo desafío: *la entrada de gentiles que suscitó un vivo debate* entre sus tres principales portavoces: Pedro, Santiago y Pablo. Así, hacia la *mitad del siglo I* se produjeron unas *actitudes diferentes entre la comunidad cristiana que reflejan diferencias teológicas* atestiguadas en el Nuevo Testamento y que *dieron lugar a varios grupos de cristianismo inicial*: el *primer grupo* defendía la plena observancia de la Ley mosaica, incluida la circuncisión (Hch 11,2; 15,2...); el *segundo grupo* mantenía la importancia de la observancia de algunas prácticas del judaísmo, pero sin la circuncisión (Hch 15; Gal 2; Pedro y Santiago...); el *tercer grupo* negaba la necesidad de prácticas judías, especialmente en las comidas (Hch 15,20-39; Ga 2,11-14; 1Cor 8; Pablo...);

y el **cuarto grupo** no daba importancia al culto y a las fiestas judías y se oponía al Templo (Esteban, en Hch 7,47-51; Hebreos y textos joánicos...).

Este **dibujo** de la comunidad apostólica primitiva hasta el año 65 es fuertemente **apostólico** ya que los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y Pablo indican la **importancia de los apóstoles como grupo y como individuos en este período formativo**. De ahí las observaciones presentes en el documento cristiano más antiguo (primera Carta a los Tesalonicenses) que pide respeto “a los que os presiden en el Señor” (5,12; cf. Rm 12,8), y a su vez en escritos posteriores se subraya la diversidad de funciones y servicios en las primitivas Iglesias paulinas donde aparece un ministerio de “supervisión” o “inspección” (en griego, *episkopein*, de donde la palabra “obispo”/supervisor), además de los “diáconos” o servidores (cf. los “obispos y los diáconos” de Flp 1,1), así como se enumeran numerosos carismas y variedad de dones al servicio de la comunidad (cf. 1 Cor 12).

4.2. El período post-apostólico (último tercio del siglo I hasta la mitad del siglo II)

a. La gran transición: la desaparición de los grandes Apóstoles

A partir del año 66 las tres figuras más conocidas de la Iglesia primitiva (Santiago, Pedro y Pablo) han muerto como mártires. En este último tercio del siglo I sus colaboradores y sucesores, los llamados “varones apostólicos” se cubren bajo el manto de los apóstoles ya desaparecidos, de ahí la nomenclatura de segunda generación, ya que Colosenses, Efesios y las Cartas Pastorales, hablan en nombre de Pablo, aunque no sean de su pluma; el evangelio más antiguo, Marcos, asume el nombre de un compañero de Pedro y Pablo; Mateo se atribuye a uno de los doce, y Lucas, al compañero de Pablo; el cuarto evangelio se refiere a la tradición del discípulo amado; y las cartas de Santiago, Pedro y Judas son ejemplos también de esta trayectoria. En definitiva, el **testimonio cristiano** de este período se convierte en **menos misionero y móvil, y más pastoral y estable** para consolidar las Iglesias constituidas en el período apostólico anterior por los “grandes” Apóstoles: Santiago, Pedro y Pablo (entre los años 30 y 65).

Otra transición interna fue el progresivo dominio de los gentiles. De hecho, la destrucción de Jerusalén supuso que la Iglesia de Jerusalén no perpetuase su función preeminente como antes del año 65. Así, si Hch 15,23 describía la Jerusalén del año 50 como la interlocutora de los cristianos de Antioquía, Siria y Cilicia, ya al final del siglo I es la Iglesia de Roma la que se dirige a los cristianos del Norte de Asia Menor y de Corinto (1 Pe 1,1), y es calificada después del Nuevo Testamento por Ignacio de Antioquía como la Iglesia de Roma “preeminente en la caridad”. Se percibe aquí la dificultad que Jerusalén representaba para la primitiva Iglesia y su “salto” hacia la capital más importante del mundo antiguo: Roma.

Esta transición va ligada también a la del judaísmo. La revuelta judía de los años 66 al 70 no tuvo un apoyo uniforme dentro del judaísmo especialmente entre el sector más selecto de los fariseos que se convirtieron entonces en los más dominantes. Progresivamente los cristianos fueron considerados como una “**escuela de pensamiento disidente**”, visualizados como un “movimiento” o “secta” y excluidos de la sinagoga (Hch 28,22). Los cristianos eran vistos como “ateos” según confirma en el año 112 el cronista romano Plinio el Joven, gobernador de Bitinia.

Progresivamente el **cristianismo** apareció como una **nueva religión** al crecer los procedentes de los gentiles y al ser excluidos sus seguidores de las sinagogas. Los antiguos privilegios de Israel según el Antiguo Testamento: “un pueblo escogido, un sacerdocio real y una nación santa”, se convirtieron en calificativos propios de los cristianos (1Pe 2,9s). De esta forma, el **cristianismo** se desligó de un determinado pueblo presentándose como una **religión universalista** ya que el movimiento que Jesús creó, que era una herencia judía, en el cristianismo se hizo universalmente accesible. Y esta fue la razón principal de la escisión y ruptura entre el cristianismo y el judaísmo (cf. Hch 28,17-31).

b. La eclesiología tardía del Nuevo Testamento: el testimonio de la literatura paulina

La desaparición de los grandes apóstoles, la destrucción de Jerusalén y la creciente separación del judaísmo produjo varias reacciones en los cristianos del período postapostólico que configuraron los elementos base de la eclesiología naciente en una **institucionalización progresiva** que puede describir-

se en tres etapas en la literatura del nuevo testamento que tiene origen en Pablo:

Primera etapa: una *institucionalización inicial* que construye las primeras iglesias a partir de la primera predicación de Pablo hacia los años 50 d.C. Así, las primeras cartas, consideradas en gran parte de Pablo (1/2Tes; 1/2Cor; Rm; Ga), manifiestan los *comienzos de la Iglesia en cada lugar* como una *labor de institucionalización que construye y crea inicialmente diversas comunidades cristianas*: es un momento en el que *prevalece una cierta autoridad carismática*, que la persona de Pablo visibiliza, siempre enraizada en su origen divino y apostólico.

Segunda etapa: una *institucionalización progresiva* que estabiliza las iglesias iniciales a partir de los años 66 d.C. En esta etapa tipificada por las cartas a los Colosenses y Efesios, redactadas bajo la influencia de Pablo, se percibe que la inicial institucionalización de las comunidades cristianas progresivamente se estabiliza dado que la ausencia de Pablo, por su martirio, conlleva un establecimiento de una cierta autoridad y vertebración en estas iglesias nacientes según el modelo de las estructuras que conlleva la vida de familia, especialmente por el papel relevante de los ancianos, así como la acentuación de la unidad en la Iglesia dentro de la diversidad (Ef 4,4-6).

Tercera etapa: una institucionalización de las comunidades cristianas nacientes que las protege, hacia finales del siglo I e inicios o primera mitad del II. En esta etapa aparecen las cartas pastorales (1/2Tim; Tito), que recogen más lejanamente el espíritu de Pablo, y que muestran una institucionalización de las comunidades cristianas iniciales que protege definitivamente la comunidad: de ahí el papel decisivo de Timoteo y Tito a quien se dirigen estas cartas, así como el papel emergente de los presbíteros (palabra griega que significa “ancianos”) y de la función de “supervisión” en cada ciudad, conocida como episcopado (de la palabra griega supervisar / episkopein), germen del ministerio episcopal que progresivamente ejercerá uno de los ancianos.

Hacia el final de esta etapa postapostólica, el obispo, Ignacio de Antioquía (año 110) da el testimonio consolidado en las iglesias nacientes del triple grado del ministerio apostólico: obispo, presbíteros y diáconos establecidos según él “hasta los confines de la tierra”.

c. Conclusión

Con el último escrito del Nuevo Testamento que es la segunda Carta de Pedro (redactada hacia mitad del siglo II), se concluye la Iglesia primitiva en su época apostólica y por tanto en su fase constitutiva y fundante hacia la mitad del siglo II. Época apostólica primitiva que coincide con la redacción del Nuevo Testamento, ya que ambas son correlativas y fundantes. Se trata pues, de una época marcada por una progresiva institucionalización de la “comunidad” o “comunidad cristiana” naciente que construye (primera etapa), estabiliza (segunda etapa) y protege (tercera etapa), en la cual emerge la función progresiva de los sucesores de los Apóstoles cuyo “ministerio eclesial de institución divina es ejercido por aquellos que desde antiguo fueron llamados obispos, presbíteros y diáconos” (LG 28). A su vez, la imagen del apóstol Pedro en la Carta segunda de Pedro que abraza los apóstoles Pablo (más abierto a los paganos), y Santiago (más protector de los judíos) sirve como figura-puente entre ambas tendencias y a su vez como palabra final y autorizada de la Iglesia primitiva, norma y fundamento de la Iglesia de todos los tiempos.

La Iglesia ha de mantenerse **fiel** hasta el fin de los siglos a lo que hay en ella de origen divino; sin embargo a través del tiempo debe **actualizar** las formas concretas de vivir su fidelidad a Jesucristo.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

La Iglesia apostólica primitiva: norma y fundamento de la Iglesia de todos los tiempos

1. La importancia de la Iglesia apostólica primitiva es decisiva por el carácter definitivo de la revelación plena que es Jesucristo, con Él tenemos todo lo necesario para creer como cristianos.
2. Esta época atestiguada por los apóstoles y sucesores, es norma y fundamento para la Iglesia. Esta etapa configura la Iglesia primitiva y apostólica cuyo testimonio inspirado es el Nuevo Testamento. Con san Ireneo de Lyon, año 177, empieza el período de los Padres de la Iglesia.
3. La Iglesia “apostólica” puede articularse en dos períodos que engloba sus dos generaciones:
 - a. “Apostólico”: abarca la generación de los Apóstoles que comienza con la Pascua de Jesús (año 30), viene señalada por sus miembros y finaliza con su muerte (año 65);
 - b. “Post-apostólico”: tiene como protagonistas a los “varones apostólicos” como sucesores de los apóstoles que redactaron parte del NT y que se alarga hasta el final del NT, con la segunda Carta de Pedro, redactada hacia mitad del siglo II.

El período apostólico inicial: años 30-65

4. A partir de la Resurrección los cristianos se convirtieron en una comunidad reconocida en la que el bautismo designaba a los seguidores de Jesús. La palabra “comunidad” y “comunión” en el NT, manifiesta la forma de vida de estos bautizados. El nombre “Iglesia” se convirtió en la expresión prevalente y se usará para significar las primeras “asambleas” cristianas ligadas a los “doce”.
5. El modelo de vida de esta “comunidad cristiana” refleja un trasfondo judeocristiano en sus cuatro aspectos: *oración, fracción del pan, enseñanza de los Apóstoles y comunidad de bienes*. En 1 Pe esta experiencia comunitaria de Iglesia se llama “*la fraternidad*”.
6. La comunidad primitiva vivió la experiencia de la entrada de gentiles que suscitó debate entre Pedro, Santiago y Pablo. Hacia el año 50 se produjeron unas actitudes diferentes entre la comunidad cristiana que reflejan diferencias teológicas según el NT y que originan varios grupos de cristianismo inicial.
7. El *dibujo* de la comunidad apostólica primitiva hasta el año 65 es *apostólico* ya que los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y Pablo indican la *importancia de los apóstoles como grupo y como individuos en este período formativo*. De ahí las observaciones presentes en la primera Carta a los Tesalonicenses, que pide respeto “a los que os presiden en el Señor”, y a su vez en escritos posteriores se subraya la diversidad de funciones y servicios en las primitivas Iglesias paulinas donde aparece un ministerio de “supervisión” o “inspección”, los “diáconos” o servidores, también se enumeran numerosos carismas y variedad de dones al servicio de la comunidad.

El período post-apostólico (último tercio del siglo I hasta la mitad del siglo II)

La gran transición: la desaparición de los grandes Apóstoles

8. Hacia el año 66 Santiago, Pedro y Pablo han muerto, martirizados. Sus colaboradores y sucesores, los “varones apostólicos” se cubren bajo el manto de los apóstoles desaparecidos, de ahí la nomenclatura de segunda generación. El *testimonio cristiano* de este período se convierte en *menos misionero y móvil, y más pastoral y estable* para consolidar las Iglesias constituidas en el período apostólico anterior por Santiago, Pedro y Pablo (entre los años 30 y 65).
9. *Otra transición interna fue el progresivo dominio de los gentiles*. La destrucción de Jerusalén supuso que la Iglesia de Jerusalén no perpetuase su función preeminente. Al final del siglo I es la Iglesia de Roma la que se dirige a los cristianos del Norte de Asia Menor y de Corinto, y es calificada después del NT como la Iglesia de Roma “preeminente en la caridad”. Se percibe aquí la dificultad que Jerusalén representaba para la primitiva Iglesia y su “salto” hacia Roma.

10. Esta transición va ligada también a la del judaísmo. Los *crístianos* fueron considerados como “ateos”, “*escuela de pensamiento*” *disidente*, “movimiento” o “secta” y excluidos de la sinagoga.

11. Progresivamente el *crístianismo* apareció como una *nueva religión* al crecer los procedentes de los gentiles y al ser excluidos sus seguidores de las sinagogas. Los antiguos privilegios de Israel (pueblo escogido, sacerdocio real, nación santa) se convirtieron en calificativos de los cristianos. De esta forma, el *crístianismo* se desligó de un determinado pueblo presentándose como una *religión universalista*, ya que, el movimiento que Jesús creó en el cristianismo, se hizo universalmente accesible. Y esta fue la razón principal de la ruptura entre el cristianismo y el judaísmo.

La eclesiología tardía del Nuevo Testamento: el testimonio de la literatura paulina

12. La desaparición de los apóstoles, la destrucción de Jerusalén y la creciente separación del judaísmo produjo varias reacciones en los cristianos del período postapostólico que configuraron los elementos base de la eclesiología naciente en una *institucionalización progresiva* que puede describirse en tres etapas en la literatura del nuevo testamento que tiene origen en Pablo:

1ª etapa: una *institucionalización inicial* que construye las primeras iglesias a partir de la predicación de Pablo hacia los años 50. Las primeras cartas paulinas manifiestan los *comienzos de la Iglesia en cada lugar* como una *labor de institucionalización que construye y crea inicialmente diversas comunidades cristianas*: es un momento en el que *prevalece una cierta autoridad carismática*, que la persona de Pablo visibiliza, siempre enraizada en su origen divino y apostólico.

2ª etapa: una *institucionalización progresiva* que estabiliza las iglesias iniciales a partir de los años 66. En esta etapa se percibe que la inicial institucionalización de las comunidades cristianas progresivamente se estabiliza dado que la ausencia de Pablo, por su martirio, conlleva un establecimiento de una cierta autoridad y vertebración en estas iglesias nacientes según el modelo de las estructuras que conlleva la vida de familia, por el papel de los ancianos, así como la acentuación de la unidad en la Iglesia dentro de la diversidad.

3ª etapa: una institucionalización de las comunidades cristianas nacientes que las protege, hacia la primera mitad del II. En esta etapa aparecen las cartas pastorales, que recogen lejanamente el espíritu de Pablo, y muestran una institucionalización de las comunidades cristianas iniciales que protege definitivamente la comunidad: de ahí el papel decisivo de Timoteo y Tito a quien se dirigen estas cartas, así como el papel emergente de los presbíteros y de la función de “supervisión” en cada ciudad conocida como episcopado.

13. Hacia el final de esta etapa, Ignacio de Antioquía (año 110) da el testimonio consolidado en las iglesias nacientes del triple grado del ministerio apostólico: obispo, presbíteros y diáconos.

Conclusión

14. Con la segunda Carta de Pedro (año 150), se concluye la Iglesia primitiva en su época apostólica y por tanto en su fase constitutiva y fundante hacia la mitad del siglo II. Época apostólica primitiva que coincide con la redacción del NT, ya que ambas son correlativas y fundantes. Es una época marcada por una progresiva institucionalización de la “comunidad” o “comunidad cristiana” naciente que *construye* (1ª etapa), *estabiliza* (2ª etapa) y *protege* (3ª etapa), en la cual emerge la función progresiva de los sucesores de los Apóstoles cuyo ministerio eclesiástico de institución divina es ejercido por aquellos que desde antiguo fueron llamados obispos, presbíteros y diáconos. La imagen del apóstol Pedro en la Carta segunda de Pedro que abraza los apóstoles Pablo (más abierto a los paganos), y Santiago (más protector de los judíos) sirve como figura-puente entre ambas tendencias y a su vez como palabra final y autorizada de la Iglesia primitiva, norma y fundamento de la Iglesia de todos los tiempos.

3. CONTRASTE PASTORAL

En la iluminación de nuestra realidad se dice: El modelo de vida de esta inicial “comunidad / comunión cristiana” está descrita en Hch 2,42, y refleja un trasfondo judeo-cristiano en sus cuatro aspectos: la *oración*, la *fracción del pan*, la *enseñanza de los Apóstoles* y la *comunidad de bienes*. En 1 Pe esta experiencia comunitaria comporta la calificación de la Iglesia como “*la fraternidad*” (2,17; 5,9).

Teniendo en cuenta este pasaje u otros que reflejan la vida de la primera comunidad, cimiento fundante de la Iglesia Católica, ¿qué hemos perdido o ganado en el modelo de vida en el discurrir de los siglos?

4. ORACIÓN

“Los testigos de la Iglesia apostólica”

Te damos gracias, te alabamos y te bendecimos,
Señor, porque no sólo te has manifestado
en la riqueza y en el poder de tu vida y de tu muerte,
en tus palabras y en tus milagros,
en los sufrimientos y en la gloria de tu resurrección,
sino que continúas manifestándote en el misterio de tu Iglesia.

En ella, Señor, vives,
en ella difundes tu Palabra,
en ella nos proteges,
en ella consuelas los sufrimientos de los hombres,
en ella y por ella tú creas
un cuerpo visible que es la luz de la historia,
signo e instrumento de unidad para el género humano.

Y nosotros,
que contemplamos con agrado tu pasión y tu gloria,
te pedimos, Señor,
poder contemplar el misterio de tu cuerpo
extendido en el tiempo
y de contemplarlo como tu realidad.

Danos la gracia de comprender
lo que quiere decir ser uno contigo
y complementar nuestro ministerio hoy,
permaneciendo testigos fieles de la Iglesia apostólica.

Con todos los fieles te dirigimos a ti,
Padre, nuestra alabanza en nombre de Cristo, tu Hijo,
que en la unidad del Espíritu Santo,
vive y reina por los siglos de los siglos.
Amén.

ECLESIOLOGÍA

5ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

5. Las “condiciones de vida” en la Iglesia

5.1. El laicado: “los cristianos laicos, Iglesia en el mundo”

5.2. El ministerio ordenado: “al servicio de sus hermanos”

5.3. La vida consagrada: “el testimonio radical de los consejos evangélicos”

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. En nuestra Diócesis, en la mayoría de los Arciprestazgos y en algunos pueblos existen las tres formas de vida en la Iglesia, que hace completa y rica en gracia a la Iglesia: Laicos, Religiosos y Presbíteros con su Obispo a la cabeza, al servicio del Mundo y de la Iglesia, como Comunidad Creyente presente en el mundo.

a. ¿Qué tareas conoces de las tres formas de vida en la Iglesia?

b. ¿Qué es lo que les constituye a cada uno lo que es, al laico, laico, a los religiosos, religiosos, a los sacerdotes, sacerdotes?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

5. Las “condiciones de vida” en la Iglesia

Vamos a ver en esta sesión cuáles son las diversas formas o condiciones de vida en la Iglesia, qué característica tienen y qué servicio ejercen. El Vaticano II ha recordado que en la Iglesia todos *“los miembros tienen la misma dignidad, ya que en la Iglesia y en Cristo no hay ninguna desigualdad, porque todos sois “uno” en Cristo Jesús”* (LG 32). A partir de esta afirmación basada en la dignidad fundamental de todos los cristianos radicada en el bautismo, el Vaticano II señala que existen diversas “condiciones de vida” (LG 43) que son: el laicado, el ministerio ordenado y la vida consagrada.

5.1. El laicado: “los cristianos laicos, Iglesia en el mundo”

El Vaticano II ha sido el primer Concilio que ha tratado formalmente del laicado dedicándole el capítulo IV de la LG y el decreto sobre el apostolado de los laicos (AA). En el postconcilio fue importante la exhortación apostólica de Juan Pablo II, “Los fieles cristianos” (ChL) de 1988, que es una llamada a la misión en el mundo. El enfoque conciliar sobresale por su carácter positivo en la descripción del laicado ya que pone como *prioridad el fundamento sacramental de su condición*: el bautismo ejercido de forma peculiar aunque no exclusiva, en su presencia prioritaria en las condiciones habituales del mundo (familia, trabajo, educación, cultura, política...). Por esto se afirma que *“el carácter secular es lo propio y peculiar de los laicos, (ya que) los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios”* (LG 31). La constitución conciliar sobre la Iglesia y el mundo, *GS*, es en este contexto un documento clave para explicitar esta misión de servicio en el mundo.

El Vaticano II, además, dedica atención a la articulación asociativa eclesial de los laicos en función de su misión y testimonio evangelizador en el mundo. Y esta es una cuestión muy viva en la etapa posconciliar que ha visto surgir *nuevas formas de movimientos y asociaciones laicales*, tal como manifiesta la exhortación “Los fieles cristianos” (ChL). Dentro de este contexto donde se dan criterios para discernir estos nuevos movimientos, se puede observar cómo este documento, siguiendo los pasos del Concilio (cf. AA 20), sólo cita de forma explícita como asociación a la *“Acción Católica”* (n. 31).

Esta particular referencia surge de la peculiar atención que los papas le han dispensado, ya que la Acción Católica, según la descripción de Pablo VI, es *“una forma singular de ministerialidad laical, específicamente dirigida a la colaboración con los Pastores”*. En efecto, de acuerdo con la doctrina conciliar de las *cuatro notas*, es decir: 1) su *dimensión evangelizadora*; 2) el *protagonismo de los laicos*; 3) el *ser organización propia* y 4) su *comunidad particular y orgánica con el ministerio pastoral* (AA 20-24). Así pues, la *Acción Católica* no es una asociación más, sino que en sus diversas realizaciones y especializaciones, aunque pueda ser sin estas siglas concretas, *tiene la vocación de manifestar la forma habitual apostólica de “los laicos de la diócesis”, como organismo que articula a los laicos de forma estable y asociada en el dinamismo de la pastoral diocesana*. Se trata de una institución similar a otras estructuras diocesanas como la parroquia que también es la “forma habitual”, no única y exclusiva, pero sí la más común de la vertebración pastoral de una diócesis (ChL 26s.). Y esto no es fruto de un carisma fundacional o de un privilegio específico de este grupo, sino que surge de la misma teología de la Iglesia diocesana y de la necesidad que tiene de estimular y asegurar su misión en el mundo por medio de “sus” laicos.

Durante el posconcilio una novedad en el tema del asociacionismo eclesial ha sido la aparición de los *“Nuevos Movimientos”* o *“Movimientos Eclesiales”* que han creado, por un lado, una cierta fascinación por su viveza y novedad, y a su vez, han suscitado una cierta inquietud por razón de su estatuto difícilmente clasificable en las habituales estructuras eclesiales.

La característica más común de estos “nuevos” movimientos es que intentan englobar la vida entera de sus miembros a partir del carisma fundacional, y se integran en ellos tanto ministros ordenados como religiosos y religiosas, laicos casados y solteros, familias..., de ahí su nombre de “eclesiales”, más que exclusivamente “de laicos”. Su modelo quiere ser comunitario, marcado por su fundador o fun-

dadora, situación que los asimila a las órdenes religiosas, especialmente con los movimientos de renovación eclesial del siglo XIII (las órdenes mendicantes: franciscanos, dominicos...). Esta situación plantea cuestiones eclesiológicas y pastorales significativas, porque no siempre es fácil su coordinación en el ámbito diocesano y parroquial. Se trata de realidades mayoritariamente laicales que muestran un dinamismo y una fecundidad vocacional notable, con un sentido de pertenencia fuerte y en algunos casos con una presencia colectiva, social y cultural significativa.

Conclusión: hacia unas perspectivas eclesiológico-pastorales del laicado

Se puede dibujar la teología conciliar del laicado como *una condición sacramental de servicio*, una *dimensión carismática de libertad*, un *testimonio evangelizador en el mundo* y una *pertenencia eclesial de corresponsabilidad*. Considerando el precepto conciliar, hoy urgente, de que “la Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es un signo perfecto de Cristo entre los hombres, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho” (AG 21).

En conclusión, pues, surgen estas perspectivas para una dinamización del laicado en la Iglesia:

- 1^a. entender la misión del laico como “signo de la Iglesia en el mundo”;
- 2^a. posibilitar el ejercicio de una verdadera “corresponsabilidad” eclesial;
- 3^a. comprender los ministerios confiados a los laicos como un servicio eclesial;
- 4^a. tener presente la “autonomía” propia de los laicos en la Iglesia;
- 5^a. priorizar los “movimientos evangelizadores diocesanos y laicales”.

5.2. El ministerio ordenado: “al servicio de sus hermanos”

El Vaticano II afirma que “Cristo, el Señor, instituyó en su Iglesia diversos ministerios que están ordenados al bien de todo el Cuerpo. En efecto, los ministros que poseen la potestad sacramental están al servicio de sus hermanos” (LG 18). Esta potestad sacramental o sacerdocio ministerial es la que se da en virtud de la ordenación en el obispo, que tiene la plenitud del sacerdocio, y en los presbíteros que son “sus colaboradores” (LG 28). Los diáconos participan a su manera del sacramento del orden “para realizar un servicio y no para ejercer el sacerdocio” (LG 29).

El ministerio del obispo y de los presbíteros es “sacerdocio ministerial (que) por la potestad sacramental de que goza, configura y dirige al pueblo sacerdotal, realiza como representante personal de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo” (LG 10). Por esto, este texto afirma que existe una diferencia ‘esencial’ entre el sacerdocio ministerial de los presbíteros y el sacerdocio común de todos los bautizados, ya que los dos transforman toda la persona, que en el caso del sacerdocio ministerial se ejercerá como servicio a la comunidad cristiana, y en el caso del sacerdocio común constituirá el fundamento del ser cristiano. El Vaticano II introdujo la palabra más propia y bíblica de “ministerio” y “servicio” para tratar del ministerio pastoral del obispo y de los presbíteros, y así poder circunscribir la palabra sacerdocio al “sacerdocio común” propio de los bautizados, aunque no prescindió del todo de la expresión de sacerdocio ministerial o jerárquico para los ordenados dado su largo uso popular y eclesial.

La afirmación conciliar sobre el *episcopado* como “plenitud del sacramento del orden” (LG 21) representa una “recuperación” de la comprensión más antigua del obispo como “sucesor de los Apóstoles” y por esto es el pastor de la Iglesia diocesana. A partir de aquí se entiende que se recuerde que “en (las Iglesias diocesanas) y a partir de ellas existe la Iglesia católica, una y única” (LG 23), entre las cuales ejerce una primacía decisiva la Iglesia de Roma, con su obispo, el papa, sucesor de Pedro.

5.3. La vida consagrada: “el testimonio radical de los consejos evangélicos”

También es la primera vez que un Concilio, el Vaticano II, trató de “los religiosos” y esto ya indica la función decisiva que se les asigna en la Iglesia como testigos específicos del momento y de la plenitud escatológica. Se presenta su “estado” con una expresión más dinámica como es “condición de vida” y se subraya que no se trata de una situación “intermedia entre el clero y los laicos” ya que “más bien, Dios llama a algunos cristianos de ambos estados” (LG 43). Se subraya el origen evangélico-carismático y la

articulación jurídica de la vida consagrada en el interior de la comunión eclesial, teniendo presente los “múltiples” consejos evangélicos, desde los tres clásicos –celibato/virginidad, pobreza y obediencia–, hasta otros como el amor, la renuncia, el servicio a los más marginados... En definitiva, la **finalidad de la profesión de los consejos evangélicos es procurar “una santidad más abundante en la Iglesia”** (LG 47). Posteriormente, la exhortación del Sínodo sobre la Vida Consagrada de 1996 reafirma “la objetiva excelencia de la vida consagrada” (nn. 18.32.105), que el Vaticano II cifraba como “valor eminente” (PC 1), y ha relanzado el testimonio profético también de las nuevas formas de vida consagrada así como la colaboración pastoral con las diócesis, las parroquias y las otras realidades eclesiales.

Articulación eclesiológica sinodal en la Iglesia del laicado y del ministerio pastoral de los presbíteros y del obispo

La articulación eclesiológica de las diversas condiciones de vida en la Iglesia viene dada por su propia condición sacramental, ya sea por el sacerdocio común de todo el pueblo de Dios (LG 10), o ya sea, además, por el sacerdocio ministerial, en el que los obispos al ser “sucesores de los Apóstoles” tienen “la plenitud del sacramento del orden” (LG 21), y los presbíteros son sus “cooperadores” (LG 28; PO 2). De ahí estas tres formas sinodales en la Iglesia:

- 1.** La ‘corresponsabilidad’ de todo el Pueblo de Dios y particularmente de laicos y laicas en la Iglesia: por su ‘participación activa y responsable’ (LG cap. IV; SC cap. II; AA; ChL 29); por su derecho a manifestar su propio parecer (LG 37), y por las ‘funciones ministeriales’ que puedan ejercer (LG 33; AA 24; GS 38), cuya base es el bautismo y la confirmación.
- 2.** La ‘cooperación de los presbíteros con su obispo: dado que reciben “el ministerio de secundar el orden episcopal” (LG 28; PO 2, y la ‘Plegaria de ordenación de los presbíteros’).
- 3.** La ‘colegialidad’ episcopal: de los obispos con el papa que como “primado” en la cátedra de Pedro “preside toda la comunidad del amor” (LG 13; cf. LG 22.23) que es la Iglesia.

Nótese la diferencia de estas formas de sinodalidad eclesial con el parlamentarismo democrático para el cual el concepto de ‘representación’ es fundamental. En cambio, lo propio de la Iglesia radica en que como “comunidad de fe”, se rige por el principio de la comunión que no puede ser ‘representado’ sino atestiguado.

Por esto, los miembros de las diversas instancias consultivas en la Iglesia (consejos pastorales y presbiterales, sínodos, concilios...) no son ‘representantes’ de tipo parlamentario, sino miembros escogidos para atestiguar su fe y para ayudar al bien de la Iglesia. Este “testimonio de fe” se expresa especialmente a través del “aconsejar en la Iglesia” mediante el voto consultivo, el cual forma parte constitutiva del proceso de formación de la decisión pertinente. Por esto, tal voto consultivo posee una fuerza específica propia en el interior de la estructura de comunión específica de la Iglesia, que debe ser tenido en cuenta gracias al “sentido de la fe” y a los carismas que suscita el Espíritu Santo en todo el pueblo de Dios (cf. LG 12;27;37).

Todos los bautizados forman el Pueblo de Dios; entre todos los fieles se da una verdadera igualdad en cuanto a dignidad y acción, en virtud de la cual todos, según su propia condición y oficio, **cooperan** a la edificación del Cuerpo de Cristo. Las mismas diferencias que el Señor quiso poner entre los miembros de su Cuerpo sirven a su unidad y a su misión (CEC 871-3).

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

Las condiciones de vida en la Iglesia

1. En la Iglesia todos los miembros tienen la misma dignidad, ya que en la Iglesia y en Cristo no hay ninguna desigualdad, porque todos sois “uno” en Cristo Jesús.
2. A partir de esta afirmación, basada en la dignidad fundamental de todos los cristianos radicada en el bautismo, el Vaticano II señala que existen diversas *condiciones de vida*.

El laicado: “los cristianos laicos, Iglesia en el mundo”

3. El *carácter secular* es propio y peculiar de los laicos, ya que los laicos tienen como vocación propia, buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios.
4. El Vaticano II favorece la articulación asociativa eclesial de los laicos en función de su misión y testimonio evangelizador en el mundo. Después del concilio han surgido *nuevos movimientos y asociaciones laicales*.
5. La *Acción Católica* es una forma de ministerialidad laical, dirigida a la colaboración con los Pastores; de acuerdo con la doctrina de las *cuatro notas* (dimensión evangelizadora, protagonismo laical; ser organización propia, comunión particular y orgánica con el ministerio pastoral).

La *Acción Católica* tiene la *vocación de manifestar la forma habitual apostólica de “los laicos de la diócesis”, como organismo que articula a los laicos de forma estable y asociada en el dinamismo de la pastoral diocesana*. Se trata de una institución similar a otras estructuras diocesanas como la parroquia que también es la “forma habitual” de la vertebración pastoral de una diócesis. Y esto surge de la teología de la Iglesia diocesana y de la necesidad que tiene de estimular y asegurar su misión en el mundo por medio de “sus” laicos.

6. Durante el posconcilio han surgido “*Nuevos Movimientos*” o “*Movimientos Eclesiales*”.

Estos movimientos intentan englobar la vida de sus miembros a partir del carisma fundacional, y se integran en ellos ministros ordenados, religiosos, religiosas, laicos casados y solteros, familias..., de ahí su nombre de “eclesiales”. Su modelo quiere ser comunitario, marcado por su fundador.

7. Se puede dibujar la teología conciliar del laicado como:

- una *condición sacramental de servicio*,
- una *dimensión carismática de libertad*,
- un *testimonio evangelizador en el mundo* y
- una *pertenencia eclesial de corresponsabilidad*.

La Iglesia está verdaderamente fundada, vive plenamente, es un signo perfecto de Cristo entre las personas, cuando existe y trabaja con la jerarquía el laicado.

8. Algunas claves para una dinamización del laicado en la Iglesia:

- 1ª. entender la misión del laico como “signo de la Iglesia en el mundo”;
- 2ª. posibilitar el ejercicio de una verdadera “corresponsabilidad” eclesial;
- 3ª. comprender los ministerios confiados a los laicos como un servicio eclesial;
- 4ª. tener presente la “autonomía” propia de los laicos en la Iglesia;
- 5ª. priorizar los “movimientos evangelizadores diocesanos y laicales”.

El ministerio ordenado: “al servicio de sus hermanos”

9. Cristo instituyó en su Iglesia diversos ministerios que están ordenados al bien de todo el Cuerpo. Los ministros que poseen la potestad sacramental están al servicio de sus hermanos. Este sacerdocio ministerial es el que se da en virtud de la *ordenación* en el obispo que tiene la plenitud del sacerdocio, y en los presbíteros que son “*sus colaboradores*”. Los diáconos participan a su manera del sacramento del orden “*para realizar un servicio y no para ejercer el sacerdocio*”.

10. El ministerio del obispo y de los presbíteros es “*sacerdocio ministerial (que) por la potestad sacramental de que goza, configura y dirige al pueblo sacerdotal, realiza como representante personal de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo*”.

Existe una *diferencia ‘esencial’* entre el *sacerdocio ministerial* de los presbíteros y el *sacerdocio común* de los bautizados, ya que *los dos transforman toda la persona*; en el caso del *sacerdocio ministerial* se ejerce como *servicio a la comunidad cristiana*, y en el caso del *sacerdocio común* constituye el *fundamento del ser cristiano*.

11. El Vaticano II introdujo la palabra “*ministerio*” y “*servicio*” para tratar del *ministerio pastoral del obispo y de los presbíteros*, y así poder circunscribir la palabra *sacerdocio* al “*sacerdocio común*” propio de los bautizados.

12. La afirmación sobre el *episcopado* como “*plenitud del sacramento del orden*” es una “*recuperación*” de la comprensión del obispo como “*sucesor de los Apóstoles*” y por esto es el pastor de la Iglesia diocesana. A partir de aquí se entiende que se recuerde que “*en (las Iglesias diocesanas) y a partir de ellas existe la Iglesia católica, una y única*”, entre las cuales ejerce una primacía clave la Iglesia de Roma, con su obispo, el papa, sucesor de Pedro.

La vida consagrada: “el testimonio radical de los consejos evangélicos”

13. El Vaticano II señala la función decisiva que se asigna a los religiosos en la Iglesia como testigos específicos del momento y de la plenitud escatológica.

Se presenta su “*estado*” como “*condición de vida*”. Se subraya el origen evangélico-carismático y la articulación jurídica de la vida consagrada en el interior de la comunión eclesial, teniendo presente los “*múltiples*” consejos evangélicos, desde los tres clásicos -celibato/virginidad, pobreza y obediencia-, hasta otros como el amor, la renuncia, el servicio a los más marginados...

14. La *finalidad de la profesión de los consejos evangélicos es procurar “una santidad más abundante en la Iglesia*”. Se reafirma “*la excelencia de la vida consagrada*”, que el Vaticano II señala como “*valor eminente*”, y ha relanzado el testimonio profético de las nuevas formas de vida consagrada y la colaboración pastoral con las diócesis, parroquias y otras realidades eclesiales.

15. La articulación eclesiológica de las diversas condiciones de vida en la Iglesia viene dada por su condición sacramental, ya sea por el *sacerdocio común* de todo el pueblo de Dios, o por el *sacerdocio ministerial*, en el que los obispos al ser “*sucesores de los Apóstoles*” tienen “*la plenitud del sacramento del orden*”, y los presbíteros son sus “*cooperadores*”. De ahí estas tres formas sinodales en la Iglesia:

1. La *corresponsabilidad* de todo el Pueblo de Dios y particularmente de laicos en la Iglesia: por su participación activa y responsable; por su derecho a manifestar su propio parecer, y por las funciones ministeriales que puedan ejercer, cuya base es el bautismo y la confirmación.

2. La *cooperación* de los presbíteros con su obispo: dado que reciben “*el ministerio de secundar el orden episcopal*”.

3. La *colegialidad* episcopal: de los obispos con el papa que como “*primado*” en la cátedra de Pedro “*preside toda la comunidad del amor*” que es la Iglesia.

16. Hay diferencia de estas formas de sinodalidad eclesial con el parlamentarismo democrático para el cual el concepto de representación es básico. Lo propio eclesial radica en que como “comunidad de fe”, se rige por el *principio de la comunión* que no puede ser representado sino atestiguado.

17. Por esto, los miembros de las diversas instancias consultivas en la Iglesia (consejos pastorales y presbiterales, sínodos, concilios...) *son miembros escogidos para atestiguar su fe y para ayudar al bien de la Iglesia*. Este “*testimonio de fe*” se expresa especialmente a través del “*aconsejar en la Iglesia*” mediante el *voto consultivo*, el cual *forma parte constitutiva del proceso de formación de la decisión pertinente*. Por esto, tal voto consultivo posee una fuerza específica propia en el interior de la estructura de comunión de la Iglesia, que debe ser tenido en cuenta gracias al “sentido de la fe” y a los carismas que suscita el Espíritu Santo en todo el pueblo de Dios.

3. CONTRASTE PASTORAL

- ¿Qué te completa a tu condición de laico, o religioso, o sacerdote las otras condiciones de vida en la Iglesia?
- ¿Cómo puedes aportar: comunión, coordinación, corresponsabilidad?

4. ORACIÓN

- a. Una persona lee esta oración en voz alta.
- b. Cada uno expresa lo que le haya llamado la atención o cree que es necesario caer en cuenta a la hora de rezarla.
- c. Después de un silencio, la rezamos todos lentamente.

Verbo Eterno, que desde toda la eternidad acoges el amor del Padre y respondes a su llamada,
abre el corazón y la mente de los jóvenes de esta tierra
para que aprendan a dejarse amar por Aquél
que los ha pensado a imagen de su Hijo y,
dejándose amar, tengan el valor de realizar esta imagen, que es la tuya.
Hazlos fuertes y generosos, capaces de arriesgar sobre tu palabra,
libres para volar alto,
fascinados por la belleza de tu seguimiento.
Suscita entre ellos anunciadores de tu Evangelio:
presbíteros, consagrados y laicos,
que con su vida sepan a su vez llamar
y proponer el seguimiento de Cristo Salvador.
Amén.

ECLESIOLOGÍA

6ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

6. Las notas y características de la Iglesia como comunidad cristiana: Una, Santa, Católica y Apostólica

6.1. La Iglesia como comunidad cristiana “una”

6.1.1. La plena unidad eclesial: los vínculos de la profesión de fe, de la celebración de los sacramentos y de la comunión con el ministerio pastoral (LG 14)

6.1.2. Los grados de la comunión y de la pertenencia a la Iglesia (LG 13-17)

6.2. La Iglesia como comunidad cristiana “santa”

6.2.1. La Iglesia es “santa”

6.2.2. La Iglesia necesitada de purificación, de renovación y de reforma

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. La opinión pública está escandalizada con los pecados de la Iglesia, ahora los sacerdotes pedófilos, otras veces porque los católicos no seguimos la doctrina moral: cometemos abortos como los no católicos o no practicamos la fe celebrando los domingos la eucaristía, en otros contextos por las riquezas de la Iglesia, o que los países ricos son cristianos, pero se enriquecen a costa del Tercer Mundo, etc.

¿Qué razones tenemos para seguir confesando que la Iglesia es santa?

3. La Iglesia es una, pero el sacerdote de mi pueblo no celebra la misa como el de otros sitios, unos cristianos dicen serlo pero dicen que no hay resurrección, y otros creen en la reencarnación ¿conoces más casos?; en algún pueblo existe la Iglesia Evangélica del Séptimo Día o alguna otra ¿Pues entonces en qué consiste el que la Iglesia es “una”?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

6. Las notas y características de la Iglesia como comunidad cristiana: Una, Santa, Católica y Apostólica

¿Cuáles son las notas y características de la Iglesia y qué significan? Su enumeración aparece por primera vez en la profesión del Credo o Símbolo de la Fe proclamado por los concilios de Nicea y Calcedonia del siglo IV, que califica a la Iglesia como Una, Santa, Católica y Apostólica. Siguiendo esta antigua tradición, el Vaticano II recuerda que “en el Símbolo o Credo profesamos la Iglesia como una, santa, católica y apostólica”, y a su vez anota novedosamente que “esta Iglesia, establecida y estructurada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él” (LG 8). De esta forma queda claro que *la Iglesia una, santa, católica y apostólica “subsiste”* (LG 8; UR 4), es decir, *está presente y actuante hoy de forma concreta e histórica en la Iglesia Católica*.

Esta afirmación significa que *en la Iglesia Católica se dan la plenitud de los medios de la salvación*, aunque, a su vez, existen otras comunidades cristianas separadas de ella como las Iglesias orientales separadas u ortodoxas, las comunidades protestantes, la comunión anglicana, en las que se encuentran “*elementos de Iglesia*”, tales como los fundamentales que son el bautismo y la fe en Jesucristo, así como la veneración de la Escritura, la oración, otros sacramentos...

Si entre estos últimos elementos de Iglesia existen, los sacramentos del episcopado y de la eucaristía estas comunidades son calificadas como *Iglesia*, tal como acontece con las iglesias orientales y ortodoxas separadas; en cambio, en el caso de las confesiones protestantes provenientes de la Reforma, dado que carecen de estos dos sacramentos del episcopado y la eucaristía, el Vaticano II las califica como “*comunidades o comuniones eclesiales*” (LG 15; UR 3.15.22).

Esta confesión de que la Iglesia católica es la verdadera no significa que los católicos sean “los mejores”, sino que gracias al don de la fe la Iglesia católica cree que tiene los medios “más plenos”, y por tanto se puede decir objetivamente ‘mejores’, para la salvación, pero esto no presupone más facilidad sino una mayor exigencia para con ellos según la afirmación conciliar de que por esta razón “los católicos serán juzgados con más severidad” (LG 14).

En definitiva, estas cuatro propiedades o notas de Unidad, Santidad, Catolicidad y Apostolicidad que definen la Iglesia, son siempre una realidad en camino, caracterizadas por un ya de lo que ella está llamada a ser: como comunidad cristiana una, santa, católica y apostólica, pero que todavía no lo realiza plenamente a lo largo de su historia. Por esto los miembros de la Iglesia deben pedir siempre perdón, tal como recuerda tanto el sacramento de la penitencia, como el sacramento de la eucaristía que inicia siempre con una petición de perdón.

6.1. La Iglesia como comunidad cristiana “una”

6.1.1. La plena unidad eclesial: los vínculos de la profesión de fe, de la celebración de los sacramentos y de la comunión con el ministerio pastoral (LG 14)

1. El vínculo de la fe: la profesión de fe es el principio de unión entre los creyentes, ya que genera la unidad interna en la Iglesia en un único y mismo centro de la fe como es la Revelación de Dios por Jesucristo en el Espíritu que se puede sintetizar así: “creer en Jesús como Dios y Salvador” (UR 12; cf. Hch 8,37). A su vez, la profesión de fe es principio de unidad externo ya que comporta unas mediaciones visibles comunes como son el mismo texto del Credo, así como su profesión y testimonio en la vida, la celebración litúrgica, el ‘orden’ y derecho eclesial..., dado que la Revelación que Dios ha comunicado a los hombres es una palabra dada a la comunidad eclesial y a sus miembros que la transmiten a estos tres niveles “en la doctrina, en la vida y en el culto” (DV 8).

2. El vínculo de los sacramentos: el vínculo inicial es el bautismo que junto con la eucaristía significan y realizan la Iglesia, y por eso ambos son reconocidos como los sacramentos “mayores”. Por esto,

la tradición cristiana antigua interpretaba la expresión de estos dos sacramentos que unen a Cristo y forjan la Iglesia, a partir de la forma simbólica que representan el agua -el bautismo- y la sangre -la eucaristía-, que brotaron del costado del crucificado (Jn 19,34). A su vez, se reconoce que la eucaristía es el sacramento máximo y que su efecto profundo es la unidad de toda la Iglesia, como cuerpo místico y eclesial de Cristo y de todos los creyentes, que se actualiza también en los restantes sacramentos (confirmación, penitencia, matrimonio, orden y unción de los enfermos).

3. El vínculo de la comunión eclesial: los dos vínculos de la profesión de fe y la celebración de los sacramentos son los dos pilares fundamentales que causan y por tanto hacen posible pertenecer a la Iglesia. Por su lado, el ministerio pastoral de los obispos y de los presbíteros tiene la función de ser testimonio y servicio a la Fe y los Sacramentos, por esto el ministerio pastoral es calificado por el Vaticano II como una diakonía, es decir, como un servicio y ministerio en la Iglesia y para su servicio (LG 24). De esta forma la comunidad de la Iglesia se puede presentar como reflejo de la unidad del Dios de los cristianos cual “un pueblo unido a imagen de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4; UR 2).

6.1.2. Los grados de la comunión y de la pertenencia a la Iglesia (LG 13-17)

El Vaticano II indica diversos grados de la pertenencia a la Iglesia: “todos los hombres están invitados a esta unidad católica (a la cual) pertenecen de diversas maneras o a ella están orientados los católicos, los demás cristianos e incluso todos los hombres” (LG 13). A partir de este criterio se ponen de relieve los diversos grados de pertenencia a la Iglesia siguiendo una perspectiva concéntrica de comunión: ya sea *plena e íntegra*, como en principio los *católicos* a través de los tres vínculos íntegros de la fe, los sacramentos y la comunión visible (LG 14); ya sea con una *comunión parcial*, como los *cristianos no católicos* (protestantes, anglicanos, ortodoxos) a quienes les falta la “plenitud” de alguno de los tres vínculos (LG 15), y, finalmente, como todas las *personas de buena voluntad no cristianas* que buscan la verdad y que “también están orientados a la Iglesia” ya que las diversas religiones y culturas pueden ser una “preparación evangélica” (LG 16).

En este contexto de comprensión en círculos concéntricos de la comunión eclesial, se reafirma la misión de la Iglesia en el anuncio explícito del Evangelio para que la humanidad pueda llegar a conocer a Jesucristo, ya que la Iglesia cree con toda su fuerza que “el misterio del hombre sólo se ilumina plenamente en el misterio de Cristo” (GS 22) y por esto no puede dejar de anunciarlo y proponerlo como plenitud de la humanidad, ya que sin el anuncio de Cristo sería muy arduo, laborioso y difícil poder llegar realmente a su conocimiento y amor!

3. Hacia unas pautas eclesiológico-pastorales sobre la pertenencia eclesial

Sobre los contenidos específicos de la profesión de fe conviene situarse en una visión procesual que tenga en cuenta la fe cristiana en clave de “jerarquía de verdades” afirmadas por el Vaticano II (UR 11) para centrarse en aquellas verdades más esenciales como son “creer en Jesús como Dios y Salvador” (UR 12), como germen de toda la fe cristiana vista desde una perspectiva “catecumenal”.

En este sentido son aquí útiles las reflexiones sobre la “fe implícita” presente en todo hombre de buena voluntad (Tomás de Aquino), así como el concepto de cristianismo o fe anónima al constatar que existe una cierta “cristología en búsqueda y anónima” en cada hombre honesto a partir de las tres experiencias centrales humanas como son el amor, la muerte y el futuro, en las cuales el significado del cristianismo explícito y la experiencia de este “cristianismo en búsqueda o anónimo” coinciden en la persona de Cristo (K. Rahner).

Igualmente, urge forjar “espacios” y “redes” de pertenencia eclesial que creen relación y a su vez den libertad: grupos animados por cristianos, abiertos a personas que no comparten o comparten poco la fe cristiana, grupos de reflexión de todo tipo (estudio, Biblia, oración, revisión...), movimientos de jóvenes y adultos, instituciones de enseñanza, organizaciones caritativas y sociales, obras y asociaciones culturales... De esta forma pueden asociarse a la vida eclesial con respeto y apertura personas que pertenecen a la Iglesia débil o parcialmente, o que están alejadas de ella.

Además, conviene tener presente la creciente asimetría entre los “*activos*” que comparten una signifi-

cativa pertenencia en la Iglesia, y los “inactivos”, así como el crecimiento de la increencia que conlleva una experiencia frecuentemente desconcertante y difícil como es la de ser un “pequeño rebaño” (Lc 12,32) y un “resto fiel” (Rm 9,27). Conviene aquí asumir espiritual y eclesialmente tal realidad como llamada a ser más Iglesia ‘en misión’ que aunque ‘pequeña’ tiene la voluntad evangélica de ser “levadura en la masa” (Lc 13,21), ya que Cristo se hace presente “en los hermanos por más pequeños que sean” (Mt 25,40), dado que según el Vaticano II “en estas comunidades, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo quien con su poder constituye a la Iglesia, una, santa, católica y apostólica” (LG 26).

Así pues, a partir de la comunión eclesial plena, basada en la profesión de fe y la celebración sacramental, a cuyo servicio está el ministerio pastoral, y teniendo presente la realidad actual de la Iglesia, de los creyentes en general y de los católicos hoy, se abre un importante camino hacia una visión de la pertenencia eclesial procesual, germinal, parcial, abierta, peregrinante, itinerante, implícita, creativa, dialogal, de frontera..., con “espacios”, “lugares”; “grupos”, “servicios”, “instituciones” y “redes” eclesiales de referencia, de acogida, de presencia, de participación, de complicidad, de servicio, de comunicación...

En este sentido, puede ser útil mirar al Evangelio, en el cual se encuentran diversos grados de relación y vínculos externos con Jesucristo que pueden ayudar a aproximarse mejor a estos “varios modos” (LG 13.16) de pertenencia a la Iglesia, también aplicados en este caso a los católicos. Así, comenzando por los más lejanos, encontramos oyentes y observadores ocasionales de Jesús; después los que buscan ayuda especial como los enfermos, los pecadores y los marginados; un poco más cercanos se hallan los discípulos y seguidores, entre los cuales destacan algunos más interesados como Zaqueo, Nicodemo y José de Arimatea; finalmente, y de forma relevante, se encuentran los más próximos, el grupo de los Doce y su núcleo íntimo formado por Pedro, Juan y Santiago. Se trata, pues, de una visión radial y dinámica de la relación con Jesús que da buen fundamento a los “varios modos” de la comunión eclesial de la que habla el Vaticano II. A partir del análisis eclesiológico-pastoral sobre la situación actual son numerosas y variadas, sin duda, las respuestas que se pueden dar a las cuestiones candentes que surgen de forma permanente sobre la pertenencia a la Iglesia para posibilitar el camino hacia su participación plena.

6.2. La Iglesia como comunidad cristiana “santa”

6.2.1. La Iglesia es “santa”

“Santa” fue la primera característica, nota y adjetivo, que se dio a la Iglesia, y así se encuentra ya a principios del siglo II. La importancia de esta calificación de la Iglesia queda reafirmada por la fórmula “comunión de los santos” que ya se encuentra en el Credo Apostólico más antiguo, cuyo significado apunta por un lado a la “*comunión de los dones santos*”, por excelencia de la Iglesia como son los Sacramentos y la Palabra de Dios. Por otro lado, también indica la “*comunión de los hombres santos*”, es decir, la “unión vital” de recuerdo, plegaria e intercesión que se genera con los que han dejado la vida presente y “están en la gloria” o “que todavía se purifican” (LG 51), comprensión que ha generado la plegaria por los difuntos y el recuerdo agradecido e implorante a todos aquellos que nos han dejado su testimonio de santidad, especialmente reconocido por la Iglesia (los santos y las santas).

El Vaticano II, siguiendo esta tradición teológica, llama a la Iglesia “indefectiblemente santa” (LG 39), “Iglesia santa” (LG 5.8), “esposa inmaculada” (LG 6), “pueblo santo”(LG 9), “digna esposa” (LG 9), “sacerdocio santo” (LG 10), y a su vez, habla de la santidad de la Iglesia LG 30.42) y de la del “pueblo de Dios” (LG 40). Se trata de afirmaciones que subrayan que en Jesucristo “la plenitud de los tiempos ha llegado, pues, hasta nosotros (cf. 1Cor 10,11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en cierto modo en el siglo presente, ya que la Iglesia aún en la tierra, se reviste de una verdadera, si bien imperfecta santidad” (LG 48). Ahora bien, se trata de la santidad de la cual ya participa la Iglesia, plena en sí pero imperfecta porque aún no se ha realizado plenamente en todos y cada uno de sus miembros.

6.2.2. La Iglesia necesitada de purificación, de renovación y de reforma

El Vaticano II subraya que la Iglesia “acoge en su propio seno pecadores” y por esto, puesto que es

“santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación” (LG 8). En efecto, en un texto que recuerda las divisiones históricas entre los cristianos, afirma que “Cristo llama a la Iglesia peregrinante a una perenne reforma, que necesita siempre por lo que tiene de institución humana y terrena” (UR 6). De esta forma acentúa así el carácter peregrinante de la Iglesia, que no se identifica con el Reino de Dios sino que en ella está presente misteriosamente y del cual es un inicio hacia su plenitud (LG 5).

Esta visión de la santidad de la Iglesia fue defendida por san Agustín, que contra las tendencias rigoristas y puritanas de su época que defendían una Iglesia sólo de “santos”, no se cansaba de citar los textos evangélicos que contienen la idea de una Iglesia en la que conviven la cizaña y el trigo, y los buenos y los malos peces pescados en la misma red (cf. Mt 13,24-50). En definitiva, pues, la necesidad de purificación, de renovación y de reforma es connatural a la Iglesia ya que es “una realidad compleja formada de elemento divino y humano” (LG 8).

Así pues, en la Iglesia existen dos dimensiones, ya que ésta por una parte es “santa” (LG 39), cual Madre que comunica los dones santos de “la Palabra y los Sacramentos” que la configuran y que siempre son ‘santos’ (LG 26); y por otra parte, cual fraternidad humana “entra en la historia de los hombres” (LG 9), y por tanto tiene una dimensión de limitación y de pecado al incluir “en su seno pecadores” estando “llamada a una reforma permanente” (UR 8). Por eso conviene distinguir cuando se habla de la santidad de la Iglesia así: la Iglesia es plenamente ‘santa’ por lo que comunica a través del Espíritu, como son la Palabra de Dios y los Sacramentos, que son en sí santos a pesar de que sus ministros puedan no serlo. Pero a su vez, es ‘pecadora’ en el sentido de que todos sus miembros están en camino de conversión y deben pedir perdón a Dios y a los hermanos... Por eso el pedir perdón a Dios -como en el inicio de cada eucaristía- y el sacramento de la penitencia forman parte del ser mismo de la Iglesia como comunidad esencialmente ‘peregrinante’.

La Iglesia es una porque tiene su origen en **la unidad de la Santísima Trinidad**, porque tiene como fundador y cabeza a Jesucristo que restituye la unidad de todos los pueblos en uno solo, porque tiene como alma al Espíritu Santo que une a todos los fieles en la comunión en Cristo. Esta unidad se manifiesta **externamente** en la profesión de la misma fe, en la celebración común del culto divino y en la sucesión apostólica por el sacramento del orden (CEC 813-5).

La Iglesia es santa porque Dios **santísimo es su autor**; Cristo se ha entregado a sí mismo por ella para santificarla y hacerla santificante; el Espíritu Santo la vivifica con la caridad. En la Iglesia se encuentra la plenitud de los medios de salvación. La santidad es la vocación de cada uno de sus miembros y el fin de toda su actividad. Esta santidad es aún imperfecta. (Compendio 165)

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

La Iglesia como comunidad cristiana “una”

1. La plena unidad eclesial (cf. LG 14)

- a. **El vínculo de la fe:** la profesión de fe es el principio de unión entre los creyentes, ya que genera la *unidad interna en la Iglesia* en un único y mismo centro de la fe como es la Revelación de Dios por Jesucristo en el Espíritu que se puede sintetizar así: “creer en Jesús como Dios y Salvador”. A su vez, la profesión de fe es *principio de unidad externo* ya que comporta unas mediaciones visibles comunes, dado que la Revelación es una palabra dada a la comunidad eclesial y a sus miembros que la transmiten a estos tres niveles “en la doctrina, en la vida y en el culto”.
- b. **El vínculo de los sacramentos:** el vínculo inicial es el bautismo que junto con la eucaristía significan y realizan la Iglesia. Por esto, la tradición cristiana antigua interpretaba la expresión de estos dos sacramentos que unen a Cristo y forjan la Iglesia, a partir de la forma simbólica que representan el agua –el bautismo– y la sangre –la eucaristía–, que brotaron del costado de Cristo. La eucaristía es el sacramento máximo y su efecto profundo es la unidad de la Iglesia, como cuerpo místico y eclesial de Cristo y de los creyentes, que se actualiza también en los demás sacramentos.
- c. **El vínculo de la comunión eclesial:** los dos vínculos anteriores son los pilares básicos que causan y hacen posible pertenecer a la Iglesia. El ministerio pastoral de obispos y presbíteros tiene la función de ser testimonio y servicio a la Fe y los Sacramentos, por esto el ministerio pastoral es un servicio (diakonía) y ministerio en la Iglesia y para su servicio. De esta forma la comunidad de la Iglesia se puede presentar como reflejo de la unidad del Dios de los cristianos cual “un pueblo unido a imagen de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Los grados de la comunión y de la pertenencia la Iglesia

2. El Vaticano II señala diversos grados de la pertenencia a la Iglesia:

- a. **plena e íntegra:** los *católicos* a través de los tres vínculos (fe, sacramentos, comunión visible);
 - b. **comunión parcial:** *cristianos no católicos* (protestantes, anglicanos, ortodoxos) a quienes les falta la “plenitud” de alguno de los tres vínculos;
 - c. **personas de buena voluntad no cristianas** que buscan la verdad y que están orientadas a la Iglesia ya que las diversas religiones y culturas pueden ser una preparación al Evangelio.
3. La misión de la Iglesia es anunciar el Evangelio para que la humanidad llegue a conocer a Jesucristo, por que “el misterio del hombre sólo se ilumina plenamente en el misterio de Cristo” (GS 22) y por esto tiene que anunciarlo y ofrecerlo como plenitud de la humanidad, ya que sin el anuncio de Cristo es difícil llegar a su conocimiento y amor.

Hacia unas pautas eclesiológico-pastorales sobre la pertenencia eclesial

4. Sobre los contenidos de la profesión de fe conviene situarse en una visión procesual que considere la fe cristiana en clave de “jerarquía de verdades” para centrarse en las verdades más esenciales como son “creer en Jesús como Dios y Salvador”, como germen de toda la fe cristiana vista desde una perspectiva *catecumenal*.
5. Son válidas las reflexiones sobre la “fe implícita” presente en toda persona de buena voluntad,

el concepto de *cristianismo o fe anónima* al constatar que existe una cierta “cristología en búsqueda y anónima” en cada persona honesta a partir de las experiencias centrales humanas (amor, muerte y futuro), en las cuales el significado del *cristianismo explícito* y la experiencia de este “cristianismo en búsqueda o anónimo” coinciden en la persona de Cristo.

6. Urge crear “espacios” y “redes” de pertenencia eclesial que creen relación y den libertad. De esta forma pueden asociarse a la vida eclesial personas que pertenecen a la Iglesia débil o parcialmente, o que están alejadas de ella.
7. Es un reto la creciente desigualdad entre los *activos* que comparten una significativa pertenencia en la Iglesia, y los *inactivos*, así como el crecimiento de la *increencia*. Esta realidad es una llamada a ser más Iglesia ‘en misión’ que tiene la voluntad evangélica de ser “levadura en la masa”, ya que Cristo se hace presente “en los hermanos por más pequeños que sean”, dado que en estas comunidades, muchas veces pequeñas y pobres o que viven dispersas, está presente Cristo quien con su poder constituye a la Iglesia, una, santa, católica y apostólica.
8. A partir de la comunión eclesial plena, basada en la profesión de fe y la celebración sacramental, a cuyo servicio está el ministerio pastoral, y teniendo presente la realidad actual de la Iglesia, de los creyentes y de los católicos hoy, se abre un importante camino hacia una visión de la pertenencia eclesial *procesual, germinal, parcial, abierta, peregrinante, itinerante, implícita, creativa, dialogal, de frontera...*, con “espacios”, “lugares”; “grupos”, “servicios”, “instituciones” y “redes” eclesiales de referencia, de acogida, de presencia, de participación, de servicio, de comunicación...
9. El Evangelio ofrece diversos grados de relación y vínculos con Jesús que pueden ayudar a aproximarse a estos modos de pertenencia a la Iglesia, también aplicados a los católicos:
 - los más lejanos: oyentes y observadores ocasionales de Jesús;
 - los que buscan ayuda: enfermos, pecadores y marginados;
 - un poco más cercanos: discípulos y seguidores (Zaqueo, Nicodemo y José de Arimatea);
 - los más próximos: el grupo de los Doce y su núcleo íntimo (Pedro, Juan y Santiago).
10. Es una visión radial y dinámica de la relación con Jesús que fundamenta los modos de la comunión eclesial. A partir del análisis eclesiológico-pastoral sobre la situación actual son variadas las respuestas que se pueden dar a las cuestiones candentes que surgen hoy sobre la pertenencia a la Iglesia para posibilitar el camino hacia su participación plena.

La Iglesia como comunidad cristiana “santa”

La Iglesia es “santa”

11. La importancia de esta calificación de la Iglesia queda reafirmada por la fórmula “comunión de los santos” presente en el Credo Apostólico más antiguo, cuyo significado indica:
 - a. la “*comunión de los dones santos*” de la Iglesia (Sacramentos y la Palabra de Dios);
 - b. la “*comunión de los hombres santos*”, es decir, la “unión vital” de recuerdo, plegaria e intercesión que se genera con los que han dejado la vida presente y “están en la gloria” o “que todavía se purifican”, comprensión que ha generado la plegaria por los difuntos y el recuerdo agradecido e implorante a aquellos que nos han dejado su testimonio de santidad.
12. El Vaticano II llama a la Iglesia “santa”, y habla de la santidad de la Iglesia y del “pueblo de Dios”. Estas afirmaciones resaltan que en Jesucristo la plenitud de los tiempos ha llegado hasta nosotros, y la renovación del mundo empieza a realizarse hoy, ya que la Iglesia en la

tierra, se reviste de una verdadera santidad, aunque imperfecta. Se trata de la santidad de la cual ya participa la Iglesia, plena en sí pero imperfecta porque aún no se ha realizado plenamente en todos y cada uno de sus miembros.

La Iglesia necesitada de purificación, de renovación y de reforma

13. La Iglesia acoge pecadores y por esto, puesto que es santa al mismo tiempo que necesitada de purificación, busca la penitencia y la renovación. Cristo llama a la Iglesia a una reforma permanente, que necesita siempre por lo que tiene de institución humana y terrena. Resalta el carácter peregrinante de la Iglesia, que no se identifica con el Reino de Dios sino que en ella está presente misteriosamente y del cual es un inicio hacia su plenitud.

La necesidad de purificación, de renovación y de reforma es connatural a la Iglesia ya que es “una realidad compleja formada de elemento divino y humano”.

14. En la Iglesia existen dos dimensiones:

- a.** La Iglesia es “*santa*”, porque comunica los dones santos de “la Palabra y los Sacramentos” que la configuran y que siempre son *santos*.
- b.** La Iglesia es *fraternidad humana* que “entra en la historia de los hombres”, y por tanto tiene una dimensión de limitación y de pecado al incluir “pecadores” estando “llamada a una reforma permanente”.

15. Conviene distinguir cuando se habla de la santidad de la Iglesia que:

- a.** la Iglesia es *santa* por lo que comunica a través del Espíritu (Palabra de Dios y Sacramentos), los sacramentos son en sí santos a pesar de que sus ministros puedan no serlo;
- b.** la Iglesia es *pecadora* porque sus miembros están en camino de conversión y deben pedir perdón a Dios y a los hermanos... El pedir perdón a Dios y el sacramento de la penitencia forman parte del ser de la Iglesia como comunidad peregrina.

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿Qué te implica el pertenecer a la Iglesia que es Una?
- b. ¿Qué te implica el pertenecer a la Iglesia que es Santa?

4. ORACIÓN

Así: te necesito de carne y hueso.

Te atisba el alma en el ciclón de estrellas,
tumulto y sinfonía de los cielos;
y, a zaga del arcano de la vida,
perfora el caos y sojuzga el tiempo,
y da contigo, Padre de las causas,
Motor primero.

Mas el frío conturba en los abismos,
y en los días de Dios amaga el vértigo.
¡Y un fuego vivo necesita el alma
y un asidero!

Hombre quisiste hacerme, no desnuda
inmaterialidad de pensamiento.
Soy una encarnación diminutiva;
el arte, resplandor que toma cuerpo:
la palabra es la carne de la idea:
¡Encarnación es todo el universo!
¡Y el que puso esta ley en nuestra nada
hizo carne su verbo!
Así: tangible, humano,
fraterno.

Ungir tus pies, que buscan mi camino,
sentir tus manos en mis ojos ciegos,
hundirme, como Juan, en tu regazo,
y, -Judas sin traición- darte mi beso.

Carne soy, y de carne te quiero.
¡Caridad que viniste a mi indigencia,
qué bien sabes hablar en mi dialecto!
Así, sufriente, corporal, amigo,
¡Cómo te entiendo!
¡Dulce locura de misericordia:
los dos de carne y hueso!

ECLESIOLOGÍA

7ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

6.3. La Iglesia como comunidad cristiana “católica”

6.3.1. La Iglesia universal y verdadera

6.3.2. La Iglesia diocesana como la realización de la catolicidad de la Iglesia en un lugar

6.3.3. La catolicidad de las iglesias locales presidida por el obispo de Roma

6.4. La Iglesia como comunidad cristiana “apostólica”

6.4.1. La sucesión ministerial de la apostolicidad

6.4.2. La tradición y sucesión histórica de la apostolicidad: todos los obispos con el obispo de Roma, el Papa, sucesores de los Apóstoles

6.4.3. La apostolicidad y la sucesión del obispo de Roma, el Papa

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. Para que una diócesis sea tal diócesis son necesarios: la Palabra de Dios, los sacramentos, el Obispo... y que tenga un espacio geográfico, con una cultura propia ... *¿por qué es necesario este elemento no espiritual?*
3. Los cristianos de las diversas Iglesias y Confesiones creemos que estamos en la verdadera Iglesia de Cristo *¿qué razones damos los católicos para afirmar que la Iglesia nuestra es la verdadera?*

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

6.3. La Iglesia como comunidad cristiana “católica”

6.3.1. La Iglesia universal y verdadera

El atributo “católico”, que significa “totalidad”, aparece con san Ignacio de Antioquía (siglo II) y, a partir de entonces, tendrá un doble significado: el de *universalidad* y el de *autenticidad*. A partir del siglo IV se incorpora a diversos Símbolos hasta consolidarse en el Credo de Nicea y Constantinopla. Desde entonces estos dos sentidos han coexistido y recoge estos dos rasgos: la fe es “católica”, porque se presenta a todos por su veracidad y autenticidad, y es “*universal*”, porque está extendida por todas partes, gracias a su universalidad y extensión.

El Vaticano II ha unido la afirmación de la catolicidad de la Iglesia a la de su misión. Al describir la universalidad o catolicidad del Pueblo de Dios se concluye diciendo: “todos los hombres son llamados a esta unidad católica del pueblo de Dios, que anuncia e impulsa la paz universal, de la cual forman parte los fieles católicos y los otros creyentes en Jesucristo, así como todos los hombres en general, llamados a la salvación por la gracia de Dios” (LG 13). Y se explicita esta dimensión en el número final del capítulo sobre el aspecto misionero de la Iglesia que tiene como finalidad: “que todo el mundo llegue a formar parte del pueblo de Dios, para que en unión con Jesucristo, Cabeza de todos, se dé al Creador y Padre del universo todo el honor y toda la gloria” (LG 17).

6.3.2. La Iglesia local o diocesana como la realización de la catolicidad de la Iglesia en un lugar

El concepto teológico de Iglesia local o diócesis comporta los siguientes elementos según el Vaticano II: el elemento fundamental, en el cual encuentran su razón los otros elementos, que forman la Iglesia diocesana, es la expresión “porción del Pueblo de Dios” (CD 11.28; LG 23.26.28). “Porción” evoca una relación de proporcionalidad, como “la parte por el todo”, y se convierte así en una fórmula más adecuada para una visión teológica de la Iglesia local, entendida como realización de la Iglesia de Dios presente en un lugar concreto.

Los elementos constitutivos que hacen posible esta “porción del Pueblo de Dios” son, en primer lugar, su origen trascendente que es “el Espíritu vive en la Iglesia” (LG 4). En segundo lugar, se sitúan los elementos ‘visibles-sacramentales’ como son “la Palabra o Evangelio”, y “el Sacramento o la Eucaristía”: calificadas como las dos ‘mesas’ (SC 48.51; DV 21; PO 18; PC 6). En tercer lugar, existe el elemento ministerial formado por el obispo en colaboración con los presbíteros (LG 28), como cabeza y pastor de una Iglesia local, es “principio visible y fundamento de la unidad de su iglesia particular” (LG 23).

Finalmente aparece el elemento determinativo de la realización de la Iglesia de Dios en un lugar que es la diócesis o Iglesia local en cuanto encarnada en su propia “particularidad socio-cultural” (AG 22). La palabra diócesis desde el siglo IV designa la Iglesia local como “el territorio confiado a un obispo”. Ahora bien, debe tenerse presente la realidad actual de que una persona puede “pertenecer” a diversos lugares, como quien emigra a causa del trabajo, quien duerme en una ciudad y trabaja en otra, o se va el fin de semana a otro lugar. Por eso la territorialidad antes de entenderse exclusivamente como un arraigo a un lugar físico particular es primariamente relación entre personas. De esta forma, la identidad propia de un territorio proviene siempre de la cultura hecha de un conjunto de múltiples relaciones sociales y personales, por eso tal situación genera determinados ámbitos o áreas culturales según medios, ubicaciones, tiempos y espacios humanos propios (familia, hijos, ancianos, jóvenes, estudiantes, obreros, profesores, intelectuales, universitarios, administrativos, profesionales liberales, mundo comarcal, agrícola y rural, personal de servicios, instituciones sociales, educativas, culturales, sindicales, políticas, religiosas, deportivas, medios de comunicación, nuevos servicios tecnológicos...).

En definitiva, conviene tener presente que para que no existan contradicciones con la naturaleza de la Iglesia local es necesario que, cuando por circunstancias concretas se den Iglesias ‘particulares’ o parroquias no territoriales, esto se realice a partir de criterios objetivos para evitar que se conviertan en estructuras paralelas. De ahí que la coexistencia de estas estructuras personales jerárquicas en el

interior del territorio de una Iglesia local debe ser articulada por un doble principio: el de la comunión y el del reconocimiento de una preeminencia del obispo y del párroco del lugar.

Debe tenerse en cuenta que la perspectiva eclesiológica novedosa del Vaticano II sobre la iglesia local además de basarse en el redescubrimiento de la sacramentalidad del episcopado, gracias a la sucesión apostólica (cf. LG 18-21), tiene como elemento constitutivo la comprensión de las iglesias locales como “sujetos activos”, y no como simples delegaciones de la Iglesia universal entendida como una sola diócesis. De esta forma las iglesias locales aparecen como “iglesias-sujetos” de la catolicidad de Iglesia, ya que cada una de ellas es una “porción” del Pueblo de Dios en la que está presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica (cf. CD II; LG 23).

6.3.3. La catolicidad de las iglesias locales presidida por el obispo de Roma

El Vaticano II, al describir a la Iglesia como “comunión de iglesias” ha replanteado toda esta cuestión en una perspectiva de síntesis entre la perspectiva comunal del primer milenio y la perspectiva más jurídico-universalista del segundo milenio. El texto conciliar clave de esta comprensión sintética dice: “El Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es principio y fundamento visible y perpetuo de la unidad tanto de los obispos como de la multitud de los fieles. Cada obispo es principio y fundamento visible de la unidad en sus iglesias particulares formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a través de las cuales existe la Iglesia católica una y única” (LG 23).

Así se subraya pues, que existe entre las Iglesias locales y la Iglesia universal una interrelación recíproca como sugiere el saludo de Pablo en sus cartas: “la Iglesia de Dios que está en Corinto” (1Cor 1,2; 2Cor 1,1). Así pues, la Iglesia de Dios ‘católica’, es decir ‘según la totalidad’ y ‘universal’, se realiza en y a partir de cada Iglesia diocesana. Ésta, a su vez, es ‘católica’ si vive en comunión con la ‘totalidad’ y ‘catolicidad’ que es Iglesia santa de Dios. La Iglesia local, pues, para mantener su “totalidad-catolicidad-universalidad” debe estar en “comunión” con todas las Iglesias diocesanas entre las cuales aquella que de forma decisiva expresa la comunión última: la Iglesia de Roma y su obispo, el Papa, en virtud de su función primacial por la cual tiene como Pedro la misión de “confirmar a los hermanos” (Lc 22,32).

6.4. La Iglesia como comunidad cristiana “apostólica”

6.4.1. La sucesión ministerial de la apostolicidad

La idea de apostolicidad enraizada en el Nuevo Testamento es elaborada primero por Ireneo de Lyon (finales del siglo II) a través del principio histórico de “la tradición por sucesión” que se convertirá en decisivo para comprenderla, ya que afirmar la apostolicidad de la Iglesia será reafirmar su autenticidad. Tal apostolicidad comporta estos tres aspectos: 1) la apostolicidad doctrinal y misionera, ya que siempre es necesario referirse a la doctrina de la fe atestiguada por los apóstoles y al encargo de realizar su misión “apostólica”; 2) la apostolicidad ministerial y personal, ya que se refiere a los obispos y a sus colaboradores los presbíteros, cuyo ministerio es “apostólico” al estar llamado a ser servicio y garantía de esta apostolicidad por la continuidad de las personas que lo hacen visible, y 3) la apostolicidad existencial y vital, ya que la Iglesia fundamenta su vida en el carácter “apostólico” propio del Evangelio transmitido por los apóstoles.

6.4.2. La tradición y sucesión histórica de la apostolicidad: todos los obispos con el obispo de Roma, el Papa, sucesores de los Apóstoles

La investigación histórica contemporánea está de acuerdo en que se delinea un desarrollo inicial en la Iglesia primitiva que conduce en pleno siglo II a la estabilización y al reconocimiento general del ministerio pastoral de los obispos, calificados precisamente como “sucesores de los apóstoles” y que por esto forman el “colegio episcopal”.

En el siglo III, el ritual de ordenación más antiguo que conocemos -la Tradición Apostólica de Hipólito de Roma- atestigua que la figura del obispo con los presbíteros y los diáconos era ya habitual y que era considerada como una institución necesaria para la Iglesia.

Por esto el Vaticano II ha recordado que “Cristo quiso que los sucesores de los Apóstoles, es decir, los obispos, fueran en su Iglesia pastores hasta la consumación del mundo. Ahora bien, a fin de que el epis-

copado fuera uno y no estuviera dividido, puso a Pedro al frente de los demás Apóstoles e instituyó en él para siempre el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de la fe y de la comunión” (LG 18). Por esto, “los obispos, junto con sus colaboradores, los presbíteros y los diáconos, reciben el ministerio de la comunidad” (LG 20) y son los pastores propios de la Iglesia diocesana que presiden.

Así pues, el “colegio episcopal” formado por todos los obispos presididos por el obispo de Roma, el Papa, tienen la responsabilidad última -o “potestad suprema y plena”- sobre la Iglesia entera, que se ejerce de manera solemne en los Concilios Ecuménicos (cf. LG 22). Existen, además, otras expresiones de esta “colegialidad episcopal” como son los Concilios particulares, provinciales o plenarios. Finalmente, y de forma relevante, sobresalen dos instituciones nuevas promovidas por el Concilio Vaticano II: las Conferencias Episcopales, y el Sínodo de los Obispos, que reúne periódicamente representantes del episcopado con el Papa.

6.4.3. La apostolicidad y la sucesión del obispo de Roma, el Papa

La peculiar sucesión del obispo de Roma forma parte de la concepción propia de la apostolicidad para la Iglesia Católica. Durante el primer milenio fue una realidad más vivida que formulada, donde destacan cuatro testimonios: en primer lugar, san Ignacio de Antioquía (110) habla de Roma como la iglesia que “tiene la primacía en el amor” (Carta a los Romanos, 3,1); en segundo lugar, san Ireneo de Lyon (180/190) califica la iglesia de Roma como aquella con la que “en razón de su origen más excelente, debe concordar toda la Iglesia” (Ad. Haer. 111,3, ls.); en tercer lugar, también a finales del siglo II, con motivo de la discusión sobre la fiesta de Pascua, se tiene constancia de la primera iniciativa del obispo de Roma respecto a la Iglesia entera para salvar la comunión basada en el “común asentimiento” (cf. Eusebio de Cesárea, Historia eclesiástica V, 24), y finalmente, aparece la inicial reflexión teológica del papa san León Magno (440-461) que califica al obispo de Roma como “sucesor de Pedro” que rige la Iglesia entera, afirmación que se puso de manifiesto en su intervención en el Concilio de Calcedonia (451).

La reflexión específica sobre el Papa fue especialmente a partir de la Reforma protestante (siglo XVI) que se convirtió en decisiva, aunque fuese una cuestión latente desde la dramática separación de las Iglesias orientales de la Ortodoxia de la Iglesia Católica ya en el año 1054. A partir del siglo XVI el estudio histórico del primado del Papa, obispo de Roma, y de sus sucesores fue visto como una de las vías para mostrar que la Iglesia Católica era la verdadera. Tal vía se convirtió progresivamente en la más significativa y con el concilio Vaticano I (1870), que definió el primado y la infalibilidad del Papa en ciertas condiciones, encontró su carta magna en la eclesiología que se prolongó con fuerza hasta el Vaticano II (1962-1965), donde el ministerio petrino es integrado en una visión más amplia de comunión de las Iglesias y de sus obispos con el Papa.

La Iglesia es católica, es decir universal, en cuanto en ella Cristo está presente. La Iglesia anuncia la totalidad y la integridad de la fe; lleva en sí misma y administra la plenitud de los medios de salvación; es enviada en misión **a todos los pueblos**, pertenecientes a cualquier tiempo o cultura. (Compendio 166)

La Iglesia es apostólica por su origen ya que fue constituida sobre el **fundamento de los Apóstoles**; por su enseñanza que es la misma de los Apóstoles; y por su estructura en cuanto es instruida, santificada y gobernada, hasta la vuelta de Cristo, por los Apóstoles gracias a sus sucesores, los obispos, en comunión con el sucesor de Pedro. (Compendio 174)

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

La Iglesia como comunidad cristiana “católica”

La Iglesia universal y verdadera

1. “Católico” significa “totalidad”, *universalidad* y *autenticidad*. Estos dos sentidos recogen dos rasgos: la fe es “*católica*”, porque se presenta a todos por su veracidad y autenticidad, y es “*universal*”, porque está extendida por todas partes, por su universalidad y extensión.
2. El Vaticano II ha unido la afirmación de la catolicidad de la Iglesia a la de su misión: “todos los hombres son llamados a esta unidad católica del pueblo de Dios, que anuncia e impulsa la paz universal, de la cual forman parte los fieles católicos y los otros creyentes en Jesucristo, así como todos los hombres en general, llamados a la salvación por la gracia de Dios”.

La Iglesia local o diocesana como la realización de la catolicidad de la Iglesia en un lugar

3. El concepto teológico de Iglesia local o diócesis comporta los siguientes elementos: el elemento básico en el cual encuentran su razón los otros elementos que forman la Iglesia diocesana es la expresión “*porción del Pueblo de Dios*”. “Porción” evoca una relación de proporcionalidad como “la parte por el todo” y se convierte así en una fórmula adecuada para una visión teológica de la Iglesia diocesana entendida como realización de la Iglesia de Dios presente en un lugar concreto.
4. Los elementos constitutivos que hacen posible esta “porción del Pueblo de Dios” son:
 - a. su *origen trascendente* que es “*el Espíritu vive en la Iglesia*”;
 - b. los *elementos visibles-sacramentales*: Evangelio y Eucaristía;
 - c. el *elemento ministerial* formado por el obispo en colaboración con los presbíteros, como cabeza y pastor de una Iglesia diocesana es principio visible y fundamento de la unidad de su iglesia diocesana;
 - d. el *elemento determinativo* de la realización de la Iglesia en un lugar que es la diócesis en cuanto encarnada en su realidad socio-cultural. La palabra diócesis designa la Iglesia local como el territorio confiado a un obispo. La identidad de un territorio proviene de la cultura hecha de un conjunto de múltiples relaciones sociales y personales, esta situación genera diversos ámbitos culturales según medios, ubicaciones, tiempos y espacios humanos propios.
5. La iglesia diocesana aparece como “iglesia-sujeto” de la catolicidad de Iglesia, ya que la diócesis es una “porción” del Pueblo de Dios en la que está presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica.

La catolicidad de las iglesias diocesanas presidida por el obispo de Roma

6. El Papa, como sucesor de Pedro, es principio y fundamento de la unidad de los obispos y de los fieles. Cada obispo es principio y fundamento de la unidad en sus iglesias diocesanas formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a través de las cuales existe la Iglesia católica.
7. Existe entre las Iglesias diocesanas y la Iglesia universal una interrelación recíproca. La Iglesia de Dios ‘católica’ se realiza en y a partir de cada Iglesia diocesana. Ésta es ‘católica’ si vive en comunión con la ‘totalidad’ y ‘catolicidad’ que es Iglesia. La Iglesia diocesana para mantener su “totalidad-catolicidad-universalidad” debe estar en “comunión” con todas las Iglesias diocesanas entre las cuales aquella que de forma decisiva expresa la comunión última: la Iglesia de Roma y su obispo, el Papa, en virtud de su función primacial por la cual tiene como Pedro la misión de “confirmar a los hermanos”.

La Iglesia como comunidad cristiana “apostólica”

La sucesión ministerial de la apostolicidad

8. La idea de apostolicidad enraizada en el NT es elaborada primero por Ireneo de Lyon a través del principio histórico de “la tradición por sucesión” que se convertirá en decisivo para comprenderla, ya que afirmar la apostolicidad de la Iglesia será reafirmar su autenticidad. La apostolicidad comporta tres aspectos:

- a) doctrinal y misionero**, ya que siempre es necesario referirse a la doctrina de la fe atestiguada por los apóstoles y al encargo de realizar su misión “apostólica”;
- b) ministerial y personal**, ya que se refiere a los obispos y a sus colaboradores los presbíteros, cuyo ministerio es “apostólico” al estar llamado a ser servicio y garantía de esta apostolicidad por la continuidad de las personas que lo hacen visible, y
- c) existencial y vital**, ya que la Iglesia fundamenta su vida en el carácter “apostólico” propio del Evangelio transmitido por los apóstoles.

La tradición y sucesión histórica de la apostolicidad: todos los obispos con el obispo de Roma, el Papa, sucesores de los Apóstoles

9. Según la investigación histórica actual hay un desarrollo inicial en la Iglesia primitiva que conduce en el siglo II a la estabilización y al reconocimiento del ministerio pastoral de los obispos, calificados como “sucesores de los apóstoles” y que por esto forman el “colegio episcopal”.

10. En el siglo III la Tradición Apostólica de Hipólito de Roma atestigua que la figura del obispo con los presbíteros y diáconos era habitual y considerada una institución necesaria para la Iglesia.

11. El Vaticano II ha recordado que “Cristo quiso que los sucesores de los Apóstoles, es decir, los obispos, fueran en su Iglesia pastores hasta la consumación del mundo. Ahora bien, a fin de que el episcopado fuera uno y no estuviera dividido, puso a Pedro al frente de los demás Apóstoles e instituyó en él para siempre el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de la fe y de la comunión”. Por esto, “los obispos, junto con sus colaboradores, los presbíteros y los diáconos, reciben el ministerio de la comunidad” y son los pastores de la Iglesia diocesana que presiden.

12. El “colegio episcopal” formado por todos los obispos presididos por el obispo de Roma, el Papa, tienen la responsabilidad última -o “potestad suprema y plena”- sobre la Iglesia, que se ejerce de manera solemne en los Concilios Ecuménicos. Existen, además, otras expresiones de esta “colegialidad episcopal”: Concilios particulares, provinciales o plenarios. También hay dos instituciones nuevas promovidas por el Vaticano II: las Conferencias Episcopales, y el Sínodo de los Obispos, que reúne periódicamente representantes del episcopado con el Papa.

La apostolicidad y la sucesión del obispo de Roma, el Papa

13. La sucesión del obispo de Roma forma parte de la concepción propia de la apostolicidad para la Iglesia Católica. Durante el primer milenio fue una realidad más vivida que formulada, se habla de la iglesia de Roma que “tiene la primacía en el amor”; o aquella con la que “en razón de su origen más excelente, debe concordar toda la Iglesia”; y aparece la reflexión teológica del papa san León Magno que califica al obispo de Roma como “sucesor de Pedro” que rige la Iglesia entera, afirmación manifestada en su intervención en el Concilio de Calcedonia (451).

14. La reflexión sobre el Papa fue sobre todo a partir de la Reforma protestante (siglo XVI). A partir del siglo XVI el estudio histórico del primado del Papa, obispo de Roma, y de sus sucesores fue visto como una de las vías para mostrar que la Iglesia Católica era la verdadera. Tal vía se convirtió en la más significativa y con el Vaticano I, que definió el primado y la infalibilidad del Papa en ciertas condiciones, encontró su carta magna en la eclesiología que se prolongó hasta el Vaticano II, donde el ministerio petrino es integrado en una visión más amplia de comunión de las Iglesias y de sus obispos con el Papa.

3. CONTRASTE PASTORAL

¿No puedo vivir una vida cristiana sin pertenecer a la Iglesia diocesana? ¿Qué hacer para ser y sentirme diocesano?

4. ORACIÓN

Oración por mi parroquia

Jesús, ésta es hoy mi oración:
Gracias por mi parroquia.
A través de ella estoy unido a la Diócesis,
y a través del Obispo a los Apóstoles,
y así llego seguro a ti, Hijo de Dios,
a tu Evangelio, a tu Reino.
¡Estoy recibiendo tanto de ella!
¡Tengo tanto que agradecerle!
En ella te estoy descubriendo,
en ella estoy aprendiendo a amarte y a seguirte.
Desde ella escucho tu Buena Noticia,
desde ella recibo el pan necesario para el camino.
Cuando me canso, me deja su palabra de ánimo,
cuando me caigo, me entrega tu perdón.
Cuando me siento débil, ella me fortalece,
cuando me duermo, ella me despierta.
Gracias, Jesús, por mi parroquia.
Gracias por los niños y los jóvenes,
por los mayores y los ancianos.
Todos, formamos tu Comunidad, tu Iglesia.
También hoy quiero pedirte
por ella, Señor,
por sus grupos y actividades,
por su gente.
¡Cuánto me ayudan!
Que seamos un rincón cálido,
un lugar donde nos queramos y respetemos,
un espacio donde vivamos como hermanos,
donde, unidos, nos esforcemos por tu Reino.
Y te ruego algo más,
con la fuerza de que soy capaz.
Que mi parroquia no luche por sí y por su causa.
Se empeñe, más bien, en Ti y en tu causa.
Que no destaquemos por hacer muchas cosas,
por ser muchos e importantes.
Que nos conozcan, Señor, por vibrar y soñar
con lo que tú vibraste y soñaste.
Jesús, te doy gracias por mi Parroquia.
Jesús, te pido por mi Comunidad.
Ella es el camino,
Tú, la meta y el horizonte.
Amén

ECLESIOLOGÍA

8ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

8. Portadores de una misión (1ª parte)

8.1. Todos misioneros

8.2. La misión eclesial en su origen

8.3. Comunidad enviada por Cristo

8.4. Los dos polos de la misión

8.5. Comunidad evangelizada que evangeliza

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. En esta sesión trataremos de que todos somos enviados a “evangelizar, a anunciar la Buena Noticia, a hacer presente el Reino de Dios, a llevar la salvación a todos los hombres”.

Dialogamos: ¿son distintas misiones o es la misma tarea?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

8. Portadores de una misión

Hoy, con el redescubrimiento del Reino de Dios como horizonte de la Iglesia, se ha dado un paso importante que sitúa a la Iglesia ante una comprensión nueva de la misión.

El reino de Dios fue tan importante en la mente y en la acción de Jesús, que “en relación a él, todo se convierte en lo demás, que es dado por añadidura. Solamente el Reino es pues absoluto y todo el resto es relativo” (EN 8).

El Reino es el proyecto de Dios que ha decidido establecer entre las personas unas relaciones de comunión, que haga de la humanidad una auténtica familia en la que Él sea el Padre de todos sin excepción, y las personas se sientan y se comporten como hermanos entre sí (cf. GS 40).

Esta es, sintetizando mucho, la misión que el Padre confió a Cristo y él confió a la Iglesia. “La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios y de instaurarlo en todos los pueblos, constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino” (LG 5).

Se trata de que el Reino de Dios crezca y se construya entre las personas de toda raza, lengua, nación o religión. Esta es la misión a la que la Iglesia no puede renunciar.

Esta misión puede realizarse con varios medios, por diversos caminos, a través de cauces muy variados, formas que reciben el nombre de apostolado. La misión es una y única para toda la Iglesia: las vocaciones, formas y cauces apostólicos mediante los que se realiza, son múltiples.

8.1. Todos misioneros

El Vaticano II ha afirmado la naturaleza misionera de la Iglesia: “la Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera” (AG 2). “La Iglesia es toda ella misionera y la obra de la evangelización es deber fundamental del Pueblo de Dios” (AG 35).

El Vaticano II, hablando a los obispos en su relación con los demás miembros de la Iglesia y en especial con los laicos, les recuerda “que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, si no que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y carismas de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común” (LG 30).

En el Vaticano II se ha dado un salto cualitativo en la consideración misionera de la Iglesia. Un salto que es una vuelta a los orígenes del cristianismo, cuando todos los bautizados se sentían corresponsables en la tarea de difundir la Buena Noticia del Reino: “la Palabra de Dios crecía y se multiplicaba...” (Hch 6,7; 12,24; 19,20).

8.2. La misión eclesial en su origen

El origen y la raíz de la vocación misionera de la Iglesia o, con otras palabras, la vocación de anunciar la Buena Noticia a todas las personas procede de un convencimiento profundo: el convencimiento de que “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2,4).

El convencimiento de que “no hay sobre la tierra ni debajo del cielo otro nombre en el cual puedan los hombres ser salvos, sino en el nombre de Jesús Nazareno” (Hch 4,12).

El convencimiento de que “uno solo es el Padre de todos los hombres y por consiguiente, todos los hombres son hermanos” (cf. Mt 23,8-9).

El impulso misionero nace en la comunidad eclesial de un único principio y origen: el amor fontal del Padre (cf. AG 2).

Es el amor que, a lo largo de la historia de la salvación, ha manifestado Dios a la humanidad, lo que ha

puesto en marcha en la Iglesia un movimiento misionero que se ha prolongado a través del espacio y del tiempo.

Desde aquel “he visto la aflicción de mi pueblo, he oído el clamor que le arrancan sus opresores, conozco sus angustias” (Ex 3,7) dicho por Yahvé a Moisés, hasta el “me da compasión de esta gente” (Mt 15,32; Mc 8,2) dicho por Jesús, existe una cadena de personas llamadas por Dios, a las que se les ha ido confiando la misión de anunciar una palabra salvadora de parte de Dios: una palabra avalada por los hechos.

Es pues, en el corazón de Dios Padre, donde encuentra su fuente, su origen y su raíz la misión confiada por Cristo a su Iglesia.

Cristo, que es el Enviado por excelencia para traer y anunciar la salvación de parte de Dios a las personas de todos los tiempos (cf. Jn 3,17.34; 5,36; 9,7.11,42), hizo objeto de una misión semejante a la suya, a la comunidad de aquellos a los que, antes, había escogido para que fueran sus compañeros y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3,13-14): “como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros” (Jn 20,21).

8.3. Comunidad enviada por Cristo

La sucesión Dios-Cristo-comunidad eclesial, tiene una importante clave para situar el compromiso misionero que corresponde a la Iglesia y, dentro de ella, a cada bautizado: Dios envía a Cristo, Cristo envía a la comunidad eclesial y la comunidad eclesial envía a cada bautizado a anunciar, con palabras y signos, el designio de Dios (cf. Rom 11,29) de salvar a la humanidad en Cristo (cf. 2Cor 1,20-22; 5,18-19).

En virtud de este origen único (“en el corazón del Padre”: AG 2) y en virtud de este mandato único (“Yo os envío: Jn 20,21), la misión que la Iglesia recibe y que a su vez confía a sus miembros, es única y la misma para todos sin distinción de vocaciones, ministerios, funciones, dones o carismas: ser luz de las naciones para llevar la salvación de Dios hasta los confines de la tierra (cf. Hch 13,47; Is 49,6).

En virtud de ese origen, la misión, en la Iglesia es confiada a la comunidad eclesial. Es la comunidad, a sus diversos niveles (universal, diocesano o local), la depositaria de la misión salvífica, recibéndola cada uno a título de miembro, con el grado de responsabilidad correspondiente a los diversos ministerios, y con la especificidad y peculiaridad de las diversas vocaciones, funciones y carismas: ser luz de las naciones para llevar la salvación de Dios hasta los confines de la tierra (cf. Hch 13,47; Is 49,6).

Los sacramentos del bautismo y de la confirmación son el fundamento último de la misión en la Iglesia, por esto, todo bautizado y todo confirmado debe sentir por igual, la responsabilidad de realizar, en la diversidad de los apostolados, la misión confiada a todos. “Insertos por el bautismo, en el cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado” (AA 3).

Por aquí se descubre la profunda relación existente entre comunión y misión: estando la misión confiada a toda la comunidad eclesial y siendo la comunión la meta última de la misión, la Iglesia se descubre a sí misma, como una comunión misionera.

En la Iglesia se vive la comunión cuando tiende a la misión, y se realiza una misión auténtica desde la comunión: comunión y misión, son dos dimensiones inseparables en la vivencia del misterio de la Iglesia.

En virtud de su origen, la misión confiada a la Iglesia es un “encargo” que se le ha hecho. Para la Iglesia, como para Pablo, ser misionero es su destino: “el hecho de predicar el Evangelio no es para mí un motivo de orgullo, ése es mi sino, ¡pobre de mí, si no lo anunciara!” (1 Cor9,16).

Por eso, tanto respecto a Dios como respecto a las personas, la Iglesia se siente responsable, deudora del don recibido, sin que el cansancio, el desánimo o la frustración de la posible infecundidad misionera, puedan convertirse en razones aceptables para abandonar la misión recibida.

8.4. Los dos polos de la misión

La misión eclesial gira alrededor de dos polos: Dios, que llama, consagra y envía, y las personas, destinatarias del mensaje salvífico confiado a la comunidad enviada.

a. Dios que llama, consagra y envía

A lo largo de la historia de la salvación, Dios llama a personas normales, a las que, a pesar de sus miedos y limitaciones, de sus desconfianzas e indecisiones las consagra y las envía para que anuncien el mensaje que Él les ha confiado (cf. Éx 4,10; Jer 1,9).

Así, van apareciendo unos creyentes que, en nombre de Dios, dicen y anuncian la palabra que Yahvé ha puesto en su boca: Moisés, Isaías, Jeremías, Jonás... hasta llegar a Jesús de Nazaret, el Enviado por excelencia, que nos trae en su plenitud y definitividad, la Palabra salvadora, porque es Él mismo esa Palabra encarnada (cf. Jn 1,14), después de que “en múltiples ocasiones y de muchas maneras hablara Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas” (Hb 1,1).

Una comunidad misionera, según lo dicho, tiene que ser una comunidad pendiente de la Palabra salvadora de Dios. Es esa Palabra la única que tiene que resonar en los labios del misionero; la Palabra determinante en sus criterios y acciones; el fundamento último de sus juicios sobre la realidad en que viven las personas a las que se la anuncia; la luz que ilumina los acontecimientos y las situaciones concretas de la vida; la verdad desde la que se enjuician personas, situaciones y acontecimientos; la motivación última de la exigencia que a todos incumbe de convertirse al Reino.

Y todo esto en clima de oración. La presencia en Dios de la comunidad misionera, es una presencia que ha de desarrollarse en el clima de una escucha atenta y dócil a la Palabra, es decir, en un auténtico clima de oración. Toda comunidad misionera tiene que ser una comunidad orante.

Sólo si la comunidad eclesial es orante y en la medida que lo sea, puede llegar a ser una comunidad misionera. La oración es, para la comunidad eclesial, la raíz de la misión.

Al igual que Cristo, en largas horas de oración (cf. Mc 1,35; 6,46; Lc 6,12; 9,18; Mt 14, 23), examina el corazón del Padre contagiándose del deseo de salvar a la humanidad, así también la comunidad eclesial, en la medida en que, en la oración, descubra los designios del Padre sobre la humanidad, estará en condiciones de hacerlos suyos, llegando a ser auténticamente misionera.

b. Los destinatarios

Los destinatarios son el inmenso horizonte de las personas concretas a las que la Iglesia es enviada.

La presencia de la comunidad eclesial en el mundo tiene que ser tan seria y comprometida, como ha de ser su relación con Dios. Tiene que ser una presencia verdadera y auténtica, solidaria en el dolor y en la pobreza, concedora de la miseria física y moral de las personas, misericordiosa y compasiva como la de Cristo que “por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo, ya que, por haber pasado Él la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora lo están pasando” (Hb 2,17-18). Por eso “es capaz de ser indulgente con los ignorantes y extraviados, porque a él también lo cerca la debilidad” (Hb 5,2).

Pablo VI situó a la Iglesia en el compromiso de un mayor acercamiento al mundo y a la realidad humana en que vive inmersa la Iglesia: “Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir –sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible– las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros” (ES 80).

La presencia de los creyentes en el mundo es imprescindible, cada uno según la vocación peculiar a la

que ha sido llamado en la comunidad eclesial. La Iglesia si quiere ser misionera, no puede vivir de espaldas al mundo. No puede haber nada verdaderamente humano, que no encuentre eco en su corazón.

“La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del genero humano y de su historia” (GS 1).

8.5. Comunidad evangelizada que evangeliza

La comunidad eclesial debe sentirse, como condición previa, destinataria de un gozoso anuncio de salvación si quiere convertirse en sujeto válido, portador de esa Buena Noticia a las personas. Hay que sentirse “evangelizados” antes de pretender ser “evangelizadores”.

Evangelizadores se sintieron los apóstoles por el Resucitado (cf. Jn 20,20), y se convirtieron en los portadores de la Buena Noticia, por encima de cualquier prohibición, castigo o persecución de que fueran objeto (cf. Hch 4,18-21; 5,29.40-42).

“Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar “las grandezas de Dios” (cf. Hch 2,11; 1 Pe 2,9), que la han convertido al Señor y nuevamente convocada y reunida por Él. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio”. (EN 15)

Necesidad de evangelizar

Cumplida esta condición previa, y como consecuencia de ella, la comunidad eclesial siente la necesidad de evangelizar. Es “impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al Reino, sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia” (EN 24)

Es este afán de evangelización, el termómetro de la autenticidad con que vive la Iglesia su fidelidad a Cristo el Señor. El anuncio de la Buena Noticia de la salvación es, en efecto, para la Iglesia, al mismo tiempo, una tarea y un desafío: “la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa” (EN 14).

Una evangelización que hay que realizar también con el testimonio, que frecuentemente es la primera y hasta única forma de evangelización.

Frente a la sed de autenticidad que experimenta la persona actual, frente a las preguntas que se hacen hoy los creyentes sobre la autenticidad de su fe, la respuesta de la comunidad eclesial tiene que ser la de anunciar, desde la propia experiencia, testimonialmente, la verdad de Cristo muerto y resucitado por todos los hombres y por todo el hombre. Hasta tal punto se ha convertido el testimonio de vida “en condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación, que sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos” (EN 76).

La misión de la Iglesia es la de anunciar e instaurar entre todos los pueblos el **Reino de Dios inaugurado por Jesucristo**. La Iglesia es el germen e inicio sobre la tierra de este Reino de salvación. (Compendio 150). A todos los laicos por su bautismo corresponde ejercer “la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo” (LG 31).

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

Portadores de una misión

- 1.** La Iglesia vive hoy, desde la clave del Reino de Dios, una comprensión nueva de su misión.
- 2.** El reino de Dios fue lo absoluto en la mente y en la acción de Jesús.
- 3.** El Reino es el proyecto de Dios que ha decidido establecer entre las personas unas relaciones de comunión, que haga de la humanidad una familia en la que Él sea el Padre de todos, y las personas se sientan y se comporten como hermanos entre si.
- 4.** Esta es la misión que el Padre confió a Cristo y él confió a la Iglesia. “La Iglesia...recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios y de instaurarlo en todos los pueblos, constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino”.
- 5.** Esta misión se realiza con varios medios, cauces y formas llamadas apostolado. La misión es una y única para la Iglesia: las vocaciones, formas y cauces apostólicos para realizarla son múltiples.

Todos misioneros

- 6.** El Vaticano II ha afirmado la naturaleza misionera de la Iglesia y que la obra de la evangelización es deber fundamental del Pueblo de Dios.
- 7.** El Vaticano II, hablando a los obispos en su relación con los miembros de la Iglesia, les recuerda “que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y carismas de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común”.

La misión eclesial en su origen

- 8.** La vocación de anunciar la Buena Noticia a todas las personas procede del convencimiento de que “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”.
- 9.** El impulso misionero nace en la comunidad eclesial de un principio y origen: el amor del Padre.
- 10.** El amor que, en la historia de la salvación, ha manifestado Dios a la humanidad, ha puesto en marcha en la Iglesia el movimiento misionero que se prolonga hasta hoy.
- 11.** Existe una cadena de personas llamadas por Dios, a las que se les ha ido confiando la misión de anunciar una palabra salvadora de parte de Dios: una palabra avalada por los hechos.
- 12.** En Dios se encuentra la fuente, origen y raíz de la misión confiada por Cristo a su Iglesia.
- 13.** Cristo, Enviado para traer y anunciar la salvación de parte de Dios a las personas, encomendó una misión semejante a la suya, a la comunidad de aquellos a los que había escogido para ser sus compañeros y para enviarlos a predicar: “como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros”.

Comunidad enviada por Cristo

- 14.** Dios envía a Cristo, Cristo envía a la comunidad eclesial y la comunidad eclesial envía a cada

bautizado a anunciar, con palabras y signos, el designio de Dios de salvar a la humanidad en Cristo.

- 15.** En virtud de este origen único y de este mandato único, la misión que la Iglesia recibe y que a su vez confía a sus miembros, es única y la misma para todos sin distinción de vocaciones, ministerios, funciones, dones o carismas: ser luz de las naciones para llevar la salvación de Dios hasta los confines de la tierra.
- 16.** En virtud de ese origen, la misión, en la Iglesia es confiada a la comunidad eclesial. Es la comunidad, a sus diversos niveles (universal, diocesano o local), la depositaria de la misión salvífica, recibéndola cada uno a título de miembro, con el grado de responsabilidad correspondiente a los diversos ministerios, y con la especificidad y peculiaridad de las diversas vocaciones, funciones y carismas: ser luz de las naciones para llevar la salvación de Dios hasta los confines de la tierra (cf. Hch 13,47; Is 49,6).
- 17.** Los sacramentos del bautismo y de la confirmación son el fundamento de la misión en la Iglesia, por esto, todo bautizado y todo confirmado debe sentir por igual, la responsabilidad de realizar, en la diversidad de los apostolados, la misión confiada a todos.
- 18.** Por aquí se descubre la profunda relación existente entre comunión y misión: estando la misión confiada a toda la comunidad eclesial y siendo la comunión la meta última de la misión, la Iglesia se descubre a sí misma, como una comunión misionera.
- 19.** En la Iglesia se vive la comunión cuando tiende a la misión, y se realiza una misión auténtica desde la comunión: comunión y misión, son dos dimensiones inseparables en la vivencia del misterio de la Iglesia.
- 20.** En virtud de su origen, la misión confiada a la Iglesia es un “encargo” que se le ha hecho. Para la Iglesia, como para Pablo, ser misionero es su destino.

Los dos polos de la misión

- 21.** La misión eclesial gira alrededor de dos polos: Dios, que llama, consagra y envía, y las personas, destinatarias del mensaje salvífico confiado a la comunidad enviada.

Dios que llama, consagra y envía

- 22.** A lo largo de la historia de la salvación, Dios llama a personas, a las que consagra y envía para que anuncien el mensaje que Él les ha confiado.
- 23.** Van apareciendo creyentes que, en nombre de Dios, dicen y anuncian la palabra que Yahvé ha puesto en su boca hasta llegar a Jesús, el Enviado por excelencia, que nos trae en su plenitud y definitividad, la Palabra salvadora, porque es Él esa Palabra encarnada.
- 24.** Una comunidad misionera tiene que ser una comunidad pendiente de la Palabra salvadora de Dios. Es la Palabra que tiene que resonar en los labios del misionero; la Palabra determinante en sus criterios y acciones; el fundamento último de sus juicios sobre la realidad en que viven las personas a las que se la anuncia; la luz que ilumina los acontecimientos y las situaciones de la vida; la verdad desde la que se enjuician personas, situaciones y acontecimientos; la motivación última de la exigencia que a todos incumbe de convertirse al Reino.
- 25.** Y todo esto en clima de oración, de escucha atenta y dócil a la Palabra. Toda comunidad misionera tiene que ser una comunidad orante. La oración es, para la comunidad eclesial, la raíz de la misión.
- 26.** Al igual que Cristo, en largas horas de oración, examina el corazón del Padre contagiándose del deseo de salvar a la humanidad, así también la comunidad eclesial, en la medida en que, en la oración, descubra los designios del Padre sobre la humanidad, estará en condiciones de hacerlos suyos, llegando a ser auténticamente misionera.

Los destinatarios

- 27.** Los destinatarios son las personas concretas a las que la Iglesia es enviada.
- 28.** La presencia de la comunidad eclesial en el mundo tiene que ser seria y comprometida; verdadera y auténtica, solidaria en el dolor y en la pobreza, concedora de la miseria física y moral de las personas, misericordiosa y compasiva como la de Cristo.
- 29.** Pablo VI situó a la Iglesia en el compromiso de un mayor acercamiento al mundo y a la realidad humana en que vive la Iglesia. Hace falta encarnarse con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el Evangelio; compartir las costumbres honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos; escuchar la voz, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo; hacerse hermanos de los hombres en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros.
- 30.** La presencia de los creyentes en el mundo es necesaria, cada uno según la vocación a la que ha sido llamado en la comunidad eclesial. La Iglesia si quiere ser misionera, no puede vivir de espaldas al mundo. No puede haber nada verdaderamente humano, que no encuentre eco en su corazón.
- 31.** La Iglesia está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia se siente solidaria del genero humano y de su historia.

Comunidad evangelizada que evangeliza

- 32.** La comunidad eclesial debe sentirse destinataria de un anuncio salvífico si quiere convertirse en portadora de esa Buena Noticia a las personas; sentirse evangelizada antes de ser evangelizadora.
- 33.** Evangelizadores se sintieron los apóstoles por el Resucitado (cf. Jn 20,20), y se convirtieron en los portadores de la Buena Noticia, por encima de cualquier dificultad.
- 34.** La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio.

Necesidad de evangelizar

- 35.** Cumplida esta condición, y como consecuencia de ella, la comunidad eclesial siente la necesidad de evangelizar.
- 36.** La tarea de la evangelización es signo de la autenticidad con que vive la Iglesia su fidelidad a Cristo. La evangelización es para la Iglesia una tarea y un desafío; su misión esencial; su dicha y vocación propia; su identidad profunda; ella existe para evangelizar.
- 37.** La evangelización que hay que realizar también con el testimonio, que frecuentemente es la primera y hasta única forma de evangelización.
- 38.** Frente a la sed de autenticidad que vive la persona hoy, frente a las preguntas que se hacen los creyentes sobre la autenticidad de su fe, la respuesta de la comunidad eclesial tiene que ser la de anunciar, desde la experiencia, la verdad de Cristo muerto y resucitado por todos los hombres y por todo el hombre. El testimonio de vida se ha convertido en condición esencial para la eficacia de la predicación, en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos.

3. CONTRASTE PASTORAL

- ¿En qué ámbitos puedes evangelizar tú y cómo?
- ¿Qué necesitas tú para evangelizar, teniendo en cuenta los dos polos (Dios y las personas)?
- ¿Qué te puede y debe aportar la parroquia en esta tarea evangelizadora?

4. ORACIÓN

Se buscan hombres y mujeres,
sin miedo al mañana, sin miedo al hoy,
sin complejos del pasado, sin miedo a cambiar.

Se buscan hombres y mujeres,
capaces de orar, de encontrarse con Dios,
de hacer de la oración la fuente de su amor.

Se buscan hombres y mujeres,
capaces de comprometerse
en la vida de los pueblos y barrios.

Se buscan hombres y mujeres,
capaces de vivir junto a los otros,
por los otros y hacia los otros,
capaces de trabajar, sentir, llorar,
pensar y soñar con los otros.

Se buscan hombres y mujeres,
capaces de dudar sin perder la fe,
de caminar junto a los otros,
y en ellos desvelar al Dios
que camina con nosotros.

Se buscan hombres y mujeres,
que sean valientes para vivir el evangelio,
que sepan lo que es ser apóstol.

Se buscan hombres y mujeres,
que, sobre todo, hablen con su vida,
porque sólo así se podrá construir.

Señor, henos aquí,
haz de nosotros discípulos tuyos,
apóstoles de tu evangelio,
que seamos barro dócil en tus manos.

Amén

ECLESIOLOGÍA

9ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

- 8. Portadores de una misión (2ª parte)
 - 8.6. Una nueva evangelización
 - 8.7. Anunciar, ¿qué?
 - 8.8. Campos de la misión
 - 8.9. El Espíritu, protagonista de la misión
 - 8.10. Un mensaje inculturado
 - 8.11. Comunidad cordial

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

- 1.** Lectura del Evangelio del día.
- 2.** ¿Qué signos de evangelización, es decir: de estar evangelizadas, ves en las personas, familias, sociedad, e Iglesia?
- 3.** ¿Qué signos, hechos ves de que se necesita evangelizar a las personas, familia, sociedad, e Iglesia?

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

8. Portadores de una misión (2ª parte)

8.6. Una nueva evangelización

La realidad actual exige la tarea de iniciar una nueva evangelización. Esta novedad está referida a un nuevo ardor, a la mística misionera que debe poseer la comunidad eclesial; a los métodos mediante los cuales hay que acercarse a la persona actual, inserta en una cultura tecnológica y de la imagen; y a las expresiones a través de las cuales hay que decir a la persona actual, de forma clara y convincente, que no tenga miedo de abrir las puertas a Cristo, porque Cristo sabe lo que hay en el corazón de la persona (cf. Jn 2,24-25), y es el único que tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68-69).

En la Iglesia, la nueva evangelización está destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar su significado de adhesión a Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con Él, de existencia vivida en la caridad y en el servicio (cf. ChL 35).

8.7. Anunciar, ¿que?

El misionero es portador de un mensaje de salvación: un mensaje que ha recibido y del que es portador, en nombre de la comunidad que es su depositaria.

Nadie es, en la comunidad eclesial, un autoenviado: “evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial” (EN 60)

El misionero evangeliza “no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre” (EN 60)

¿Cuál es el núcleo central del mensaje que tiene que anunciar la comunidad eclesial?

“Evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo” (EN 26)

El Dios que anuncia la comunidad eclesial es el revelado en Jesucristo y por Jesucristo:

Un **Dios persona**, Padre de todos los hombres, cuya esencia es el amor; un Dios universal y trascendente, no ligado a límite alguno de tiempos, lugares, razas o pueblos.

Un **Dios misteriosamente cercano a la persona**, atento a sus criaturas, lleno de bondad, de misericordia y de ternura con todos, particularmente con los pecadores, marginados, humildes y sencillos de la sociedad.

Un **Dios liberador de la persona**, sobre todo de la esclavitud suprema que es el pecado en cualquiera de sus formas o manifestaciones.

Un **Dios respetuoso de la libertad de la persona**, a la que compromete y responsabiliza desde esa misma libertad.

Un **Dios de futuro**, Señor de la historia, que en Cristo ha decidido salvar al mundo llevándolo a su plenitud en el más allá de la historia.

La evangelización, además, “debe contener también siempre, como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo, una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres como don de la gracia y de la misericordia de Dios” (EN 27).

El Cristo que anuncia la comunidad eclesial, es un Cristo que es, al mismo tiempo, “predicador” y “predicado”.

El objeto de la predicación de Cristo fue doble. Por una parte, el **Padre**, que aparece como una “pasión” en el pensamiento, en la vida y en las palabras de Jesús. Y, por otra, el **Reino** que brilla ante los hombres

en las palabras, en las obras y en la persona de Cristo (cf. LG 5). Puede incluso decirse que la vida y la predicación de Cristo se centró en el “Reino de Dios”.

Pero, a partir de su resurrección, Jesús se convierte en objeto de la predicación. Es, por excelencia, la Buena Noticia que va llevando la comunidad eclesial a todos los hombres a partir de Pentecostés y hasta el fin de los tiempos, pues el reino es él.

La comunidad creyente, desde sus primeros pasos por la historia, ha hecho objeto de su anuncio a la persona de Jesús Nazareno, hombre acreditado por Dios que, por su medio, realizó signos y prodigios. (cf. Hch 10,34.37-43)

Un hombre muerto en una cruz, pero resucitado por el mismo Dios que rompió las ataduras de su muerte.

Un hombre “constituido Señor y Mesías” (Hch 2,36), y por eso mismo, único Juez y Salvador de vivos y muertos (cf. Hch 10,42-43).

A partir de este doble núcleo, central del mensaje cristiano, debe la Iglesia anunciar fielmente a las personas el depósito de la Revelación que el Espíritu le ha confiado (cf. 2Tim 1,6-14).

8.8. Campos de la misión

Preguntarse por los campos de la misión en que hoy tiene que vivir la Iglesia su vocación misionera, es lo mismo que preguntarse en qué tiene que servir la comunidad eclesial a la sociedad actual.

Algunos campos preferenciales que se pueden señalar:

1. La promoción de la persona humana. Redescubrir y hacer redescubrir la dignidad inviolable de cada persona humana, constituye una tarea esencial; es más, en cierto sentido, es la tarea central y unificante del servicio que la Iglesia, y en ella los laicos, están llamados a prestar a la familia humana.

Es una tarea urgente y decisiva para la comunidad eclesial hoy defender: la dignidad de la persona humana en sí y por sí; la radical igualdad de todas las personas entre sí; la razón de fin y nunca de medio que tiene la persona en el orden de la creación.

2. La afirmación del inviolable derecho a la vida en cada fase de su desarrollo. Es el derecho primero y fontal, condición de todos los derechos de la persona.

Se trata, además, de la afirmación de una vida digna para toda persona, en todos los aspectos de la existencia: material, psicológico, espiritual, social, cultural...

3. La defensa de la libertad de conciencia para toda persona, sobre todo en el campo religioso.

A muchas personas no se les reconocen los derechos fundamentales, siendo por eso imposible construir una sociedad en consonancia con las exigencias básicas que marca el Reino de Dios: una sociedad que tenga a la persona como punto clave de referencia.

4. La familia como lugar de humanización de la persona y de la sociedad.

Considerando el influjo existente entre persona y sociedad, la Iglesia cuida la familia (primer ámbito del compromiso social), cuyo valor es clave para el desarrollo de la sociedad y de la Iglesia.

5. La atención a las múltiples necesidades que afectan a la humanidad.

La Iglesia que “goza con las iniciativas de los demás, reivindica las obras de caridad como su deber y su derecho inalienable” (AA 8).

En actitud de solidaridad con muchas personas e instituciones, que dan respuestas a las necesidades de las personas, la Iglesia sirve a la humanidad con obras asistenciales y promocionales, como forma de realizar la misión de salvación integral que le encomendó Jesús: “proclamad que ya llega el reinado de Dios, curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. De balde lo recibisteis, dadlo de balde” (Mt 10,8).

6. El campo de la acción política. La acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural que

forma el campo de la política, en cuanto ésta se orienta a promover orgánica e institucionalmente el bien común de la sociedad, es una preocupación de la Iglesia en su tarea de construir desde ahora el Reino de Dios.

Aunque hay que distinguir progreso temporal y crecimiento del reino de Dios, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios (cf. GS 39).

El logro del bien común, como bien de todas las personas y de toda la persona, que tiene que constituir el criterio básico de toda acción política, no deja indiferente a la Iglesia, convencida de que la persona es centro y cima de todos los bienes de la tierra (cf. GS 21).

7. La Iglesia, ante el riesgo social de usar a la persona al servicio de intereses económicos, *tiene la tarea de hacer comprender a todos, con las palabras y con sus actuaciones, que “también en la vida económico-social, deben respetarse y promoverse la dignidad de la persona humana, su entera vocación y el bien de toda la sociedad. Porque el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social”* (GS 63).

Aspectos, dentro de este campo económico-social como son el trabajo, la ética profesional, el destino universal de los bienes, la función social de la propiedad privada... interesan mucho a la misión de la Iglesia: una misión que, aun siendo de índole sustancialmente religiosa, pero precisamente por eso, no puede desentenderse de todo lo que afecta a la persona en lo que ésta tiene de más peculiar y específico. Su misión es religiosa, “y por lo mismo, plenamente humana” (GS 11).

8.9. El Espíritu, protagonista de la misión

La construcción del Reino, como proyecto de Dios en la historia es obra del Espíritu.

Jesús, el Enviado, fue conducido por el Espíritu en la realización de su obra mesiánica: desde su concepción (cf. Lc 1,35) hasta su resurrección (cf. Jn 20,23; Rom 8,11; 1 Cor 15,45), pasando por el bautismo (cf. Mt 3,13-17), las tentaciones en el desierto a donde fue conducido por el Espíritu (cf. Lc 4,1) y por el mismo inicio de su actividad mesiánica (cf. Lc 4,14), la misión salvífica de Cristo es inexplicable sin la presencia y la acción del Espíritu.

Esta presencia activa y operante del Espíritu, se encuentra en la Iglesia a partir del momento de su andadura por la historia. Los apóstoles actúan movidos por el Espíritu (cf. Hch 2,4; 4,31; 13,52); los primeros diáconos actúan llenos del Espíritu Santo (cf. Hch 6,3), al igual que Pedro (cf. Hch 4,8), Esteban (cf. Hch 6,5; 7,55), Bernabé (cf. Hch 11,24) y Pablo (cf. Hch 9,17; 13,9).

El Espíritu permite o prohíbe (cf. Hch 8,26-39; 11,12; 16,7); el Espíritu sostiene y fortalece para hablar y resistir con toda valentía, vigor y entusiasmo (“parresía”) en los momentos más difíciles (cf. Hch 2,29; 4,13. 29. 31; 9,27-28; 13,46; 14,3; 18,26; 19,8.26; 28,31).

Es el Espíritu el que impulsó el dinamismo misionero de la primitiva Iglesia que, sin esta fuerza dinamizante, o habría desaparecido o se habría convertido en una pequeña e insignificante secta dentro del judaísmo.

La expansión geográfica, psicológica y espiritual de la primera comunidad eclesial, es obra del Espíritu. Él abrió la mente y el corazón de los primeros creyentes, para que cayeran en la cuenta y asumieran gozosamente que el mensaje de salvación traído por Cristo, tenía que dirigirse a los miembros del antiguo Israel como primeros destinatarios; pero que el destino último y definitivo de ese mensaje eran todos los hombres, sin distinción alguna de pueblo, raza, lengua o nación (cf. Hch 2,39; 3,26).

Y así, cuando Pedro se resiste a matar y comer a aquellos animales profanos e impuros que representaban precisamente a los “paganos” (goyim), excluidos de la ciudadanía de Israel (cf. Hch 10,13-14), es el Espíritu el que declara que también esos gentiles habían sido llamados por Dios a formar parte del nuevo Israel.

Mientras Pedro sigue dándole vueltas a la visión, el Espíritu le ordena que se dé prisa, que sin reparo

vaya a casa de Cornelio, porque ha sido él mismo, el Espíritu, el que lo ha mandado llamar (cf. Hch 10,19-20).

Es el Espíritu el que hace comprender a Pedro que “Dios no hace distinciones entre los hombres, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente, sea de la nación que sea” (Hch 10,34).

Viendo Pedro cómo el Espíritu se derrama también sobre los gentiles, llega al convencimiento de que no se puede negar el bautismo de Jesús a aquellos que han recibido el Espíritu Santo, exactamente igual que los judíos seguidores del Mesías, el día de Pentecostés (cf. Hch 10,44-48).

No fue fácil a la Iglesia primitiva admitir el universalismo de los destinatarios del mensaje salvador de Cristo. Pedro tuvo que explicar lo sucedido en casa de Cornelio a las comunidades de Judea que se resistían a esa universalización. Cuando se convencieron de que allí había habido un nuevo Pentecostés, esta vez sobre los gentiles, se calmaron y alabaron a Dios, y emprendieron con fuerza la tarea misionera sin barreras ni frenos de ninguna clase (cf. Hch 11,18).

Desde aquel momento, la Iglesia abre sus puertas y se convierte en la casa donde todos pueden entrar y sentirse a gusto, conservando la propia cultura y las propias tradiciones, siempre que no estén en contraste con el Evangelio.

Así lo vemos, en el Concilio de Jerusalén, en el que, bajo el influjo del Espíritu, se decide “no imponer a los hombres (gentiles) más cargas que las indispensables” (Hch 15,28).

Con razón se ha afirmado que, “no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo” (EN 75); que el Espíritu Santo es el protagonista y el agente principal de toda la misión eclesial porque “solamente él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la misma evangelización querría provocar en la comunidad cristiana. A través de él, la evangelización penetra en los corazones, ya que él es quien hace discernir los signos de los tiempos -signos de Dios-, que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia” (Ibíd.).

8.10. Un mensaje inculturado

Uno de los desafíos más decisivos que la Iglesia ha tenido que afrontar en la historia es responder a estas preguntas: ¿tiene el mensaje cristiano un valor universal?, ¿es válido para todas las personas?, ¿es compatible con todas las culturas?, ¿es aceptable más allá de una época histórica determinada?, ¿es independiente respecto a las culturas?, ¿se identifica con alguna de ellas en particular?

Puede existir la sospecha de que el cristianismo, como conjunto de valores, como actitud frente a la vida, como exigencia de comportamientos religiosos, éticos y sociales, pertenezca a un determinado contexto cultural y, por consiguiente, cambiado ese contexto pierda el mensaje su valor objetivo.

Pues bien, si se tiene en cuenta, por una parte, que la persona vive siempre en el contexto de una cultura concreta y determinada y, por otra, que en el cristianismo es clave la ley de la encarnación (“la Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros”: Jn 1,14), se descubre la necesidad de realizar la “inculturación del Evangelio”.

La evangelización, como tarea central de la Iglesia, no es una acción que se realiza en forma genérica y abstracta: se evangeliza a las personas “de aquí y de ahora”. Esto quiere decir que se impone un esfuerzo de adaptación y adecuación de los valores evangélicos al contexto sociocultural y a los valores legítimos de la comunidad humana en la que el Evangelio es anunciado.

Porque si se quiere evangelizar a personas pertenecientes a una cultura concreta y se quiere hacer “no de una forma decorativa, como con un barniz superficial, sino de una manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces” (EN 20), el Evangelio tiene que entrar en un delicado y constante proceso de inculturación. Debe, sin traicionar su verdad esencial, trasvasar las expresiones litúrgicas y catequéticas, las formulaciones teológicas, los ministerios y las estructuras eclesiales secundarias, a la cultura, es decir, a las categorías mentales, a las formas de considerar la vida o el mundo, al lenguaje que comprende tal o cual conjunto humano, a sus expresiones artísticas, etc., para, desde esa asimilación, anunciar el mensaje de salvación (EN 63).

Por medio de la inculturación, la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro.

Por su parte, con la inculturación, la Iglesia se hace signo más comprensible de lo que es, e instrumento más apto para la misión.

La lejanía o el desconocimiento por parte de la comunidad eclesial de la cultura en que viven inmersas las personas a las que debe evangelizar, es “sin duda alguna el drama de nuestro tiempo” (EN 20), porque sitúa a la Iglesia en la imposibilidad de comunicarse y hacerse entender, desde dentro, por las personas a las que quiere evangelizar.

La evangelización, en efecto, “pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, si no llega a su vida concreta” (EN 63).

8.11. Comunidad cordial

Hoy la comunidad eclesial descubre que la misión es lo central en su vida: la Iglesia vive para la misión; sólo desde la misión se llega a comprender y definir a la Iglesia. La misión caracteriza y especifica el ser de la Iglesia.

El mundo es el campo en el que es necesario estar presente para, desde dentro, poder anunciar la Buena Noticia de la salvación. “Tiene pues, ante sí la Iglesia al mundo, esto es, la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo, que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación” (GS 2).

Este es el campo de misión que tiene delante de sí la Iglesia. Una Iglesia replegada sobre sí misma, temerosa y desconfiada, miedosa y recelosa, será una Iglesia que vive para sí y que entienda la misión como una actividad más, al par de otras actividades.

Una Iglesia centrada en la misión es una Iglesia olvidada de sí y de sus privilegios, urgida y espoleada por la palabra de orden de Jesús: “Id y haced discípulos de todas las naciones” (Mt 28,19). Una Iglesia ágil en sus movimientos y respuestas, lanzada a todas las fronteras de la humanidad, con un permanente horizonte escatológico, servidora de las personas en sus necesidades. Y sobre todo, desde un centro clave y vital: la experiencia de que Dios Padre ha querido salvar al mundo por Cristo en el Espíritu.

La Iglesia tiene que vivir una apertura misionera, mística, convencida de que “la Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (AG 2).

La Iglesia no puede anunciar otra cosa sino a **Jesucristo**: su vida y su enseñanza, dejándose guiar por el Espíritu Santo, verdadero protagonista de la evangelización. La nueva evangelización ha de tener en cuenta las circunstancias concretas del hombre de hoy para que toda su vida sea iluminada y transformada por el Evangelio de Jesús.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

Portadores de una misión

Una nueva evangelización

1. La realidad actual exige la tarea de iniciar una nueva evangelización: nuevo ardor (mística misionera), métodos y expresiones a través de las cuales la persona actual acoga a Cristo.
2. La nueva evangelización está destinada a formar comunidades maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar su significado de adhesión a Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con Él, de existencia vivida en la caridad y en el servicio.

Anunciar, ¿qué?

3. El misionero es portador de un mensaje de salvación: un mensaje que ha recibido y del que es portador, en nombre de la comunidad que es su depositaria.
4. Evangelizar es un acto eclesial. El misionero evangeliza en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre.
5. ¿Cuál es el núcleo central del mensaje que tiene que anunciar la comunidad eclesial? Evangelizar es dar testimonio, de una manera sencilla, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. El Dios que anuncia la comunidad eclesial es el revelado en Jesucristo y por Jesucristo:

Un *Dios persona*, Padre de todos los hombres, cuya esencia es el amor; un Dios universal y trascendente, no ligado a límite alguno de tiempos, lugares, razas o pueblos.

Un *Dios misteriosamente cercano a la persona*, atento a sus criaturas, lleno de bondad, de misericordia y de ternura con todos, particularmente con los pecadores, marginados, humildes y sencillos de la sociedad.

Un *Dios liberador de la persona*, sobre todo de la esclavitud suprema que es el pecado en cualquiera de sus formas o manifestaciones.

Un *Dios respetuoso de la libertad de la persona*, a la que compromete y responsabiliza desde esa misma libertad.

Un *Dios de futuro*, Señor de la historia, que en Cristo ha decidido salvar al mundo llevándolo a su plenitud en el más allá de la historia.

6. La evangelización debe contener como base, centro y culmen de su dinamismo, el anuncio de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres como don de la gracia y de la misericordia de Dios.
7. *El objeto de la predicación de Cristo fue el Padre*, que aparece como una “pasión” en el pensamiento, la vida y las palabras de Jesús; y el *Reino* que brilla ante los hombres en las palabras, las obras y la persona de Cristo. La vida y la predicación de Cristo se centró en el “Reino de Dios”.
8. Jesús, a partir de su resurrección, se convierte en objeto de la predicación. Es la Buena Noticia que lleva la comunidad eclesial a todos los hombres a partir de Pentecostés y hasta el fin del tiempo.
9. La comunidad creyente, desde su inicio, hizo objeto de su anuncio a la persona de Jesús, hombre acreditado por Dios que, por su medio, realizó signos y prodigios.
10. Un hombre muerto en cruz, pero resucitado por Dios que rompió las ataduras de la muerte. Un hombre “constituido Señor y Mesías”, y por eso mismo, Juez y Salvador de vivos y muertos.

11. A partir de este doble núcleo, central del mensaje cristiano, debe la Iglesia anunciar a las personas el depósito de la Revelación que el Espíritu le ha confiado.

Campos de la misión

12. ¿En qué tiene que servir la comunidad eclesial a la sociedad actual? Algunos campos son:

1. **La promoción de la persona humana.** Redescubrir la dignidad inviolable de cada persona; es tarea central y unificante del servicio que la Iglesia presta a la humanidad.
2. **La afirmación del derecho a la vida en cada fase de su desarrollo.** Es el derecho radical, condición de todos los derechos de la persona; afirmar la vida integral digna para toda persona.
3. **La defensa de la libertad de conciencia para toda persona,** sobre todo en el campo religioso.
4. **La familia como lugar de humanización de la persona y de la sociedad.** La Iglesia cuida la familia cuyo valor es clave para el desarrollo de la sociedad y de la Iglesia.
5. **La atención a las necesidades que afectan a la humanidad.** La Iglesia sirve a la humanidad con obras asistenciales y promocionales, como forma de realizar la misión salvífica integral que le encomendó Jesús.
6. **El campo de la acción política.** Ésta se orienta a promover el bien común de la sociedad, y por ello es una preocupación de la Iglesia en su tarea de construir el Reino de Dios.
7. **La vida económico-social.** Deben respetarse y promoverse la dignidad de la persona humana, su vocación y el bien de la sociedad. Porque el hombre es autor, centro y fin de la vida económico-social (trabajo, ética profesional, destino universal de los bienes, función social de la propiedad privada...). Estos aspectos interesan a la misión de la Iglesia: una misión que, siendo de índole religiosa no puede desentenderse de lo que afecta a la persona. Su misión es religiosa y humana.

El Espíritu, protagonista de la misión

13. La construcción del Reino, como proyecto de Dios en la historia es obra del Espíritu.

14. Jesús fue conducido por el Espíritu en la realización de su obra mesiánica: desde su concepción hasta su resurrección la misión salvífica de Cristo es inexplicable sin la presencia y la acción del Espíritu.

15. Esta presencia activa y operante del Espíritu, se encuentra en la Iglesia a partir del momento de su andadura por la historia. Los apóstoles actúan movidos por el Espíritu; los primeros diáconos actúan llenos del Espíritu Santo, al igual que Pedro, Esteban, Bernabé y Pablo.

16. El Espíritu permite o prohíbe; el Espíritu sostiene y fortalece para hablar y resistir con toda valentía, vigor y entusiasmo en los momentos más difíciles.

17. El Espíritu impulsó el dinamismo misionero de la primitiva Iglesia que, sin esta fuerza, o habría desaparecido o se habría convertido en una pequeña e insignificante secta judía.

18. La expansión geográfica, psicológica y espiritual de la primera comunidad eclesial, es obra del Espíritu. Él abrió la mente y el corazón de los primeros creyentes, para que cayeran en la cuenta y asumieran que el mensaje de salvación traído por Cristo, tenía que dirigirse a los miembros del antiguo Israel como primeros destinatarios; pero que el destino último y definitivo de ese mensaje eran todos los hombres, sin distinción alguna de pueblo, raza, lengua o nación.

19. El Espíritu declara que también los gentiles habían sido llamados por Dios a formar parte del nuevo Israel.

20. El Espíritu hace comprender a Pedro que “Dios no hace distinciones entre los hombres, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente, sea de la nación que sea”.
21. Viendo Pedro cómo el Espíritu se derrama sobre los gentiles, llega al convencimiento de que no se puede negar el bautismo de Jesús a aquellos que han recibido el Espíritu Santo, igual que los judíos seguidores del Mesías, el día de Pentecostés.
22. El Espíritu hace que la Iglesia abra sus puertas y se convierta en la casa donde todos pueden entrar y sentirse a gusto, conservando la propia cultura y las propias tradiciones, siempre que no estén en contraste con el Evangelio.
23. El Espíritu Santo posibilita la evangelización; es protagonista y agente principal de la misión eclesial porque sólo él suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir, mediante la unidad en la variedad que la evangelización querría provocar en la comunidad cristiana. A través de él, la evangelización penetra en los corazones, ya que él es quien hace discernir los signos de los tiempos, que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia.

Un mensaje inculturado

24. La persona vive en el contexto de una cultura concreta y en el cristianismo es clave la ley de la encarnación, por esto, es necesario realizar una “inculturación del Evangelio”.
25. La evangelización es una tarea que se realiza con personas “de aquí y de ahora”. Esto exige el esfuerzo de adaptación y adecuación de los valores evangélicos al contexto sociocultural y a los valores legítimos de la comunidad humana en la que el Evangelio es anunciado.
26. Si queremos evangelizar a personas pertenecientes a una cultura concreta y se quiere hacer de una manera vital, el Evangelio tiene que entrar en un proceso de inculturación. Debe traducir las expresiones litúrgicas y catequéticas, las formulaciones teológicas, los ministerios y las estructuras eclesiales secundarias, a la cultura, es decir, a las categorías mentales, a las formas de considerar la vida o el mundo, al lenguaje que comprende tal o cual conjunto humano, a sus expresiones artísticas, etc., para, desde esa asimilación, anunciar el mensaje de salvación.
27. Por medio de la inculturación, la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas e introduce a los pueblos con sus culturas en su comunidad; transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro.
28. La Iglesia, con la inculturación, se hace signo más comprensible, y medio más apto para la misión.
29. El desconocimiento por parte de la comunidad eclesial de la cultura que viven las personas a los que debe evangelizar, es “el drama de nuestro tiempo”, porque sitúa a la Iglesia en la imposibilidad de comunicarse y hacerse entender por las personas a las que quiere evangelizar.
30. La evangelización pierde eficacia, si no valora al pueblo al que se dirige, si no utiliza su lengua, signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, si no llega a su vida concreta.

Comunidad cordial

31. La comunidad eclesial descubre que la misión es central en su vida: la Iglesia vive para la misión, y desde ella se comprende y define. La misión caracteriza y especifica el ser de la Iglesia.
32. El mundo es el campo en el que es necesario estar presente para, desde dentro, poder anunciar la Buena Noticia de la salvación.
33. La Iglesia centrada en la misión está urgida y espoleada por la palabra de Jesús: “Id y haced discípulos de todas las naciones”. Una Iglesia ágil en sus movimientos y respuestas, lanzada

a las fronteras de la humanidad, con horizonte escatológico, servidora de las personas en sus necesidades. Desde la experiencia de que Dios Padre ha querido salvar al mundo por Cristo en el Espíritu.

34. La Iglesia tiene que vivir una apertura misionera, mística, convencida de que “la Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (AG 2).

3. CONTRASTE PASTORAL

- a. ¿Quién tiene que evangelizar?
- b. ¿Cómo y qué te parece más urgente evangelizar?
- c. ¿Qué podemos hacer cada uno de los que estamos aquí?

4. ORACIÓN

Jesús, no tienes manos. Tienes sólo nuestras manos
para construir un mundo donde habite la justicia.
Jesús, no tienes pies.
Tienes sólo nuestros pies
para poner en marcha la libertad y el amor.
Jesús, no tienes labios. Tienes nuestros labios
para anunciar la Buena Noticia a los pobres.
Jesús, no tienes medios. Tienes sólo nuestra acción
para lograr que todos los hombres y mujeres sean hermanos.
Jesús, nosotros somos tu Evangelio,
el único Evangelio que la gente puede leer
si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.
Jesús, danos la gracia de creer que eres tú el que evangelizas,
de descubrir que tú vas siempre por delante, preparando el camino.
Danos la gracia de tu Espíritu Santo,
para que con su luz iluminemos, con su fortaleza
perseveremos en las dificultades
y con su gozo evangelicemos con alegría.
Amén

ECLESIOLOGÍA

10ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

9. María, la Iglesia realizada

9.1. A la luz de María, la peregrina en la fe

9.2. María, prototipo de la Iglesia en su respuesta a la obra de Dios

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.

2. Pablo VI hablaba en la “La Virgen hoy” que “Ciertas prácticas culturales, que en un tiempo no lejano parecían apropiadas para expresar el sentimiento religioso de los individuos y de las comunidades cristianas, parecen hoy insuficientes o inadecuadas, porque están vinculadas a esquemas socioculturales del pasado”.

• *¿Podrías aportar tú algún dato de ese culto no apropiado?*

3. Antes, se dice que se amaba, que se confiaba... más en la Virgen que en Cristo. Ahora, se dice que hemos centrado más en Cristo nuestra fe, pero que nos hemos olvidado de la Virgen.

• *¿Qué opinas tú de esta afirmación?*

Veamos la Iluminación, para buscar el lugar que ocupa la Virgen en nuestra vida cristiana.

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

9. María, la Iglesia realizada

Para leer correctamente la constitución *Lumen gentium* hay que tener presente la aportación del capítulo VIII (María, la Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia) a la comprensión del misterio de la Iglesia. La Iglesia y el reino encuentran su más alta realización en María. Que la Iglesia sea ya la presencia en misterio del reino se esclarece a partir de María, morada del Espíritu Santo, modelo de fe, símbolo de la Iglesia. Por esto el Vaticano II afirma de ella: “La Iglesia en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga” (LG 65). La distancia entre la Iglesia peregrinante y el reino consumado ha sido ya superada en ella que, en cuanto “asunta”, “hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, recibió anticipadamente la suerte de todos los justos” (Pablo VI, Profesión de fe, n. 15). Por esto, la Madre de Jesús “es imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro” (LG 68; cf. SC 103).

Este texto resume la clave teológica asumida por el Vaticano II al situar la Virgen María en la LG. La novedad está en la inserción de María dentro de un contexto histórico-salvífico, propio de la eclesiología de LG. Este capítulo ofrece la mejor conclusión a la eclesiología conciliar que se podía dar: la presentación de María como Iglesia realizada.

9.1. A la luz de María, la peregrina en la fe

La reflexión sobre la Iglesia encuentra en María su mejor culminación y expresión significativa.

María es miembro excelente y singular de la Iglesia, tipo y ejemplar acabado de la misma en la fe y en la caridad, a quien la Iglesia, instruida por el Espíritu Santo, venera como a Madre amada con afecto de piedad filial (cf. LG 53).

Las relaciones entre María y la Iglesia son profundas. Por una parte, aparece María como *creyente*, compartiendo la condición de miembro de la comunidad eclesial con cada uno de los bautizados. Por otra, se presenta como la *personificación de lo que la comunidad eclesial está llamada a ser*, ya que, en ella, la Iglesia ha alcanzado la perfección (cf. LG 65), por ser el fruto más espléndido de la redención y una pura imagen de lo que la Iglesia ansía y espera ser (cf. SC 103); y finalmente, gracias a su cooperación singular a la obra de la redención de las personas, se convirtió en la *madre espiritual* de los redimidos por Cristo (cf. LG 61).

La consideración de María en su relación con la comunidad eclesial pertenece a la tradición eclesial.

En la patrística lo referente a la persona y misterio de María, se proyectó sobre el misterio de la Iglesia; se habló de: la “Virgen Iglesia” en paralelismo con María; la “Madre Iglesia” recordando a aquella que es la Madre del Salvador; la “Madre Inmaculada”, recordando lo que Pablo dice sobre la Iglesia (cf. Ef 5,25-27; 2Cor 11,2; Col 1,22), y adelantándose a lo que enseñó dogmáticamente la Iglesia de María en forma personal: su Inmaculada Concepción (1854); y la “Iglesia Asunta”. Lo que más tarde sería la mariología, se pensó en un principio como eclesiología.

Cuando el Vaticano II situó la figura de María a la luz del misterio de Cristo y en particular a la luz del misterio de la Iglesia volvió a la mejor tradición eclesial, cuando María ocupaba ya en la comunidad creyente el lugar más alto y más próximo a nosotros (cf. LG 54).

Situando a María en la doble coordenada del misterio de Cristo y de la Iglesia, su figura es colocada en su verdadera luz, y se estimula a la comunidad a copiar en sí, reproduciéndolas, las actitudes y comportamientos de María, llamada también espejo de la Iglesia.

Cuando se presenta a María como *prototipo de la Iglesia* se hace con un sentido dinámico y activo.

Esta expresión pretende mostrarnos que María, como *tipo* de la Iglesia, se consagró personalmente a la tarea de ayudar a que se produzca en los demás miembros de la comunidad eclesial lo que ya había sido realizado *típicamente* por Cristo en su propia vida.

Se trata, por tanto, no sólo de copiar, sino de reproducir las actitudes y comportamientos básicos de María en la respuesta que dio a la obra de Dios en ella. Encontramos en su persona unas actitudes y comportamientos válidos para el bautizado de hoy, porque exceden los presupuestos culturales de un tiempo y de un espacio determinado.

María ha sido vista en la tradición de la Iglesia también como *figura profética* de la comunidad eclesial. Con ello se quiere decir que María va por delante de esta comunidad, realizando en sí misma, de forma personal, aquello a lo que la Iglesia aspira; aquello que la Iglesia, como tal comunidad creyente, “ansía y espera ser” (SC 103).

Y es que María es *imagen profética*, signo de esperanza para la comunidad eclesial. Pero lo es, en el seno de una Iglesia que es, toda ella, un Pueblo de profetas, que, por eso mismo, está destinado a ser signo de esperanza y de salvación para el mundo. María anticipa en su existencia concreta y objetiva, el destino al que todos los bautizados están llamados por Dios.

El *prototipismo mariano*, su configuración profética, recuerda que delante de María se está, ante todo, delante de una criatura perteneciente a la raza humana. Su condición de criatura humana y, en concreto, de mujer, tiene que ser ponderada para poder valorar tanto su cercanía a Dios, como su cercanía a la humanidad.

María es una mujer capaz de entablar un diálogo con Dios sobre la obra redentora de las personas.

Una mujer que “no dudó en proclamar que Dios es vengador de los humildes y de los oprimidos, y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo” (Pablo VI).

Una mujer fuerte, frente a una vida sembrada de toda clase de dificultades y sufrimientos. Una mujer que, siendo madre, supo respetar –desde la fe–, las palabras y comportamientos del hijo sin entenderlos demasiado y desde luego sin acapararlo para sí.

En virtud de ese *prototipismo*, se recuerda que la razón última de ser de todo lo que María es y representa en la historia de la salvación, es Cristo. Quitado Cristo del horizonte de María, ésta pierde su sentido y significatividad en la vida y en la historia cristiana. Cristo es para María, como para cada uno de los bautizados, el único centro, el sentido último y definitivo de la humanidad (cf. Col 1,15-20; Rom 8,19-25), el Mediador único y exclusivo entre Dios y las personas (cf. 1 Tim 2,5), la causa y la razón última de la salvación de todas las personas, comenzando por María, “el fruto más espléndido de la redención” (SC 103).

María sin Cristo es nada, pierde toda relevancia, de tal forma que “sólo en el misterio de Cristo, se aclara plenamente el misterio de María” (Juan Pablo II).

Pero se debe igualmente afirmar que Cristo, en la realidad de su persona y de su obra, no se explica sin María: el acontecimiento Cristo se dio no sin María. Y eso en el plano natural, como ocurre con todo hijo respecto de su madre, y también en el plano de la historia de la salvación, a la que fue predestinada y asociada María, y en la que progresivamente fue cooperando activamente “con fe y obediencia libres” (LG 56).

De igual forma, el *protagonismo mariano* tiene una referencia esencial a la comunidad eclesial. María y la Iglesia son realidades en mutua referencia, de tal manera que cuando la comunidad eclesial quiere saber cuáles son los proyectos y designios de Dios sobre ella, tiene que mirar a María para descubrirlos plenamente.

Y cuando esa comunidad desea conocer cuál es la respuesta que está llamada a dar a la obra de Dios en ella, tiene que mirar igualmente a María.

María aparece así como la expresión suprema de la acción salvadora de Dios sobre la Iglesia, y como el prototipo y modelo por excelencia, de la respuesta que la Iglesia tiene que dar al designio amoroso de Dios.

9.2. María, prototipo de la Iglesia en su respuesta a la obra de Dios

La comunidad eclesial, y cada uno de sus miembros, está llamada a responder a los dones y gracias de Dios, ya que “al que mucho se le dio, mucho se le va a pedir” (Lc 12,48).

La Iglesia, en su compromiso de respuesta a Dios, encuentra en María el prototipo y el modelo más acabado a seguir.

La Iglesia tiene una vocación de servicio. Ha nacido para servir a la persona y al mundo. Su actitud de servicio en seguimiento de Jesús que vino para servir (cf. Mc 10,45), es fundamental. Una Iglesia que abandonara o descuidara el servicio a la persona, dejaría de ser la Iglesia de Jesús.

¿Qué tiene que hacer la Iglesia por el mundo?, ¿en qué tiene que servirlo?: En aquello que la Iglesia tiene de mejor, y en aquello de lo que el mundo tiene mayor necesidad: Cristo.

Cristo es el don y la gracia, por excelencia, que la Iglesia ha recibido (cf. Jn 1,16-17); es la riqueza máxima que posee (cf. Hch 3,6), fuera de la cual, todo es juzgado pérdida y cosas de poco valor (cf. Flp 3,8-11). Cristo tiene que ser presentado al mundo como lo mejor que puede ofrecerle la Iglesia.

Y tiene que ser ofrecido como único y definitivo salvador de todas las personas y de toda la persona en su integridad. Y tiene que ser ofrecido, con urgencia: desde la convicción de que el mundo, aun sin saberlo, es de Cristo de quien tiene necesidad.

Este servicio de la Iglesia ha de ser ofrecido y realizado desde la humildad, la sencillez, la modestia, la pobreza, desde el vacío de sí, fiados sólo en la fuerza de la Palabra creadora de Dios, de la eficacia misteriosa de la cruz, fuerza y sabiduría salvadora de Dios (cf. 1 Cor 1,17- 25).

¿Dónde inspirarse la comunidad eclesial para esta respuesta? En María, la virgen que desde su pobreza, y la conciencia del don recibido, sintió la necesidad de comunicarlo en forma de servicio.

La respuesta de la comunidad eclesial a Dios ha de hacerse, además, en la fe y desde la fe. Comunidad de fe, como corresponde a una comunidad que encuentra su origen y punto de partida en el Misterio de Dios, Uno y Trino, la vida de la Iglesia ha de desarrollarse en el marco de la fe.

Sólo desde la fe, se entiende la Iglesia a sí misma y se percibe como un instrumento válido y necesario en manos de Dios para salvación del mundo. En la fe es acogida y aceptada la Palabra de Dios, viva y eficaz, la única que escruta los sentimientos y pensamientos del corazón (cf. Hb 4,12).

Desde la fe tienen pleno sentido los sacramentos, como gestos salvíficos de Dios sobre la comunidad creyente. Guiados por la fe se valoran las personas y se aceptan las mediaciones como otras tantas expresiones de Dios para la Iglesia peregrina. A la luz de la fe se escrutan los signos de los tiempos para poder responder a los eternos interrogantes de la humanidad (cf. GS 4).

Una fe que tiene que ser personalizada ya que Cristo, autor y consumidor de la fe (cf. Hb 12,2), se dirige e interpela a cada creyente: “¿tú crees en el Hijo del hombre?” (Jn 9,35). Una fe que, como toda auténtica vida, está llamada a crecer y desarrollarse hasta su total maduración.

En todo este empeño la comunidad creyente encuentra en María un punto de referencia. Ella, la primera de los creyentes, tiene una función modélica y representativa en relación con la comunidad eclesial, a la que también ella pertenece y a la que precede con su luz, en la peregrinación de la fe “como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor” (LG 68).

Aquella, cuya vida se desarrolló en la “obediencia de la fe” (Rom 16,26), estimula y acompaña al Pueblo de Dios peregrino, para que brille como una luz en medio de las tinieblas (cf. Mt 5, 14-16).

Este Pueblo encuentra en la fe de María fuerza y auxilio para vivir su fe en medio de los contrastes y problemas del mundo y de la propia vida. María, la Madre creyente de Jesús, favorece el camino creyente hacia Cristo, es impulso y garantía del encuentro con Él.

María que “por su íntima participación en la historia de la salvación reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe, cuando es anunciada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre” (LG 65).

En la lógica del misterio cristiano, toda gracia recibida está destinada a ser una gracia transmitida.

Todo don recibido, debe convertirse en don compartido. Todo carisma debe contribuir a la edificación de la comunidad (cf. 1 Cor 14,3. 5.12.26; Ef 4,12.16.29).

Los bautizados no reciben la gracia en forma individualista sin tener nada que ver unos con otros. La persona es un ser social, también en el orden de la gracia. La vinculación de unos con otros, es una dimensión básica de la redención. Por eso, hacerse partícipes de la gracia, conduce a convertirse en fuente de la misma para otras personas, ya que toda gracia es fecunda y comunicativa.

La comunidad eclesial, por tanto, en cuanto depositaria de muchos dones y carismas, se ve urgida a ser colaboradora de Cristo en la obra de la redención, haciendo que todos esos dones y gracias lleguen al mayor número posible de destinatarios.

Es una ley de la redención, el que la incorporación al Cristo redentor se realice mediante la cooperación humana, suscitada por la gracia, y esto de modo subjetivo, por medio del hombre redimido aquí y ahora, y también objetivo, es decir, por la acción de un miembro en favor de los demás (cf. Col 1,24).

El carácter redentor, lo mismo como ser que como hacer, es algo exclusivo de Cristo. Pero la redención, por incluir dos extremos, implica también la cooperación de los redimidos. Cristo, por así decirlo, delega su propia plenitud en sus miembros, en orden a los demás miembros.

Siendo esto así, preciso es afirmar que los miembros de la comunidad eclesial tienen que cooperar con Cristo participando en la obra redentora para la salvación de todo el mundo, y cada uno tiene que hacerlo según el don y la gracia recibidos, según la función y el ministerio que tiene confiado en la historia de la salvación, según el lugar que ocupa en el cuerpo de Cristo.

¿Qué cooperación humana se ha dado en esa historia de la salvación superior a la de María? Ninguna. Precisamente por eso, María, que es la primera y más plenamente redimida, es también la primera y principal colaboradora del Espíritu en la obra redentora de Cristo.

Y por eso mismo, se constituye, para toda la comunidad eclesial, en prototipo y modelo de la actitud activa y cooperante que ha de tener todo bautizado en la obra de la redención. Es lo que puso de relieve el Vaticano II al establecer un luminoso acercamiento entre la *cooperación eclesial* y la *cooperación mariana* a la obra redentora de Cristo: “la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en Aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles” (LG 65).

“La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres” (LG 65). En María, en efecto, estuvo personificadamente presente y como concentrada toda la cooperación que, a lo largo de la historia, ha ofrecido la comunidad eclesial para que la redención de Cristo llegue, de generación en generación, a todas y cada una de las personas.

Ella es el modelo y ejemplar acabado de la actitud receptiva y cooperante de la persona frente a la gracia redentora de Cristo.

Así, a la luz de María, una Iglesia redimida tiene que convertirse en Iglesia misionera.

“Dios eligió a María para que de ella naciera Jesucristo por obra del Espíritu Santo. La Virgen María es **miembro sobreeminente y del todo singular de la Iglesia**, su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y caridad, y a quien la Iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, honra con filial afecto de piedad como a Madre amantísima” (LG 53).

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

María, la Iglesia realizada

1. La Iglesia y el reino encuentran su más alta realización en María. Que la Iglesia sea la presencia en *misterio* del reino se esclarece a partir de María, morada del Espíritu Santo, modelo de fe, símbolo de la Iglesia. La Iglesia en María llegó a la perfección. La distancia entre la Iglesia peregrina y el reino consumado ha sido ya superada en ella que, en cuanto “hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, recibió anticipadamente la suerte de todos los justos”. Por esto, María “es imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro”.

A la luz de María, la peregrina en la fe

2. María es miembro singular de la Iglesia, tipo y ejemplar acabado de la misma en la fe y caridad, a quien la Iglesia, instruida por el Espíritu Santo, venera como Madre amada con afecto filial.
3. Las relaciones entre María y la Iglesia son profundas. María aparece como **creyente**, compartiendo la condición de miembro de la comunidad eclesial con cada uno de los bautizados. Por otra, se presenta como la **personificación de lo que la comunidad eclesial está llamada a ser**, ya que, en ella, la Iglesia ha alcanzado la perfección, por ser el fruto más espléndido de la redención y una imagen de lo que la Iglesia ansía y espera ser; y finalmente, gracias a su cooperación singular a la obra de la redención, se convirtió en la **madre espiritual** de los redimidos por Cristo.
4. La consideración de María en su relación con la comunidad eclesial pertenece a la tradición eclesial. En la patrística lo referente a la persona y misterio de María, se proyectó sobre el misterio de la Iglesia.
5. Cuando el Vaticano II situó la figura de María a la luz del misterio de Cristo y del misterio de la Iglesia volvió a la mejor tradición eclesial, cuando María ocupaba en la comunidad creyente el lugar más alto y más próximo a nosotros.
6. Situando a María en la doble coordenada del misterio de Cristo y de la Iglesia, su figura es colocada en su verdadera luz, y se estimula a la comunidad a copiar en sí, reproduciéndolas, las actitudes y comportamientos de María.
7. Cuando se presenta a María como **prototipo de la Iglesia** se hace con sentido dinámico y activo. María, como **tipo** de la Iglesia, se consagró a la tarea de ayudar a que se produzca en los demás miembros de la comunidad eclesial lo que había sido realizado **típicamente** por Cristo en su vida.
8. Se trata de copiar, reproducir las actitudes y comportamientos básicos de María en su respuesta dada a la obra de Dios en ella. Hay en María actitudes y comportamientos válidos para nosotros.
9. María ha sido vista en la tradición de la Iglesia como **figura profética** de la comunidad eclesial. María va por delante de esta comunidad, realizando personalmente aquello a lo que la Iglesia aspira; “ansía y espera ser”.
10. María es **imagen profética**, signo de esperanza para la comunidad eclesial. Lo es en una Iglesia que es un Pueblo de profetas, que está destinado a ser signo de esperanza y salvación para el mundo. María anticipa en su existencia, el destino al que los bautizados están llamados por Dios.
11. El **prototipismo mariano**, su configuración profética, recuerda que delante de María se está delante de una criatura perteneciente a la raza humana. Su condición de criatura humana y de mujer, tiene que ser ponderada para valorar su cercanía a Dios y su cercanía a la humanidad.

12. María es una mujer capaz de entablar un diálogo con Dios sobre la obra redentora de las personas.
13. La razón última de ser de todo lo que María es y representa en la historia de la salvación, es Cristo. Cristo es para María, como para cada bautizado, el único centro, sentido último y definitivo de la humanidad, el Mediador único entre Dios y las personas, la causa y la razón última de la salvación de las personas, comenzando por María, “el fruto más espléndido de la redención”. “Sólo en el misterio de Cristo, se aclara plenamente el misterio de María”.
14. Cristo, en la realidad de su persona y obra, no se explica sin María: el acontecimiento Cristo se dio no sin María. Y eso en el plano natural, como ocurre con todo hijo respecto de su madre, y en el plano de la historia de la salvación, a la que fue predestinada y asociada María, y en la que progresivamente fue cooperando activamente “con fe y obediencia libres”.
15. El *protagonismo mariano* tiene una referencia esencial a la comunidad eclesial. María y la Iglesia son realidades relacionadas, de modo que cuando la comunidad eclesial quiere saber cuáles son los proyectos y designios de Dios sobre ella, tiene que mirar a María para descubrirlos plenamente.
16. Cuando esa comunidad desea conocer cuál es la respuesta que está llamada a dar a la obra de Dios en ella, tiene que mirar a María.
17. María aparece como la expresión suprema de la acción salvadora de Dios sobre la Iglesia, y como el prototipo y modelo por excelencia, de la respuesta que la Iglesia tiene que dar al designio amoroso de Dios.

María, prototipo de la Iglesia en su respuesta a la obra de Dios

18. La comunidad eclesial, y cada miembro, está llamada a responder a los dones y gracias de Dios. La Iglesia, en su compromiso de respuesta a Dios, encuentra en María su prototipo y modelo.
19. La Iglesia tiene una vocación de servicio. Ha nacido para servir a la persona y al mundo, en aquello de lo que el mundo tiene mayor necesidad: Cristo.
20. Cristo es el don y la gracia que la Iglesia ha recibido; la riqueza máxima que posee. Cristo tiene que ser ofrecido como único salvador de las personas y de toda la persona. Y tiene que ser ofrecido desde la convicción de que el mundo, aun sin saberlo, es de Cristo de quien tiene necesidad.
21. Este servicio de la Iglesia ha de ser ofrecido y realizado fiados en la fuerza de la Palabra creadora de Dios, y de la eficacia misteriosa de la cruz, fuerza y sabiduría salvadora de Dios.
22. La comunidad eclesial se inspira en María para esta respuesta. En María, que desde su pobreza, y la conciencia del don recibido, sintió la necesidad de comunicarlo en forma de servicio.
23. La respuesta de la comunidad eclesial a Dios ha de hacerse, además, en la fe y desde la fe. Comunidad de fe, como corresponde a una comunidad que encuentra su origen y punto de partida en el Misterio de Dios, Uno y Trino, la vida de la Iglesia ha de desarrollarse en el marco de la fe.
24. Sólo desde la fe, se entiende la Iglesia a sí misma y se percibe como un instrumento válido y necesario en manos de Dios para salvación del mundo. En la fe es acogida y aceptada la Palabra de Dios, viva y eficaz, la única que escruta los sentimientos y pensamientos del corazón.
25. Desde la fe tienen pleno sentido los sacramentos. Guiados por la fe se valoran las personas y se aceptan las mediaciones como otras tantas expresiones de Dios para la Iglesia peregrina. A la luz de la fe se escrutan los signos de los tiempos para poder responder a los interrogantes de la humanidad.

- 26.** Una fe que tiene que ser personalizada ya que Cristo, autor y consumidor de la fe, se dirige e interpela a cada creyente: “¿tú crees en el Hijo del hombre?”. Una fe que está llamada a crecer y desarrollarse hasta su total maduración.
- 27.** En todo este empeño la comunidad creyente encuentra en María un punto de referencia. Ella, la primera de los creyentes, tiene una función modélica y representativa en relación con la comunidad eclesial, a la que también ella pertenece y a la que precede con su luz, en la peregrinación de la fe “como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor”.
- 28.** Aquella, cuya vida se desarrolló en la “obediencia de la fe”, estimula y acompaña al Pueblo de Dios peregrino, para que brille como una luz en medio de las tinieblas.
- 29.** Este Pueblo encuentra en la fe de María fuerza y auxilio para vivir su fe en medio del mundo y de la propia vida. María favorece el camino creyente hacia Cristo, es impulso y garantía del encuentro con Él.
- 30.** María que “por su íntima participación en la historia de la salvación reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe, cuando es anunciada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre”.
- 31.** La persona es un ser social, también en el orden de la gracia. La vinculación de unos con otros, es una dimensión básica de la redención. Por eso, hacerse partícipes de la gracia, conduce a convertirse en fuente de la misma para otras personas, ya que toda gracia es fecunda y comunicativa.
- 32.** La comunidad eclesial, en cuanto depositaria de dones y carismas, se ve urgida a ser colaboradora de Cristo en la obra de la redención, haciendo que todos esos dones y gracias lleguen al mayor número posible de destinatarios.
- 33.** Es una ley de la redención, el que la incorporación a Cristo redentor se realice mediante la cooperación humana, suscitada por la gracia, y esto de modo subjetivo, por medio del hombre redimido aquí y ahora, y también objetivo, es decir, por la acción de un miembro en favor de los demás.
- 34.** El carácter redentor, lo mismo como ser que como hacer, es algo exclusivo de Cristo. Pero la redención, por incluir dos extremos, implica también la cooperación de los redimidos. Cristo, por así decirlo, delega su propia plenitud en sus miembros, en orden a los demás miembros.
- 35.** Siendo esto así, preciso es afirmar que los miembros de la comunidad eclesial tienen que cooperar con Cristo participando en la obra redentora para la salvación de todo el mundo, y cada uno tiene que hacerlo según el don y la gracia recibidos, según la función y el ministerio que tiene confiado en la historia de la salvación, según el lugar que ocupa en el cuerpo de Cristo.
- 36.** María, que es la primera y más plenamente redimida, es también la primera y principal colaboradora del Espíritu en la obra redentora de Cristo.
- 37.** Y por eso, se constituye, para la comunidad eclesial, en prototipo y modelo de la actitud activa y cooperante que ha de tener todo bautizado en la obra de la redención. El Vaticano II estableció un acercamiento entre la *cooperación eclesial* y la *cooperación mariana* a la obra redentora de Cristo.
- 38.** En María estuvo personificadamente presente y como concentrada toda la cooperación que, a lo largo de la historia, ha ofrecido la comunidad eclesial para que la redención de Cristo llegue, de generación en generación, a todas y cada una de las personas.
- 39.** Ella es el modelo y ejemplar acabado de la actitud receptiva y cooperante de la persona frente a la gracia redentora de Cristo.
- 40.** Así, a la luz de María, una Iglesia redimida tiene que convertirse en Iglesia misionera.

3. CONTRASTE PASTORAL

1. ¿Cuál es la misión de María, ahora?
2. ¿Qué tenemos que hacer para que María cumpla su misión en nuestra parroquia y en cada cristiano, según el Vaticano II?

4. ORACIÓN

Oh Virgen María, Mujer de tu tiempo, hija,
vecina, mujer y madre, humilde y sencilla,
con tus dudas y tu fe, con tu fidelidad y dificultades.
Madre de Cristo y Madre de la Iglesia,
contigo damos gracias a Dios por el don de la fe
y de la salvación que esperamos,
llena nuestros corazones del ardor necesario
para sentirnos apóstoles de tu Hijo,
danos tu misma disponibilidad
para cumplir el mandato del Señor
para el conocimiento de Dios
y la salvación de nuestro mundo.
Virgen fiel, ayúdanos a obedecer al mandato de tu Hijo
y a la llamada de la Iglesia.
Virgen valiente, ayúdanos a vencer las dificultades
que encontremos para ser apóstoles de tu Hijo
en la vida real de cada día.
Virgen misericordiosa, ayúdanos a amar a nuestros hermanos
para llevarles el conocimiento de tu Hijo y del Padre celestial,
tú que fortaleciste la fe de los Apóstoles
y pediste para ellos la fuerza del Espíritu Santo,
haz que vivamos ahora un verdadero Pentecostés
que haga de nosotros apóstoles de tu Hijo,
sostenenos para que vivamos siempre
como fieles hijos de la Iglesia de tu Hijo
y trabajemos decididamente para construir en esta tierra
la ciudad de la verdad y del amor,
En la que sea reconocido y glorificado el Dios Creador y Salvador.
Amén.

ECLESIOLOGÍA

11ª SESIÓN

Contenidos de esta sesión:

1. NUESTRA REALIDAD

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

10. ¿Es creíble la Iglesia? La paradoja que envuelve su realidad misteriosa

10.1. La paradoja histórica que envuelve a la Iglesia como comunidad de Jesucristo

10.2. El testimonio: signo de credibilidad

10.3. ¿Cómo seguir caminando eclesialmente, hoy?

10.4. Conclusión: el último ¿por qué? y ¿para qué? de la Iglesia

3. CONTRASTE PASTORAL

4. ORACIÓN

1. NUESTRA REALIDAD

1. Lectura del Evangelio del día.
2. La Iglesia en las encuestas de los jóvenes aparece en los últimos puestos de su valoración, entre los valores de familia, ligue, dinero, amigos, deporte, asociaciones, Jesús, la Iglesia, partidos, sindicatos.
3. También hay algunos cristianos que no tienen afecto a la Iglesia, a algunos les da vergüenza ante los amigos decir que son cristiano practicantes, etc.

• ***¿Por qué pensamos nosotros que se está dando esta realidad?***

2. ILUMINACIÓN DE NUESTRA REALIDAD

10. ¿Es creíble la Iglesia? La paradoja que envuelve su realidad misteriosa

10.1. La paradoja histórica que envuelve a la Iglesia como comunidad de Jesucristo

¿De qué forma puede verse como creíble a la Iglesia? Para afrontar este tema delicado se puede proponer un camino que, partiendo de la experiencia de su “paradoja” (singularidad) histórica, que es la comprensión de la Iglesia en su historia y en su realidad presente, se pueda apuntar a su realidad profunda que sólo puede comprenderse como “misterio”, es decir, como designio salvador de Dios en la historia humana como comunidad de creyentes en Jesucristo. La Iglesia, desde un punto de vista fenomenológico, sociológico e histórico aparece como una realidad contradictoria y paradójica, y lo es al subrayarse la paradoja y el escándalo inherente a su misma constitución humana y divina, a la vez. Paradoja significa una realidad cuya síntesis está formada de aspectos diferentes entre sí pero sin exclusión recíproca. Por eso, la paradoja supera la lógica y la trasciende, y puede ser comprendida sólo cuando es aceptada y vivida existencialmente puesto que toda paradoja humana tiene en su interior algo de misterioso.

En la historia de la eclesiología las paradojas y expresiones paradójicas son usadas para hablar de la Iglesia cuando se refieren a la santidad radical y al pecado histórico de la Iglesia que lo acompaña, dado que la Iglesia es una “realidad compleja” (LG 8), formada a la vez por un elemento divino cual “realidad misteriosa”, expresión del designio de salvación de Dios (LG 1), y por un elemento humano al haber “entrado en la historia de los hombres” (LG 9). De hecho, etimológicamente ‘paradoja’ significa contrario a la opinión recibida y común que maravilla porque propone algo que parece asombroso que pueda ser tal como se dice que es. En la tradición cristiana la paradoja parte de un texto de Pablo cuando afirma que “se me envió a evangelizar, no con sabiduría de palabra para que no se desvirtúe la cruz de Cristo. Pues la palabra de la cruz, para los que perecen, es una insensatez; mas para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios... Predicamos un Cristo crucificado: para los judíos es escándalo y para los gentiles es necesidad” (1 Cor 1,17-31).

De hecho, el Evangelio está lleno de paradojas, la persona es una paradoja viviente y especialmente la Encarnación del Verbo de Dios en la humanidad de Jesús es “la Paradoja suprema” de la cual deriva la Iglesia como su comunidad histórica. Por esto, la realidad misteriosa de la Iglesia como todo misterio tiene que ser captado con una mirada compleja y articulada. Toma así el aspecto de paradoja, que sólo puede expresarse por medio de una serie de afirmaciones en tensión, en busca de una nueva síntesis. He aquí, pues, la clave teológica y el paradigma para usar la paradoja como método de discernimiento del misterio de la Iglesia en la historia.

Esta “paradoja”, que es la experiencia histórica de la Iglesia, suscita interrogantes puesto que ella se presenta como “signo misterioso”, descrito como la comunidad de Jesucristo. En realidad, el fenómeno de la Iglesia histórico, sociológico, jurídico, organizativo, institucional, cultural y mundial en su totalidad crea problema e interrogantes, o hasta quizá rechazo, y exige una explicación, una razón suficiente proporcionada y razonable, que supere sus aparentes contradicciones en forma de paradoja viviente. De ahí que pueda decirse que la explicación de este fenómeno histórico y paradójico que es la Iglesia podría apuntar a la realidad misteriosa que ella misma quiere atestiguar: el ser la comunidad de creyentes en Jesucristo. Este camino de comprensión del misterio de la Iglesia envuelto en la paradoja conduce a una aproximación razonable y suficiente que la pueda presentar como creíble. Para abrirse a la posible presencia de la realidad misteriosa de la Iglesia -como comunidad de los creyentes en Jesucristo- que se esconde en la paradoja de su fenómeno histórico y en la fragilidad humana de la institución eclesial, conviene dejarse guiar por el Espíritu que es el que finalmente puede ayudar a discernirla como plenamente creíble y hasta a acogerla gozosamente en la fe.

10.2. El testimonio: signo de credibilidad

La categoría testimonio se ha convertido en el signo eclesial de credibilidad y paradigma para la ecle-

siología. La expresión testimonio ha aparecido de forma progresiva en el lenguaje teológico y eclesial, especialmente a partir del Vaticano II. El término surgió en el Vaticano I para designar a la Iglesia en cuanto constituye por sí misma y por su presencia en el mundo “un gran y perpetuo motivo de credibilidad y un testimonio irrecusable de su divina misión”. Pero la irrupción masiva de la terminología del testimonio se produce con el Vaticano II en el cual el tema aparece como omnipresente. Los términos “testimonio”, “atestiguar” y “testigo” se aplican en el Vaticano II tanto a la Iglesia entera como a cada cristiano.

El proceso de personalización del Vaticano II ha relacionado todos los signos de la revelación histórica con Cristo, y ha influido también en el signo de la Iglesia: son los cristianos por su vida santa, y las comunidades cristianas por su vida de unidad y caridad, los que constituyen el signo de la Iglesia. Esta concentración y personalización realizada por el Vaticano II está inscrita en la aparición de un término nuevo: *testimonio*. Lo que el Vaticano I entendía por signo de la Iglesia ha de buscarse ahora en la categoría testimonio, resumido en AG 11, y en la síntesis de la encíclica de Pablo VI en 1975, *Evangelii Nuntiandi*, nn.21-22.

A partir de esta constatación se comprende que el *testimonio* pueda convertirse en *signo eclesial de credibilidad*. La categoría testimonio además de tipificar la vida cristiana y eclesial por excelencia, indica tanto el *testimonio cotidiano* propio de la vida de cada día, como el *testimonio jurídico* practicado en los tribunales de justicia, pero tiene su eje central en el testimonio personal “ético-antropológico” que pone de relieve la implicación y compromiso ‘ético’ del testigo en aquello que atestigua. En definitiva, se trata del ‘buen’ testigo, ético y veraz, del que uno se puede fiar, siendo ésta la peculiaridad cristiana y eclesial del verdadero testimonio.

Además, para que este testimonio sea plenamente eclesial deberá articularse en sus tres dimensiones: en primer lugar, debe conectarse histórica y vitalmente con el testimonio apostólico fundante de la Iglesia, que trasmite fielmente Jesucristo y su Evangelio; en segundo lugar, debe concretarse en el testimonio vivido de cada creyente y de la Iglesia; y en tercer lugar, estas dos primeras dimensiones deben estar fecundadas por el testimonio del Espíritu que vive en la Iglesia, que es quien en definitiva la anima y la santifica.

Por eso la referencia al testimonio se convierte en el paradigma de la credibilidad de la Iglesia, tal como aparece en el Sínodo de los Obispos del año 1985. Allí se habla del testimonio en estos términos, que dan una adecuada conclusión a esta perspectiva de la eclesiología postconciliar:

“La evangelización de los no creyentes presupone la autoevangelización de los bautizados y también de los mismos diáconos, presbíteros y obispos. La evangelización se hace por testigos; pero el testigo no da sólo testimonio con las palabras, sino con la vida. No debemos olvidar que en griego testimonio se dice ‘martirio’”.

10.3. ¿Cómo seguir caminando eclesialmente, hoy?

He aquí una pregunta apropiada cuando quizás nos podamos encontrar ‘extraños’ y ‘perplejos’ en nuestro mundo, también en nuestra vivencia eclesial, faltos de motivación o con poca esperanza. ¿Cómo dar testimonio de que a pesar de todo vale la pena caminar eclesialmente hoy? Algunas propuestas sencillas para seguir este camino, sin renunciar ni a la fe, ni a la lucidez, pueden ser:

Realizar con naturalidad lo que la fe cristiana nos propone: vivir con alegría de ser queridos por Dios, que da confianza y capacidad para amar a todos como hermanos; sentar, como Jesús, en los primeros puestos de nuestra preocupación, dedicación de tiempo y de bienes a los pobres y excluidos de este mundo; siendo la voz de los sin voz en este mundo injusto que produce desposeídos.

Reconocer nuestra debilidad y pequeñez y, por eso, la necesidad de la oración personal y comunitaria; la celebración eucarística; la participación sacramental; la lectura personal/comunitaria de la Biblia; la reflexión para una mejor comprensión de la fe; el servicio desinteresado del amor al prójimo; la motivación cristiana de la vida diaria, familiar, profesional, cívica, social, política...

Vivir, celebrar y atestiguar el “plus cristiano” manifestado en Jesucristo que hace posible el “hombre

nuevo” (Ef 2,15; 4,24), con la proclamación de las Bienaventuranzas y la invocación del Padre Nuestro, dado que “sólo en el misterio de Jesucristo, Verbo encarnado, se esclarece el misterio del hombre, y así se manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” (GS 22).

Vivir “la comunión eclesial” centrada en la Palabra de Dios y en los Sacramentos, como bases que son del ‘ser Iglesia’, a cuyo “servicio” está el ministerio pastoral de los obispos y presbíteros (LG 24); por esto, el Magisterio en la Iglesia, como “el ministerio de interpretar autorizadamente la Palabra de Dios, no está por encima de ella, sino a su servicio” (DV 10).

Recordar que la Iglesia es una *realidad compleja*, que de forma paradójica contiene el mensaje del Evangelio; de ahí que la Iglesia sea *santa* por lo que ofrece: la Palabra de Dios con la profesión de fe y los Sacramentos con su celebración, pero, a su vez, como *comunidad histórica y concreta*, está siempre necesitada de purificación y de reforma permanente (LG 8; UR 8).

Meditar sobre la realización de la Iglesia a través de su historia, marcada por la “reforma” que ha representado el Vaticano II, cuya recepción vive hoy una etapa de ‘larga transición’ en busca de una síntesis entre tradición y renovación, que sea capaz de revitalizar la vida cristiana hoy.

Suscitar “redes” de relación, de comunión, de solidaridad, de complicidad...: entre personas, parroquias, comunidades, servicios, movimientos, asociaciones, instituciones... como núcleos eclesiales.

Tener presente las dimensiones de la Iglesia universal: no olvidar la dimensión ‘católica-universal de la Iglesia’ que la globalización puede valorizar, sin perder la dimensión concreta, local, encarnada e inculturizada de la propia vida cristiana.

Conservar la importancia de la participación en las instancias ‘sinodales’ de la Iglesia (consejos parroquiales, arceprebostales, diocesanos, asambleas, jornadas, sínodos, concilios...) con voluntad “comunitaria”, unido a la franqueza para manifestar el posible desacuerdo con espíritu de diálogo.

Meditar que la Iglesia tiene la luz prestada como la Luna: los Padres de la Iglesia comparaban la luz prestada a la Iglesia por Cristo, a la dependencia que tiene la Luna del Sol, del cual es tan sólo un “reflejo semioscuro” (san Buenaventura), por eso la Iglesia aparece “bella como la Luna cuando con paz crece, o decreciendo oscurecida por las adversidades” (Tomás de Aquino). De ahí que los Padres de la Iglesia reclamaran la necesidad de una mirada ‘penetrante’ para saber descubrir la ‘belleza’ de la Iglesia...

Tener presente la paradoja de la Iglesia como madre (H. de Lubac, Paradoja y misterio de la Iglesia, 1967): “¡Qué realidad tan paradójica es la Iglesia! durante veinte siglos de su existencia, ¡cuántos cambios se han verificado en su actitud! Se me dice que es santa, pero yo la veo llena de pecadores. Sí, paradoja de la Iglesia. Paradoja de una Iglesia hecha para una humanidad paradójica. Esa Iglesia es mi madre porque me ha dado la vida: en una palabra es nuestra madre, porque nos da a Cristo. No todos sus hijos la comprenden. Unos se espantan, otros se escandalizan... En medio de estas coyunturas, los que la reconocen como madre tienen que cumplir con su misión, con una paciencia humilde y activa. Porque la Iglesia lleva la esperanza del mundo...”.

10. 4. Conclusión: el último ¿por qué? y ¿para qué? de la Iglesia

El por qué y el para qué, en definitiva, la finalidad de la Iglesia está expresada por el Vaticano II cuando afirma que ella es “*como un sacramento, es decir, un signo o instrumento de la íntima unión con Dios –la filiación– y de la unidad de todo el género humano –la fraternidad–*” (LG 1), como expresión máxima del Reino de Dios. En definitiva, *la Iglesia se ofrece para ser signo: viviendo como hijos de Dios... y hermanos que se sientan a la mesa única de la casa de la familia donde los primeros son los pobres; y a la vez para ser instrumento que posibilite la unión íntima de la persona con Dios*, es decir, la filiación que comporta una nueva relación con Él como “buen Padre”, basada... en la confianza de saberse en “buenas manos”, como Jesús que ante su muerte exclamó confiadamente: “¡Padre! en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46). A su vez, la Iglesia, teniendo presente que “los hombres avanzan cada día más en la unidad”, quiere que “lleguen a la unidad de la familia de Dios” (LG 28), gracias a la fraternidad universal realizada por Jesucristo que hace posible no sólo invocar a Dios como Padre, sino además y con gozo decirle: “Padre Nuestro”, expresión que se convierte así en el último sentido y porqué de la Iglesia.

Para que la Iglesia sea creíble en nuestros días, la vida de los cristianos ha de ser **testimonio** de la verdad de nuestra fe, lo cual sólo es posible si los cristianos somos santos, es decir, si vivimos con alegría la fidelidad a la Palabra de Dios, aunque haya que ir contracorriente del ambiente que nos rodea.

1. Lectura y trabajo personal o en grupo del contenido anterior.

- a. Señala las cuestiones que no te quedan suficientemente claras.
- b. Señala las cuestiones que más te llaman la atención.

2. Sesión de trabajo en grupo.

Puesta en común de las cuestiones anteriores y aclaraciones, si procede, del profesor.

Algunas ideas importantes

¿Es creíble la Iglesia? La paradoja que envuelve su realidad misteriosa

El testimonio: signo de credibilidad

- 1.** La categoría testimonio se ha convertido en el signo eclesial de credibilidad y paradigma para la eclesiología. La irrupción masiva de la terminología del testimonio se produce con el Vaticano II. Los términos “testimonio”, “atestiguar” y “testigo” se aplican en el Vaticano II tanto a la Iglesia entera como a cada cristiano.
- 2.** El proceso de personalización del Vaticano II ha relacionado los signos de la revelación histórica con Cristo, y ha influido en el signo de la Iglesia: los cristianos por su vida santa, y las comunidades cristianas por su vida de unidad y caridad, constituyen el signo de la Iglesia. Esta concentración y personalización realizada por el Vaticano II está inscrita en la aparición del término testimonio.
- 3.** El *testimonio* se ha convertido en *signo eclesial de credibilidad*; tipifica la vida cristiana y eclesial por excelencia; indica tanto el *testimonio cotidiano* propio de la vida ordinaria, como el *testimonio jurídico* practicado en los tribunales de justicia, pero tiene su eje central en el testimonio personal ético-antropológico que pone de relieve la implicación y compromiso ético del testigo en aquello que atestigua. Se trata del buen testigo, ético y veraz, del que uno se puede fiar, siendo ésta la peculiaridad cristiana y eclesial del verdadero testimonio.
- 4.** Para que este testimonio sea plenamente eclesial debe articularse en sus tres dimensiones: primero, debe conectarse histórica y vitalmente con el testimonio apostólico fundante de la Iglesia, que trasmite fielmente Jesucristo y su Evangelio; segundo, debe concretarse en el testimonio vivido de cada creyente y de la Iglesia; y tercero, estas dos primeras dimensiones deben estar fecundadas por el testimonio del Espíritu que vive en la Iglesia, que es quien la anima y la santifica.
- 5.** Por eso la referencia al testimonio se convierte en el paradigma de la credibilidad de la Iglesia, tal como aparece en el Sínodo de los Obispos del año 1985.

¿Cómo seguir caminando eclesialmente, hoy?

- 6. Realizar con naturalidad lo que la fe cristiana nos propone:** oración personal y comunitaria; celebración eucarística; participación sacramental; lectura personal/comunitaria de la Biblia; reflexión para una mejor comprensión de la fe; servicio del amor al prójimo; motivación cristiana de la vida diaria, familiar, profesional, cívica, social, política...
- 7. Vivir, celebrar y atestiguar el “plus cristiano”** manifestado en Jesucristo que hace posible el “hombre nuevo”, con la proclamación de las Bienaventuranzas y la invocación del Padre Nuestro.
- 8. Vivir “la comunión eclesial” centrada en la Palabra de Dios y en los Sacramentos**, como bases que son del ‘ser Iglesia’, a cuyo “servicio” está el ministerio pastoral; por esto, el Magisterio en la Iglesia, como el ministerio de interpretar autorizadamente la Palabra de Dios está a su servicio.
- 9. Recordar** que la Iglesia es una *realidad compleja*, que de forma paradójica contiene el mensaje del Evangelio; de ahí que la Iglesia sea *santa* por lo que ofrece: la Palabra de Dios con la profesión de fe y los Sacramentos con su celebración, pero, a su vez, como *comunidad histórica y concreta*, está siempre necesitada de purificación y de reforma permanente.
- 10. Meditar** sobre la realización de la Iglesia a través de su historia, marcada por la ‘reforma’ que ha representado el Vaticano II, cuya recepción vive hoy una etapa de ‘larga transición’ en busca de una síntesis entre tradición y renovación, que sea capaz de revitalizar la vida cristiana hoy.
- 11. Suscitar** “redes” de relación, comunión, solidaridad, complicidad...: entre personas, parroquias, comunidades, servicios, movimientos, asociaciones, instituciones... como núcleos eclesiales.
- 12. Tener presente** las dimensiones de la Iglesia universal: recordar la dimensión católica-universal de la Iglesia, sin perder la dimensión concreta, local, encarnada e inculturizada de la vida cristiana.
- 13. Conservar** la importancia de la participación en las instancias sinodales de la Iglesia (consejos parroquiales, arciprestales, diocesanos, sínodos, concilios...) con voluntad “comunional”.
- 14. Meditar** que la Iglesia tiene la luz prestada como la Luna. Por esto los Padres de la Iglesia reclamaban la necesidad de una mirada ‘penetrante’ para saber descubrir la ‘belleza’ de la Iglesia...
- 15. Tener presente** la paradoja de la Iglesia como madre.

Conclusión: el último ¿por qué? y ¿para qué? de la Iglesia

- 16.** La finalidad de la Iglesia está expresada por el Vaticano II: ella es “como un sacramento, es decir, un signo o instrumento de la íntima unión con Dios -la filiación- y de la unidad de todo el género humano - la fraternidad-”, como expresión máxima del Reino de Dios. *La Iglesia se ofrece para ser signo: viviendo como hijos Dios... y hermanos que se sientan a la mesa única de la casa de la familia donde los primeros son los pobres; y a la vez para ser instrumento que posibilite la unión íntima de la persona con Dios*, es decir, la filiación que comporta una nueva relación con Él como “buen Padre”, basada... en la confianza de saberse en “buenas manos”, como Jesús que ante su muerte exclamó: “¡Padre! en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46). A su vez, la Iglesia, teniendo presente que “los hombres avanzan cada día más en la unidad”, quiere que “lleguen a la unidad de la familia de Dios” (LG 28), gracias a la fraternidad universal realizada por Jesucristo que hace posible invocar a Dios como Padre, y decirle con gozo: “Padre Nuestro”, expresión que se convierte así en el último sentido y porqué de la Iglesia.

3. CONTRASTE PASTORAL

1. ¿En qué debo cambiar yo?
2. ¿En qué debe cambiar mi comunidad parroquial?
3. ¿En qué puedo ayudar yo para que los demás demos “testimonio” de que es la Iglesia de Jesús?

4. ORACIÓN

Primero leemos el salmo 126, uno en voz alta, luego lo comentáis en relación con el tema y con el contraste pastoral y luego lo rezamos para dejar que el Espíritu Santo nos llene de consuelo y de ánimo.

Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas.

Es inútil que madruguéis,
que veléis hasta muy tarde,
que comáis el pan de vuestros sudores:
¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!

La herencia que da el Señor son los hijos;
su salario, el fruto del vientre:
son saetas en mano de un guerrero
los hijos de la juventud.

Dichoso el hombre que llena
con ellas su aljaba:
no quedará derrotado cuando litigue
con su adversario en la plaza.

EPÍLOGO

La Iglesia es comunidad misionera

La *misión* y la *comunidad* expresan la identidad total de la Iglesia: pueblo de Dios *convocado* y *enviado* a evangelizar; comunidad misionera y misión de comunión. (cf. Clim 16)

La Iglesia una, sujeto de la misión

La Iglesia entera es misionera, evangelizadora; la misión es de todo el pueblo de Dios; atañe a todos: todos los miembros del pueblo de Dios tienen el deber de evangelizar. Es la Iglesia una, la comunidad eclesial, el sujeto de la evangelización: solo la Iglesia una, solidaria con los pobres, es signo del Reino de Dios y puede evangelizar a los que tienen deseos de fraternidad y hambre de solidaridad.

La participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia no puede comprenderse adecuadamente si no se sitúa en el contexto de la Iglesia “misterio de comunión”. Comunión con Cristo: “Ya no vivo yo, vive en mí Cristo” (Gal 2-20). Comunión con el ministerio apostólico: Jesús instituyó a los Doce “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). (Clim 19)

La Iglesia es COMUNIÓN (LG)

La Iglesia es, en Cristo, el sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano. Con diversidad de imágenes expresamos una misma realidad: la COMUNIÓN.

La Iglesia es el pueblo de Dios “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. La eclesiología de comunión es la visión más autorizada de la eclesiología del Concilio Vaticano II, de la “Lumen Gentium”, según ha reconocido el Sínodo extraordinario de 1985. Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo-, origen y fin del hombre, es fuente y meta de la comunión en la Iglesia. Con otras palabras: la comunión eclesial se fundamenta en la unidad de Dios y la revela. (Clim 20)

La Iglesia es Cuerpo de Cristo. La imagen expresa distintas formas simultáneas de participación: diversidad, unidad, complementariedad y servicio al bien común (Rm 12,3-8; 1Cor 12,12-31; Ef 1,22-23; Col 1,18-24). La Iglesia también es edificio y templo del Espíritu construido sobre la piedra angular y el fundamento de los apóstoles (1Cor. 3,9-12; Ef. 2,19-22; 1P 2,4-7). Viña (Jn 15,1ss) y campo de Dios (1Cor. 3,9). Y todos sarmientos y obreros al servicio del único Señor: ni trabajadores por cuenta ajena, ni pastores asalariados. La comunión con Cristo y con el Padre en el Espíritu Santo es fundamental y básica en toda forma de participación en la vida y misión de la Iglesia. (Clim 21)

La Iglesia es MISIÓN (GS)

La Iglesia no vive para sí: está al servicio del Reino de Dios. La Iglesia existe para evangelizar. Esta misión es responsabilidad de todos los miembros de la Iglesia. “La misión es de todo el pueblo de Dios... es responsabilidad de todos los fieles”. Los laicos incorporados a Cristo por el bautismo participan de la misión de la Iglesia y son ellos mismos misioneros. (Clim 22)

La Iglesia es COMUNIDAD MISIONERA (ChL)

La misión es para la comunión. La misión de la Iglesia es reunir al pueblo: en la escucha de la palabra, en comunión fraterna, en la fracción del pan (Hch 1 y 4). Es “comunión bajo todos los aspectos”. “Antes de ser acción, la misión es testimonio e irradiación”.

La Iglesia sirve al Reino de Dios cuando llama a la conversión personal, cuando funda comunidades e instituye Iglesias particulares. La novedad de vida en Cristo de los cristianos, personal y comunitaria, hace presente, ya desde ahora, el Reino de Dios.

Lo que la Iglesia anuncia y por lo que vive –la plena comunión de los hombres entre sí y con Dios–, se hace realidad en la Iglesia comunidad que escucha la Palabra, parte el pan e invoca a Dios como

Padre y es solidaria con los pobres (Hch 2 y 4). Por eso la transformación del mundo y la humanidad nueva se inician en la comunidad eclesial. Por eso hacer comunión es hacer misión. (Clim 23)

La Iglesia en el mundo y para el mundo

La Iglesia es misterio: sacramento de Dios, fuerza del Espíritu en el mundo, en la historia. Toda la Iglesia tiene una dimensión auténticamente secular. (Clim 25)

Avivar la conciencia comunitaria y misionera en nuestras comunidades, asociaciones y movimientos

Todos los miembros de la comunidad cristiana son responsables de la comunión y de la misión; sin contraposición. Todos y cada uno de los miembros de nuestras comunidades han de tomar conciencia de la urgente necesidad, más aún, de la misión y correspondiente responsabilidad de participar activamente en la única y común misión de la Iglesia. Todos, sin exclusión. Lo hace necesario la existencia de católicos no evangelizados -que no viven lo que creen o no anuncian lo que viven-; creyentes alejados de la comunidad eclesial; y no creyentes en nuestra sociedad y en otros pueblos -países todos de misión-. (Clim 32)

Ministerios y servicios laicales

Las Iglesias particulares y las parroquias animarán la disponibilidad de los laicos -hombres y mujeres- que son la mayoría de la Iglesia y han de ejercer la mayor parte de los ministerios y servicios de la comunidad, para ejercer aquellos ministerios y servicios que les sean confiados y que tienen su fundamento en el bautismo y la confirmación y para muchos además en el matrimonio.

Los obispos y los presbíteros reconocerán, promoverán y confiarán a los laicos, de acuerdo con las disposiciones vigentes, aquellos ministerios y servicios laicales que requiera la animación de sus comunidades.

Los obispos animarán a las Iglesias particulares a trazar un plan de sensibilización sobre la importancia y complementariedad del ministerio ordenado y de los ministerios y servicios laicales para alentar la vida de la comunidad e impulsar su dinamismo evangelizador; orientarán las líneas de acción para determinar los ministerios y servicios necesarios y convenientes en cada caso; y facilitarán la adecuada preparación de los candidatos, su formación permanente y dedicación. (Clim 39)

Algunas referencias Magisteriales y del Catecismo

Sesión 1ª

- Lumen Gentium (Constitución dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II), constituciones, decretos y declaraciones del Concilio Vaticano II.

Sesión 2ª y 4ª

- Origen, fundación y misión de la Iglesia (nn. 758-769)
- El misterio de la Iglesia (nn. 770-776)

Sesión 3ª

- Los nombres y las imágenes de la Iglesia (nn. 751-757); LG cap. I.
- La Iglesia pueblo de Dios (nn. 781-786); LG cap. II.
- La Iglesia, cuerpo de Cristo (nn. 787-796)
- La Iglesia, templo del Espíritu Santo (nn. 797-801)

Sesión 5ª

- La constitución jerárquica de la Iglesia (nn. 874-896); LG cap. III; CD; PO.
- Los fieles laicos (nn. 897-913); LG cap. IV-V; AA; AG.
- La vida consagrada (nn. 914-933); LG cap. VI; PC.

Sesión 6ª

- La Iglesia es una (nn. 813-822)
- La Iglesia es santa (nn. 823-829)

Sesión 7ª

- La Iglesia es católica (nn. 830-856)
- La Iglesia es apostólica (nn. 857-865)

Sesión 8ª

- LG; AA; EN; CLIM

Sesión 9ª

- LG; AA; EN; CLIM

Sesión 10ª

- María, madre de Cristo, madre de la Iglesia (nn. 963-972); LG cap. VIII.

Sesión 11ª

- LG cap. VIII.
- La comunión de los bienes espirituales (nn. 949-953)
- La comunión entre la Iglesia del cielo y la de la tierra (nn. 954-959)

VOCABULARIO

Iglesia: Del griego *ekklesia* (término con el que los Setenta tradujeron el hebreo *qahal*), “asamblea del pueblo”; en latín *ecclesia*. a) Es el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, de la nueva alianza, la comunidad de los cristianos. San Pablo la denomina “cuerpo de Cristo” (Col 1,24; Ef 1,23); por tanto, es el lugar privilegiado de la salvación de las personas. La Iglesia tiene cuatro notas características: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad; se proclaman en el símbolo niceno-constantinopolitano (Credo). La Iglesia nació el día de Pentecostés y desde entonces mantiene inmutables su naturaleza y función, gracias a la asistencia del Espíritu Santo. Para que se pueda hablar de Iglesia católica deben concurrir los siguientes elementos esenciales: 1) el bautismo, que constituye en fieles y pueblo de Dios; 2) una diferenciación orgánica de los fieles según los diversos dones jerárquicos y carismáticos otorgados por el mismo Espíritu; 3) la aceptación de todo el ordenamiento de la Iglesia visible y de todos los medios de salvación instituidos en ella, entre los que sobresalen la proclamación del evangelio y la celebración de la eucaristía; 4) la unión con Cristo en la Iglesia visible, en los vínculos de la profesión de la fe, de los sacramentos, del gobierno eclesiástico y de la comunión; el gobierno del papa y de los obispos. La comunión católica o eclesial se realiza a tres niveles: **-Iglesia universal:** es todo el pueblo de Dios, es decir, la comunidad de todos los bautizados, ligados en plena comunión “por los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos y del régimen eclesiástico” (CIC 205); **-Iglesia particular:** es la porción del pueblo de Dios “en la cual verdaderamente está presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica” (CIC 369; cf LG 26). Es, ante todo, la diócesis, a la que se asimilan «la prelatía territorial y la abadía territorial, el vicariato apostólico y la prefectura apostólica, así como la administración apostólica erigida de manera estable” (CIC 368); **-Iglesia local:** es la parte del pueblo de Dios regida por un presbítero (comunidad local, parroquia...). Se llama asimismo **Iglesia doméstica** a la familia (LG 11b; *Christifideles laici*, 62). b) Iglesia es también el edificio donde se reúnen los fieles para rezar y donde se celebran las funciones litúrgicas.

VOCABULARIO

VOCABULARIO

Calendario diocesano 2011 - 2012

V Encuentro Diocesano de Capacitación Pedagógica

Orar desde la Palabra de Dios

- **Zona Norte:** *Cabezuela del Valle*, 19 de noviembre de 2011
- **Zona Sur:** *Pago de San Clemente*, 26 de noviembre de 2011

Ejercicios para laicos, organizados con la Vicaría de Pastoral

- *Cabezuela del Valle*, 16-18 de marzo de 2012

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
"ECLESIOLOGÍA",
DE LA ESCUELA DE AGENTES DE PASTORAL,
DIÓCESIS DE PLASENCIA,
EL DÍA 15 DE AGOSTO DEL AÑO 2011,
SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA,
EN LOS TALLERES DE HERMANOS DEL CASTILLO,
MADRESELVA, 17, NAVALMORAL DE LA MATA, CÁCERES.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

Materiales de la Escuela de Agentes de Pastoral accesibles, en versión PDF, en la web de la Diócesis

-Formación básica

- Creación, gracia, salvación
- Doctrina Social de la Iglesia
- Teología del Laicado
- Eclesiología

-Formación específica

- Pastoral Rural Misionera
- Teología y Pastoral Catequética
- Apostolado Seglar
- Cáritas

-Talleres

- Cáritas
- Eclesiología

-Capacitación Pedagógica

- Programación Pastoral
- Análisis de la Realidad
- Lectura creyente de la realidad
- Importancia de la formación de los fieles laicos en la Diócesis

-Acompañamiento

- Retiros de Adviento y de Cuaresma
- Encuentro de cristianos en la vida pública (en coordinación con la Delegación de Apostolado Seglar)

-Documentos diocesanos

- Constituciones Sinodales
- Plan General de la Formación de Laicos

Todos los documentos están disponibles en la página web de la diócesis www.diocesisplasencia.org en la sección "Formación", situada a la derecha de la pantalla y dentro de ésta pinchar en la pestaña que se quiera: "Formación básica", "Formación específica", "Talleres", "Capacitación pedagógica", "Acompañamiento" y "Documentos diocesanos", donde aparecerá la posibilidad de descargar los diversos documentos en formato PDF.

“Como Cristo realizó la obra de la Redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino, a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, y por nosotros se hizo pobre, siendo rico; así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido; así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo. Pues, mientras Cristo, santo, inocente, inmaculado, no conoció el pecado, sino que vino únicamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación. La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que venga. Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos.” (LG 8)

Escuela de Agentes de Pastoral
Diócesis de Plasencia